Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

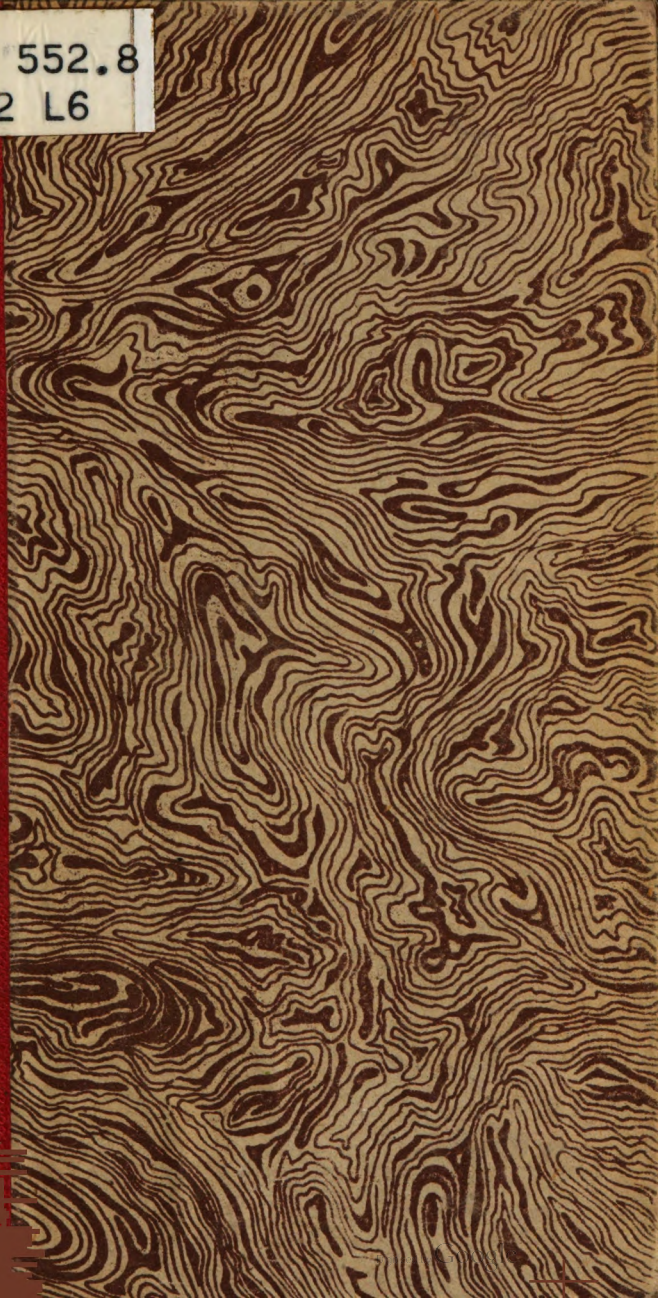
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

DG 552.8
.G2 L6



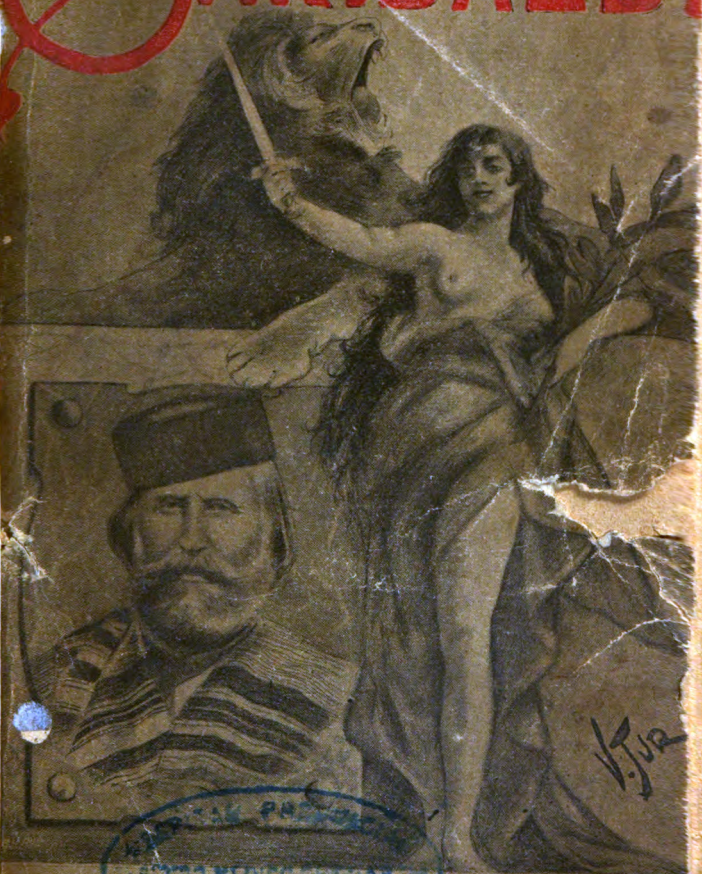
INDIANA
UNIVERSITY
LIBRARY

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

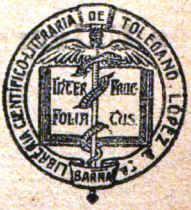
HISTORIA DE GARIBALDI



ALEJANDRO LERROUX

Digitized by Google

HISTORIA DE GARIBALDI



Digitized by Google

LIBRERÍA CIENTÍFICO-LITERARIA

Toledano López & Comp.ª

OBRAS DE FONDO

OBRAS COMPLETAS DE JACINTO BENAVENTE

TOMOS PUBLICADOS:

1.° (Teatro) contiene las siguientes obras:

EL NIDO AGENO. — GENTE CONOCIDA. — EL MARIDO DE LA TÉLLEZ. — DE ALIVIO.

2.° (Teatro) contiene:

DON JUAN. — LA FARÁNDULA. — LA COMIDA DE LAS FIERAS. — TEATRO FEMINISTA.

3.° (Teatro) contiene:

CUENTO DE AMOR. — OPERACIÓN QUIRÚRGICA. — DESPEDIDA CRUEL. — LA GATA DE ANGORA. — VIAJE DE INSTRUCCIÓN. — POR LA HERIDA.

Precio de cada tomo Ptas. 3'50.

Los Universitarios (2.ª Edición)

Novela de tipos y costumbres académicas por el doctor J. Esteban de Marchamalo. Un tomo de 320 páginas, tamaño 22 por 17

Precio: 3 ptas.

Digitized by Google

HISTORIA

DE

GARIBALDI

(DE 1807 Á 1849)

Entresacada
de sus Memorias autobiográficas
y de los escritos de
ALEJANDRO DUMAS sobre José Garibaldi

por

ALEJANDRO LERROUX

LIBRERIA CIENTÍFICO-LITERARIA
TOLEDANO, LOPEZ Y C.ª — Elisabets, 4
BARCELONA
1904

MS
Digitized by Google

DG552.8
.G21.6

Es propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

INDIANA UNIVERSITY LIBRARY

Digitized by Google

9-9-66

A la juventud

Ejemplos de abnegación, de perseverancia, de noble heroismo tan numerosos como los que la historia de Garibaldi nos presenta, no es fácil verlos reunidos en la vida de una sola personalidad.

Los que quieran templar su espíritu para luchar por ideales verdaderamente grandes, recorran estas páginas, penetren en el alma del insigne aventurero, que flota como una luz pura sobre todos los pasajes y capítulos; síganle en sus empresas épicas, referidas en sus Memorias, con encantadora sencillez, á veces con desaliño de escritor improvisado; persigan entre renglones y conceptos el sublime ideal del héroe, y al terminar la lectura, se sentirán fortificados por un entusiasmo sereno y valeroso.

No hay grandeza que sobrepuje á la grandeza de Garibaldi, porque no es el héroe militar que triunfa ó sucumbe, sacrifica la vida de los suyos y la propia, en momentos de exaltación

Digitized by Google

vesánica, á veces en el altar de la vanidad ó del amor propio. Es el alma inteligente de una raza oprimida que encarna en un caudillo, dotado con todas las cualidades y aun con todos los defectos de su pueblo, y que no lucha por culto á la fuerza y á impulso de atavismos feroces ó de mezquinas ambiciones nacionales, sino empujado por un excelso patriotismo y poniendo en la pelea ardimientos de la fe, junto á templanzas de la razón, y moderaciones de la generosidad.

No se ha luchado nunca con tan alto altruismo.

Leyendo las páginas sinceras que escribió Garibaldi, se comprende y se admira la potencia formidable que desarrolla un ideal, cuando éste toma carne en una raza ó en un hombre preparados por la naturaleza para semejante augusta comunión.

El secreto es ese: tener un ideal. Entonces se vence, casi siempre.

El ideal es como astro de luz que lo embellece todo con transparencias divinas. Y dentro del alma, es un motor que eleva el pensamiento á lo sublime y conduce la voluntad á lo heroico.

Cuando la juventud española se agita en

Digitized by Google

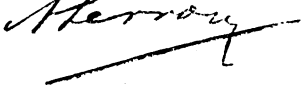
intermitencias de acción y de reposo, acción que parece delirio y reposo que semeja muerte, es que busca el ideal y no lo encuentra Y tras sos desfallecimientos del ánimo, vienen para as generaciones que lo sufren, la adaptación al medio corrompido, la resignación y el pesinismo.

Garibaldi persiguió un ideal: libertad y patria. Sobre su obra de gigante se ha levantado la patria italiana, y ensancha cada dia sus fronteras morales.

La juventud española, hoy vacia de ideales, debe ver como surge sobre las ruinas de nuestra nación, desplomada en la derrota tremenda de todas sus viejas tradicionales aspiraciones, un ideal de nueva vida: libertad y patria ibérica.

Un punto de partida para continuar la obra del progreso, interrumpida por cuatro siglos de tirania teocrática.

Para tamaña empresa ¿surgirá otro Garibaldi?



Digitized by Google

Digitized by Google

De las Memorias de Garibaldi

De 1807 á 1834

I

Nací en Niza, el 22 de julio de 1807, en la misma casa y en la misma habitación en que nació Massena. Nadie ignora que el ilustre mariscal era hijo de un panadero. La planta baja de la casa es aún panadería.

Mas permítaseme que antes de hablar de mi dedique algunas palabras á mis excelentes padres, que con su carácter honorable y con el profundo cariño con que guiaron mis primeros pasos, tanto influyeron sobre mi educación y sobre mis disposiciones físicas.

Mi padre, Domingo Garibaldi, nació en Chiavari, y fué marino como su padre; lo primero que en el mundo vieron sus ojos, fué el mar, sobre el que debía pasar casi toda su existencia. Debo declarar que carecía en absoluto mi padre de los conocimientos que son el bagaje intelectual de muchos marinos, de nuestros días. Había hecho sus estudios, no en una escuela especial, sino á bordo de los barcos de sus abuelos. Más tarde fué capitán, y supo cumplir como bueno su deber. Su fortuna sufrió numerosos accidentes, unos favorables, desdichados los otros, y con frecuencia le oí decir que hubiera podido dejarnos mucho más ricos.

Jamás me ha preocupado esto. En su derecho estaba mi buen padre para gastar á su antojo el dinero que con tanto trabajo había ganado.

Digitized by Google

y harto que agradecerle tengo por haberme dejado algo. Además, estoy bien cierto de que de todo el dinero que gastó, ninguno dió por tan bien empleado, ni fué entregado con mayor placer, que el que destinó á mi instrucción, por más que fuera ésta pesada carga para el estado de su fortuna.

Mas no se crea que se me educó como un aristócrata. No, mi padre no me hizo aprender ni gimnasia, ni esgrima, ni equitación. Me hice gimnasta trepando por los palos de los barcos y deslizándome por las cuerdas; aprendí esgrima defendiendo mi cabeza y procurando alcanzar lo mejor posible las cabezas de mis adversarios, y en la equitación me adiestré tomando ejemplo de los mejores jinetes del mundo, quiero decir de los *gauchos*.

El único ejercicio de mi juventud, y aun éste aprendílo sin maestro, fué la natación. No sabría decir cómo ni cuándo aprendí á nadar; me parece que he sabido siempre, y que soy anfibio de nacimiento, y aunque cuantos me conocen saben que soy poco dado á entonar alabanzas propias, diré sin rodeos, y sin que haya en esta declaración ni asomos de jactancia, que soy uno de los mejores nadadores del mundo. Añadiré que jamás he vacilado en echarme al agua para salvar la vida á un semejante.

Debo declarar que si mi padre no se preocupó de mi educación física, fué, no culpa suya, sino de la época. En aquellos aciagos tiempos, los curas eran dueños absolutos del Piamonte, y sus constantes esfuerzos, sus asíduos trabajos, se dirigían á hacer de los jóvenes monjes inútiles y holgazanes, en lugar de ciudadanos aptos para servir á nuestro desdichado país. Por otra parte, el amor profundo que inspirábamos á mi pobre padre, le hacía rechazar hasta la sombra de cual-

Digitized by Google

quier estudio que más tarde pudiera ser un peligro para nosotros.

En cuanto á mi madre, Rosa Ragiundo, declaro con orgullo que era un modelo de mujeres. Sé que todos los hijos deben decir de sus madres lo que digo de la mía; pero ninguno lo dirá con más convicción que yo.

Una de mis más grandes amarguras, ha sido y será, no haber podido hacerla feliz. Por el contrario he entristecido y atormentado los postreros años de su vida. Sólo Dios sabe los momentos de angustia que le he proporcionado con mi aventurera existencia, porque sólo Dios sabe la inmensidad del amor que por mí sentía. Si hay en mi alma algún sentimiento noble, confieso en alta voz y con júbilo que ha sido inspirado por mi santa madre. Su angelical carácter, había de tener por fuerza un débil reflejo en mí. A su piedad para los desgraciados, á la compasión con que miraba á cuantos sufrían, debo este gran amor, mejor diré esta caridad profunda que por la patria siento, caridad que me ha granjeado el afecto y la simpatía de mis desdichados compatriotas. No tengo nada de supersticioso, y sin embargo, no vacilo en afirmar que en las circunstancias más terribles de mi vida, cuando el Océano embravecido, rugía azotando el casco de mi débil y liviano barco; cuando las granadas enemigas pasaban á mi lado, silbando como un viento tempestuoso; cuando las balas caían á mi alrededor, como mortífera granizada, yo veía á mi pobre madre constantemente arrodillada, entregada por entero á su oración, postrada á los pies del Altísimo. Y esta visión inefable, me daba ese valor que á muchos ha admirado, porque tenía la certeza de que nada malo podía ocurrirme, mientras rezara por

Digitized by Google

mí aquella santa mujer, aquel angel de mi guarda.

II

Como todos los niños, pasé la infancia entre lágrimas y risas, con más inclinación á los placeres que al trabajo, más deseoso de divertirme que de estudiar. Insensato, como todos, no supe sacar el partido que debía de los sacrificios que para educarme hacían mis padres.

En los primeros años de la juventud no me aconteció nada digno de ser narrado. Mi corazón era bueno; era un don de Dios y de mi madre, y siempre he sentido voluptuosa satisfacción al seguir las inspiraciones de mis generosos sentimientos. Todo cuanto se me antojaba pequeño, débil ó desgraciado me inspiraba profunda compasión. Esta piedad se extendía hasta los animales, ó por mejor decir, comenzaba en los animales. Recuerdo que un día encontré un grillo y lo llevé á mi cuarto, donde jugando con él, con esa desmaña, ó mejor dicho, con esa brutalidad propia de la infancia, le arranqué una pata. Fué tan grande mi pesar que estuve varias horas encerrado y llorando amargamente.

Otro día en que salí de cacería, en el Var, con uno de mis primos, me detuve en el borde de un barranco profundo donde las lavanderas solían ir á lavar, y donde una pobre mujer enjabonaba su ropa. No sé cómo fué, pero lo cierto es que cayó al agua. A pesar de mi corta edad—ocho años escasos—me arrojé al agua y la salvé. Refiero todo esto para probar que es innato en mí este sentimiento que me lleva á socorrer á mis semejantes, y que por lo tanto, no es meritoria la facilidad con que cedo á estos impulsos.

Digitized by Google

De los maestros que tuve en este período de mi vida, he guardado especial agradecimiento á los profesores Giovanni y Arena.

De las enseñanzas del primero no saqué gran provecho, pues como ya he dicho, me sentía más inclinado á jugar y perder el tiempo que á estudiar. Tengo sobre todo el remordimiento de no haber estudiado la lengua inglesa, como hubiera podido hacerlo; este remordimiento se avivaba durante mi vida en las ocasiones frecuentes en que he tenido que conversar con ingleses. Por otra parte, como el Sr. Giovanni era como de mi familia, las lecciones que me daba adolecían del defecto de haber excesiva confianza entre el discípulo y el maestro.

Al Sr. Arena, que era excelente profesor, debo lo poco que sé; pero le debo ante todo reconocimiento perdurable por haberme iniciado en mi lengua materna, haciéndome leer constantemente la historia romana.

En Italia, y particularmente en Niza, población afrancesada, se deja torpemente crecer á los niños sin instruirles en la lengua y en las cosas de la patria (1). Yo debo, repito, á estas primeras lecturas de nuestra historia y á la insistencia con que Angelo, mi hermano mayor, me recomendaba este estudio, tanto como el de nuestro idioma, lo poco que he logrado aprender de ciencia histórica y la facilidad con que me expreso en la conversación.

Terminaré este primer período de mi vida relatando un hecho, que aunque de poca importancia, dará una idea de mi temprana disposición para la vida aventurera.

Cansado de la escuela y harto de mi monóto-

(1) En la época en que Garibaldi escribía sus Memorias, Niza formaba parte de los Estados sardos. Desde el año 1860 pertenece á Francia.

Digitized by Google

na vida sedentaria, propuse un día á algunos de mis compañeros que nos escapásemos de casa para ir á Génova. El plan fué aceptado y puesto en práctica. Desamarramos un barco de pesca y salimos bogando, con proa á Oriente. Ya estábamos á la altura de Mónaco, cuando un corsario, enviado por mi padre, nos capturó para hacernos volver avergonzados á nuestras casas respectivas. Un cura, que nos había visto salir del puerto, nos había denunciado: probable es que desde entonces haya echado raíces en mi corazón la antipatía con que siempre he mirado á los curas.

III

«¡Oh, primavera, juventud del año! ¡oh, juventud, primavera de la vida!» ha dicho Metastasio; yo añadiría: ¡Cómo se embellece todo al sol de la juventud y de la primavera!

Iluminada por este mágico sol te me apareces tú, hermosa *Costanza*, primer navío en que surqué los mares. ¡Tu sólido casco, tu arboladura gigantesca y ligera, tu espacioso puente, todo, hasta el busto de mujer en que remataba tu proa, quedará para siempre grabado en mi memoria, con el incomparable buril de mi imaginación de joven! Recuerdo, bella y querida *Costanza*, cómo tus marineros, prototipos de nuestros intrépidos ligurinos, se inclinaban graciosamente sobre los remos! Con cuánta alegría me echaba sobre la barandilla del puente para mejor escuchar sus cantos populares y sus coros harmoniosos! Entonaban cantos de amor, los únicos que sabían. Estas canciones sencillas, me enternecían y me alegraban. ¡Oh! si aquellos cantos hubiesen sido para la patria, me hubieran extasiado y enloquecido! ¿Pero quién hubiera podido decir entonces á aquellos pobres

Digitized by Google

marineros que había una Italia? ¿quién había de enseñarles que teníamos una patria necesitada? Nadie, porque todos habíamos crecido y estábamos educados como judíos, creyendo firmemente que el único fin de la vida era hacer fortuna.

Mientras yo, alegre miraba en el puerto el barco en que iba á hacer el primer viaje, mi madre preparaba llorando mi equipaje.

Por fin iba á satisfacer mi anhelo de recorrer los mares, á pesar del empeño con que mi padre se había opuesto hasta entonces á mi vocación. Su deseo era que yo hubiera seguido una carrera tranquila y sin peligros, que me hiciese sacerdote, abogado ó médico; pero mi insistencia acabó por convencerle; su amor cedió ante mi juvenil obstinación, y me embarqué en el bergantín *Costanza*, del que era capitán Angel Pesante, el más intrépido de cuantos marinos he conocido. Si nuestra marina hubiera adquirido el inmenso poderío que era de esperar, al capitán Pesante, correspondía el mando de uno de nuestros mejores barcos de guerra, y yo respondo de que no hubiera habido capitán mejor que él.

Mi primer viaje fué á Odesa. Posteriormente se han hecho estas travesías tan fáciles y tan comunes, que juzgo inútil hacer el relato de mi viaje.

Después fuí á Roma; esta vez me acompañó mi padre. Había sentido tales inquietudes durante mi primera ausencia, que había resuelto, que puesto que me empeñaba en ser marino, viajaría con él.

Nos hicimos á la vela en la *Santa Reparatá*, tartana (1) propiedad nuestra.

---

(1) Embarcación menor, de vela latina y con un solo palo en el centro.

Digitized by Google

¡A Roma! ¡Qué júbilo ir á Roma! Ya he dicho, cómo, por consejo de mi hermano, y bajo la dirección de mi digno profesor, habíame aficionado á los estudios históricos, y Roma era para mí la capital del mundo antiguo. Ya no era más que una reina destronada, es verdad, pero sus ruinas inmensas, gigantescas, sublimes, obraban como espectros luminosos, que ponían ante mis ojos y traían á mi memoria toda la grandeza del pasado.

No era sólo la capital del mundo, sino también la cuna de esta religión santa que ha roto las cadenas de la esclavitud, que ha dignificado á la humanidad; de esta religión cuyos primeros, cuyos verdaderos apóstoles, han sido los preceptores de las naciones, los libertadores de los pueblos; pero cuyos sucesores, degenerados, bastardos, más traficantes que sacerdotes, verdaderos azotes de Italia, han comerciado con su madre, vendiéndola al extranjero. ¡No! ¡no! la Roma que yo veía en mi juventud no era solamente la Roma del pasado, era también la Roma de lo porvenir, llevando en su seno la idea regeneradora de un pueblo perseguido con saña por las potencias, envidiosas porque ha nacido grande, porque ha estado durante siglos á la cabeza de las naciones, á las que ha descubierto y mostrado el camino del progreso.

¡Roma! ¡Cuando yo pensaba en su desgracia, en su decaimiento, en su martirio, veíala santa y querida sobre todas las cosas! La amaba con todo el fervor de mi alma, admirando, no sólo los hechos soberbios de su grandeza incomparable, sino hasta los más pequeños sucesos, cuyo recuerdo guardaba en mi corazón como precioso depósito.

Y el expatriamiento y el destierro, lejos de aminorar mi amor á Roma, lo han robustecido

Digitized by Google

y afianzado. Muchas veces, al otro lado del Océano, á tres mil leguas de la ciudad querida, he pedido fervientemente al Señor que me permitiera volver á verla

Roma era para mí toda Italia, porque yo no acierto á comprender Italia sino en la reunión de sus dispersos miembros, y Roma es para mí el único, el irremplazable símbolo de la unidad italiana.

IV

Durante algún tiempo me dediqué al cabotaje con mi padre; después fuí á Cagliari en el bergantín *Enea*, del que era capitán José Gervino.

En esta travesía fuí testigo de un aterrador siniestro que dejará en mi vida inextinguible recuerdo. De regreso de Cagliari, y á la altura del cabo de Nolí, navegábamos en compañía de algunas embarcaciones, entre las cuales se encontraba una linda falúa catalana. En los dos primeros días tuvimos buen tiempo, pero en el tercero comenzó á soplar ese viento, que nuestros marinos llaman *libieno*, porque antes de llegar al Mediterráneo ha pasado por los arenales de Libia. Poco á poco se fué picando la mar, al propio tiempo que el *libieno* crecía, hasta acabar soplando tan furiosamente, que nos impulsó con fuerza invencible hacia Vado. La falúa catalana, comenzó resistiendo al vendaval tan admirablemente, que no vacilo en decir, que todos nosotros, adivinando el temporal que se avecinaba, hubiéramos preferido estar en la falúa que en nuestras embarcaciones. Pero el pobre barco estaba destinado á ofrecernos muy pronto un dolorosísimo espectáculo; una ola gigantesca lo volcó, y segundos después, sólo vimos sobre su puente á algunos desdichados, que nos ten-

Digitized by Google

dían las manos suplicantes, y á los que un instante más tarde arrebataba otra ola aun más formidable que la primera.

La catástrofe se había desarrollado hacia nuestro jardín (1) de estribor, y nos era materialmente imposible socorrer á los infelices náufragos. En la misma imposibilidad se hallaban los otros barcos que nos seguían.

A nuestra vista perecieron miserablemente nueve individuos de una misma familia.

De todos los ojos brotaron algunas lágrimas, pero se enjugaron pronto por el sentimiento de nuestro propio peligro. Mas, como si las divinidades aciagas se hubieran aplacado con aquel sacrificio humano, los otros barcos llegaron sin daño á Vado.

De esta población zarpé para Génova, desde donde regresé á Niza.

Luego comencé una serie de viajes por Levante, en tres de los cuales fuímos asaltados y robados por piratas. En un solo viaje fuímos apresados dos veces, y como los segundos asaltantes no encontraron cosa de valía que coger, se enfurecieron contra nosotros.

Estos ataques y estas aventuras, empezaron á familiarizarme con el peligro, y merced á ellos me dí cuenta de que, como Nelson,—á quien bien sabe Dios que no quiero compararme—no sabía qué es el miedo.

En uno de los viajes que hice en el bergantín *Cortese*, capitaneado por Barlasemeria, enfermé en Constantinopla. El barco tuvo que hacerse á la vela, y como la enfermedad se prolongó más de lo que yo esperaba, me ví muy apurado de dinero. Siempre que me he encontrado en algún aprieto, he salido de él sin grandes dificultades,

(1) Obra exterior voladiza á cada lado de la popa.

Digitized by Google

porque ha querido mi buena estrella que haya venido en mi auxilio algún alma caritativa que se interesaba por mi suerte.

Una de estas buenas almas ha dejado en mi memoria y en mi corazón grato recuerdo, que durará cuanto dure mi existencia. Me refiero á la señora Luisa Sauvaigo, de Niza, criatura tan bondadosa, que no acierto á ponderarla como no sea poniéndola en parangón con mi madre, para considerarla con ella como modelo de mujeres buenas. Gobernaba su casa, que ella convertía en paraíso, procurando la dicha á su excelente marido, y atendiendo con singular inteligencia á la educación de sus hijos.

¿Por qué hablo aquí de ella? No lo sé... Es decir, sí; porque escribo para satisfacer á mi corazón, y el corazón me ha dictado lo que acabo de escribir.

La guerra entre el imperio turco y Rusia fué causa de que se prolongara mi estancia en Constantinopla.

Mi escasez de dinero era tal, que para poder vivir, entré como preceptor en casa de la viuda Tenioni. Obtuve este empleo por recomendación del señor Diego, doctor en medicina, á quien doy una vez más gracias por el servicio que me prestó.

Algunos meses después dejaba mi nueva profesión, muy poco en consonancia con mi carácter, para navegar otra vez, embarcándome en el bergantín *Nuestra Señora de la Gracia*, mandado por Casabona.

Este barco fué el primero que mandé como capitán, en un viaje de Mahón á Gibraltar y Constantinopla.

No me extenderé en el relato de mis otros viajes de esta época; sólo diré que constantemente atormentado por un profundo instinto de

Digitized by Google

patriotismo, inquiría de contínuo, consultando á los hombres, á los sucesos y á los libros, los mejores medios para procurar la resurrección de mi amada Italia. Pero hasta que hube cumplido los venticuatro años, me afané inutilmente, sin hallar la solución con tanto empeño buscada.

Quiso, por fin, mi buena fortuna que en un viaje que hacía á Tangarog, trabase amistad con un patriota italiano, que me dió minuciosa cuenta de la marcha de la política de nuestro país.

Cuando Cristóbal Colón, perdido en la inmensidad del Océano, y amenazado por sus compañeros, oyó gritar: «¡Tierra!» no sintió júbilo igual al que inundó mi alma, alegrándola, oyendo pronunciar el nombre de mi patria en los momentos en que el entenebrecido horizonte comenzaba á despejarse. La revolución francesa de 1830 había encendido el primer faro del puerto de salvación de Italia.

Hice luego un viaje en la *Clorinda*, que llevaba á bordo una sección de sansimonianos, mandados por Emilio Barrault.

Tenía yo pocos antecedentes de la secta de Saint-Simón, de la que sólo sabía que estaba formada por los apóstoles de una religión nueva. Esto me bastó para presentarme á su jefe como patriota italiano.

Este título fué suficiente... Nunca olvidaré aquellas transparentes noches de Oriente, que, como Chateaubriand ha dicho, no son las tinieblas, sino sólo la ausencia del día, en las que bajo el cielo tachonado de temblorosas estrellas, discutíamos, no ya las mezquinas cuestiones de nacionalidad, en las que hasta entonces había estado encerrado mi patriotismo, sino cuestiones que se relacionaban con toda la humanidad.

El apóstol empezó por hacerme comprender que el hombre que defiende á ciegas á su patria

Digitized by Google

ó que ataca á la patria de los otros, aunque meritorio en apariencia, es injusto en realidad, al paso que el hombre cosmopolita, que toma al mundo por patria, y va á ofrecer su espada y su sangre al pueblo, sea el que fuere, que lucha contra la tiranía, es más que un soldado: es un héroe.

Aquellas palabras encendieron en mi espíritu nuevas luces, á cuyo resplandor ví, que un barco no era sólo un vehículo encargado de transportar mercancías de un lado á otro, sino alado mensajero destinado á esparcir por el mundo la palabra del Señor y la espada vengadora del Arcángel.

Yo, que me había embarcado ávido de emociones, ansioso de penetrar en lo desconocido, me preguntaba sin cesar si esta vocación irresistible, que hasta entonces no había sido sino la de un marino, no resultaría el afán de intentar más arriesgadas empresas, de descubrir más vastos horizontes.

¡Oh, sí! ¡Ya adivinaba estos expléndidos horizontes entre las vagas y lejanas brumas del incierto porvenir!

V

El barco en que regresé de Oriente ancló en Marsella, donde tuve noticias de la revolución abortada del Piamonte y de los fusilamientos de Chambery, de Alejandría y de Génova.

En Marsella conocí á un tal Cové, quien me presentó á Mazzini.

No sospechaba yo entonces, que andando el tiempo me ligaría tan estrechamente á este hombre. Nadie conocía aún al persistente, al obstinado pensador á quien la Italia nueva debe su regeneración, y á quien nada desalentaba, ni aun

Digitized by Google

la ingratitud, en la obra santa que había emprendido.

No soy el más indicado para formular una opinión sobre Mazzini; pero permítaseme decir que después de haberle ceñido las sienes con la corona de laurel que merecía, se le ha torturado injustamente, con una corona de espinas.

Al caer Vacchieri, Mazzini se apresuró á dar un verdadero grito de guerra, escribiendo en *La Joven Italia*:

«¡Italianos! si queremos seguir siendo dignos de nuestro nombre, apresurémonos á mezclar nuestra sangre con la de los mártires piamonteses!»

No se gritaban impunemente estas cosas en Francia en 1833. Poco tiempo después de haber sido yo presentado á Mazzini, á quien hice el ofrecimiento de mi corazón y de mi brazo, el eterno proscrito fué obligado á salir del suelo francés y trasladarse á Ginebra.

En aquellos días, el partido republicano francés, parecía haber sido anonadado para siempre.

Mazzini, hombre de convicciones, para quien no había serios obstáculos, eligió estos momentos (algunos meses después del proceso de los combatientes del claustro de Saint-Merri) para arriesgarse en una nueva tentativa.

Los patriotas le respondieron que estaban preparados; pero que necesitaban un jefe.

Se pensó en Ramorino, el glorioso luchador de Polonia.

Mazzini no aprobaba esta elección. Su espíritu activo y mesurado á la vez, llevábale á desconfiar de los nombres afamados; pero como los más querían á Ramorino, Mazzini cedió.

Llamado á Ginebra Ramorino, aceptó el mando de la expedición. En la primera conferencia con Mazzini quedó acordado que dos columnas

Digitized by Google

republicanas entraran en el Piamonte, una por Saboya, la otra por Ginebra.

Ramorino recibió cuarenta mil francos para atender á los gastos de la expedición, y partió con un secretario de Mazzini, encargado de vigilar al general (1). Todo esto ocurría en septiembre de 1833; la expedición debía verificarse en octubre. Pero Ramorino llevó con tal lentitud los preparativos, que no estuvo todo á punhasta enero de 1834.

Todavía hubiera el general polaco demorado la expedición; pero obligado por la actitud resuelta de Mazzini, presentóse en Ginebra, acompañado de otros dos generales y un ayudante el 31 de enero.

En las conferencias que los jefes del movimiento tuvieron quedó acordado, á propuesta de Mazzini, que se ocuparía militarmente la aldea de San Julián, donde estaban reunidos los patriotas saboyanos y los republicanos franceses que se habían unido á los sublevados. Las dos columnas se pondrían en marcha en el mismo día: una saldría de Carouge; la otra de Nyons; la última atravesaría el lago para unirse á la primera en el camino de San Julián.

Las autoridades ginebrinas, temiendo indisponerse al mismo tiempo con Francia y con el Piamonte, mostráronse contrarias al movimiento. Quisieron oponerse á la salida de la columna de Carouge, mandada por Ramorino; pero el pueblo se sublevó y obligó al gobierno á dejar que la columna se pusiera en marcha.

---

(1) La historia de estos sucesos, que se desarrollaban en puntos donde no estaba Garibaldi, y cuyo conocimiento es indispensable para la mejor inteligencia de acontecimientos que se relatarán después, ha sido tomada de la obra de Angel Broffesio sobre el Piamonte.

Digitized by Google

No ocurrió lo mismo con la que partió de Nyons. Fletaron los sublevados dos embarcaciones de vela, una con hombres y otra con armas. Un barco del gobierno, mandado en su persecución, secuestró las armas y apresó á los hombres.

Viendo Ramorino que no llegaba la columna que debía juntársele, en lugar de seguir su marcha sobre San Julián, costeó el lago.

Durante largo tiempo caminaron las fuerzas sin saber á donde se dirigían; nadie conocía los designios del general. El frío era intenso; los caminos estaban intransitables.

A excepción de algunos polacos, la columna la formaban voluntarios italianos, impacientes por combatir, pero poco apercibidos para resistir las dificultades que encontraban en su larga caminata.

La bandera italiana atravesó varias míseras aldeas, donde no fué saludada por ninguna voz amiga; los sublevados no hallaban en su camino, más que curiosos é indiferentes.

Mazzini, ya fatigado por su contínuo y largo trabajo, cambió la pluma por el fúsil para unirse á la columna. Consumido por ardiente fiebre, medio muerto, se arrastraba trabajosamente por el áspero camino, con el dolor escrito en la frente.

Varias veces había preguntado á Ramorino, cuáles eran sus intenciones, y qué camino pensaba seguir. Nunca le dió el general respuesta satisfactoria.

Llegó la columna á Carra, donde se detuvo para pasar la noche. Mazzini y Ramorino se alojaron en la misma habitación.

Ramorino estaba junto á la encendida chimenea, envuelto en la capa; Mazzini fijaba sobre él la mirada sombría y desconfiada.

Digitized by Google

Súbitamente, con su voz sonora, que la fiebre hacía más vibrante aún, dijo al general:

—Por el camino que llevamos no encontraremos al enemigo. Debemos ir donde combatamos. Si la victoria es imposible, probemos al menos á Italia que sabemos morir.

—No han de faltarnos—respondió Ramorino, ocasión ni tiempo para afrontar riesgos inútiles, y yo miraría como un crimen exponer estérilmente á la flor de la juventud italiana.

—No hay religión sin mártires, replicó Mazzini; fundemos la nuestra, aun cuando sea preciso para ello verter toda la sangre de nuestras venas.

Aun no había terminado de hablar Mazzini, cuando se oyó en la calle ruido de fusilería.

Ramorino se puso en pie, y su compañero asió de una carabina, dando gracias á la suerte que le ponía por fin cara á cara al enemigo. Pero aquel arranque era el postrer esfuerzo de su energía. La fiebre le devoraba: los compañeros que se agitaban en las sombras, se le representaban fantasmas; los oídos le zumbaban, la tierra se movía bajo sus pies... Momentos después caía desvanecido.

Cuando recobró el conocimiento, estaba en Suiza, á donde, con gran trabajo, habíanle llevado sus compañeros. Las descargas de Carra habían sido una falsa alarma.

Ramorino, declaró que todo estaba perdido, se negó á seguir avanzando, y ordenó la retirada.

En aquellos días, una columna de cien hombres de los que formaban parte algunos republicanos franceses, partía de Grenoble y atravesaba la frontera de Saboya.

Pero el gobernador francés avisó á las autoridades sardas; los republicanos, atacados por sor-

Digitized by Google

presa durante la noche, cerca de las grutas de Echelles, fueron batidos, después de un combate de una hora.

En la lucha, los soldados sardos hicieron dos prisioneros: Angel Volontieri y José Borrel, los que conducidos á Chambery, fueron condenados á muerte y fusilados, sobre el mismo suelo, aun humedecido y tibio por la sangre de Effico Tolla.

VI

En el movimiento que se preparaba, se me había dado una misión, que acepté sin vacilar.

Había entrado al servicio del Estado, como marino de primera clase, á bordo de la fragata *Eurydice*. Mi misión consistía en hacer prosélitos para la revolución, lo que procuré lo mejor que supe.

En el caso de que el movimiento triunfara, yo y mis compañeros debíamos apoderarnos de la fragata para ponerla á disposición de los republicanos. Pero el ardor que yo sentía era tal, que no aviniéndome con este papel pasivo que se me daba, traspasé á uno de mis compañeros el encargo de apoderarse de la embarcación, para tomar desde los comienzos parte en un movimiento que se preparaba en Génova, y que debía iniciarse con el ataque del cuartel de la plaza de Sarzana.

A la hora en que debía comenzar la lucha, abandoné la fragata en un bote que me llevó á la aduana, desde donde corrí á la plaza elegida para teatro de la lucha. Esperé una hora, sin ver llegar á los sublevados. Luego supe que la intentona había fracasado y que los republicanos eran ferozmente perseguidos. Se habían hecho varias prisiones.

Digitized by Google

Como yo no había entrado en la marina sarda, sino para servir al movimiento republicano que se preparaba, juzgando inútil volver á bordo de la fragata, meditaba en la fuga.

En el momento en que me entregaba á estas reflexiones, las tropas, ya advertidas del proyecto de los republicanos, sitiaron la plaza. Comprendiendo que no había tiempo que perder, me refugié en casa de una frutera á quien manifesté el peligro en que me hallaba.

La excelente mujer no vaciló. Me ocultó en su tienda, me procuró un traje de aldeano, merced al cual pude salir aquella noche por la puerta de la Lanterna, dando comienzo á esta vida de destierro de lucha y de persecución, de la que, según todas las probabilidades, aun me queda camino que recorrer.

Esto ocurría el 5 de febrero de 1834.

Me dirigí hacia la montaña, atravesando sembrados y saltando muros. Por fortuna, estaba familiarizado con esta clase de ejercicios y al cabo de una hora de gimnasia, dejé á mi espalda el último prado y el último muro.

Con el propósito de llegar á Cachiopea, trepé por las montañas de Sestri. Al cabo de diez días, ó por mejor decir, de diez noches, llegaba á Niza, donde me dirigí sin vacilar á casa de una tía, á quien dí el encargo de que anunciara mi llegada á mi buena madre.

En Niza estuve un día, y á la noche siguiente, continué la marcha acompañado de mis dos amigos, José Janu y Angel Gustavini.

Cuando llegamos al Var, le hallamos muy crecido por las lluvias; pero esto no era un obstáculo para un nadador como yo.

Despedíme de mis dos amigos, y atravesé el río.

Creyéndome ya salvado me dirigí á un pues-

Digitized by Google

to de carabineros franceses, á los que no reparé en decirles quién era y por qué había salido de Génova.

Los carabineros me declararon que era su prisionero hasta nueva orden, que debía llegar de París. En la confianza de que no me faltaría una ocasión para fugarme, no opuse la menor resistencia, y me dejé conducir á Grasse y después á Draguiñan. En esta población, se me dió por alojamiento una habitación de un primer piso, ventilada por una ventana que daba á un jardín.

Me acerqué á la ventana, como para contemplar el paisaje, y ví con júbilo, que de la ventana al suelo sólo había unos quince pies de altura. De un salto salvé esta distancia, y en tanto que los carabineros, menos ágiles, daban un gran rodeo para bajar por la escalera, gané el camino y me interné en la montaña.

Desconocía el terreno, pero como marino, acostumbrado á orientarme por el cielo, no tardé en tomar á sabiendas la dirección de Marsella.

En la tarde del siguiente día llegué á una aldea, cuyo nombre no me cuidé de inquirir, porque tenía cosas más importantes que hacer.

Entré en una posada. Un hombre y una mujer jóvenes, se calentaban al calor de una chimenea, cerca de la cual había una mesa dispuesta para cenar.

Pedí que se me sirviera comida, que bien necesitaba porque desde el día anterior no había entrado en mi cuerpo cosa alguna.

La bien codimentada cena, el agradable vino del país y el fuego, me reconfortaron. Me hallaba en uno de esos momentos de inefable bienestar, que se saborea, cuando después de haber

Digitized by Google

pasado un serio peligro, se cree uno libre de todo riesgo, al abrigo de todo daño.

El posadero parecía encantado de mi excelente apetito y de la alegría que pregonaba mi semblante.

Le declaré que mi hambre era comprensible después de una dieta de veinte horas y de una caminata de varias leguas. La alegría de mi cara no estaba menos justificada, puesto que en mi país había escapado, probablemente de la muerte y en Francia de la prisión.

Habiendo hecho esta declaración, no podía excusar los detalles que tanto el posadero como su mujer me pidieron. Parecían ambos tan francos, tan complacientes que nos les callé cosa alguna.

Cuando tocaba al fin de mi relato, ví, con asombro y disgusto, que la posadera me miraba con enojo, y que su marido fruncía el ceño.

—¿Qué les pasa á ustedes? pregunté:

El posadero me respondió gravemente:

—Ha hecho usted mal en contarme todo eso; después de oída su confesión me creo obligado á detenerle.

Tomé la amenaza á broma y me eché á reir.

—¡Bah! cuando menos, dije, déjeme acabar el postre; aun tengo hambre.

Y continué comiendo, sin inquietarme, pues aun cuando el posadero quisiera cumplir su amenaza, había de habérselas conmigo de hombre á hombre.

Luego, pensando mejor, comprendí que la situación era más comprometida de lo que de momento había creído, pues si el posadero se obstinaba en realizar su proyecto, no le faltaría quien le ayudara. La posada era el punto de reunión de los mozos del lugar, que acudían allí todas las noches, para beber, charlar y jugar á los naipes.

Digitized by Google

El posadero no volvió á hablar de detenerme, pero no me perdía de vista. Verdad es que como no llevaba otra ropa que la puesta, mi equipaje no podía responderle del gasto que había hecho. Como al descuido hice sonar algunos escudos que en el bolsillo llevaba, y este ruido pareció alegrar algún tanto al posadero.

Aproveché un momento en que uno de los bebedores, terminaba, entre aplausos, una canción y tomando un vaso de vino, me adelanté resueltamente.

—Ahora yo, dije, y sin aguardar la aprobación, comencé á cantar *le Dieu des bonnes gens.*

Si no hubiese tenido otro vocación, hubiera podido ser cantante; tengo voz de tenor, que bien educada, hubiera podido adquirir cierta extensión.

Los versos de Beranger, la espontaneidad con que habían sido cantados, la popularidad del poeta, sedujeron al auditorio. Se me obligó á repetir dos ó tres estrofas, fuí abrazado por todos, y de todas las bocas salieron con entusiasmo estos tres vítores: ¡Viva Beranger! ¡Viva Francia! ¡Viva Italia!

Logrado este éxito, no había que temer que nadie pensara en detenerme; el posadero no volvió á hablar del asunto, y á estas horas, aun ignoro si me había amenazado con la prisión formalmente ó bromeando.

Pasamos la noche cantando, jugando y bebiendo y al romper el día, todos los mozos se brindaron para acompañarme hasta las afueras del lugar, honor que yo acepté reconocido.

El poeta Beranger ha muerto sin saber el servicio que en aquella ocasión me prestaron sus inspiradas estrofas.

Digitized by Google

De Europa á América

I

Veinte días después de haber salido de Génova, llegaba á Marsella, sin que en el camino me ocurrieran otros incidentes, que merezcan ser contados.

Por el periódico *El Pueblo Soberano*, supe que había sido condenado á muerte. Era la primera vez que tenía el honor de ver mi nombre impreso en un periódico. Como era arriesgado llamarme Garibaldi, tomé el seudónimo de Pane.

Estuve en Marsella varios meses aprovechando la hospitalidad que me ofreció mi amigo José París. Por fin, entré como segundo de á bordo en el bergantín *Uniòn*.

El primer domingo que pasé en este barco, estaba, á cosa de las cinco de la tarde, conversando en la popa con el capitán, Francisco Gaza. Entretenía me siguiendo con la mirada á un muchacho que se devirtía en el muelle de Santa Ana, saltando de una lancha á otra. Una de las veces, midió mal la distancia, y cayó al mar, dando un grito.

Yo estaba vestido con mis mejores galas, pero al ver desaparecer al muchacho, me arrojé al agua sin vacilar. Dos veces me sumergí inutilmente; á la tercera, tuve la suerte de asir al muchacho por un brazo y le salvé la vida. La gente que se había agrupado en el muelle, me recibió con frenéticos aplausos.

El salvado era un jóven de catorce años, llamado José Rambaud. Las lágrimas de alegría y las bendiciones de su madre, me recompensaron con explendidez del baño que había tomado.

Digitized by Google

Como le salvé la vida con el nombre de José Pane, es probable que, si aun vive, ignore quien fué su verdadero salvador.

En el *Uniòn* hice mi tercer viaje á Odesa, al regreso del cual me embarqué en una fragata del Bey de Túnez, que dejé en el puerto de Galeta, para volver á Marsella en una embarcación turca.

Cuando llegué al puerto francés, hacía estragos el cólera. Todas las personas pudientes, á excepción de los médicos y las hermanas de la Caridad, habían huído de la población, que ofrecía el aspecto de un vasto cementerio. Los médicos solicitaban la ayuda del vecindario. Un compañero de viaje y yo nos ofrecimos como enfermeros, oficio que desempeñamos durante quince días. Viendo que el cólera decrecía en intensidad, aproveché una ocasión que se me ofrecía de ver nuevas tierras, y me embarqué, como segundo, en el brick *Nautonnier*, de Nantes, capitán Beauregard, que debía zarpar para Río Janeiro.

Cuando desembarqué en esta ciudad, quiso mi buena fortuna, que no tardara en encontrar la cosa más rara del mundo: un buen amigo. Lo hallé sin buscarlo; bastó que nos viéramos para que intimásemos. Un día nos encontramos en nuestro camino, cambiamos una mirada y no fué necesario más. Una sonrisa, y un apretón de manos, bastó para sellar para siempre una amistad fraternal entre Rossetti y yo.

En el curso de este relato se me ofrecerá ocasión de decir algo de este hombre excepcional. De momento me limitaré á lamentar una vez más, que me haya negado hasta aquí la suerte la dicha de poder colocar una cruz sobre el punto ignorado de la tierra americana, en que descan-

Digitized by Google

san los restos de aquel valiente, á quien dí en vida el dulce nombre de amigo.

Después de haber pasado Rossetti y yo varios meses en la ociosidad—llamo *ociosidad* á haber vivido dedicados al comercio, ocupación á que ni mi amigo ni yo teníamos afición—hizo el azar que trabásemos relaciones con Zambecarri, secretario de Bento González, presidente de la República de Río Grande, entonces en guerra contra el Brasil. El presidente y su secretario eran prisioneros de guerra, y estaban encerrados en la fortaleza que se levanta en la entrada del puerto de Santa Cruz. Zambecarri, que dicho sea de paso, era hijo de un famoso acronauta, me presentó al presidente, quien me autorizó para armarme en corso contra el Brasil. Algunos días después Bento González y Zambecarri se fugaban á nado, y entraban felizmente en Río Grande.

II

Armamos en guerra el *Mazzini*, embarcación de unas treinta toneladas, y nos lanzamos á la mar con diez y seis compañeros. ¡Por fin éramos libres, y navegábamos al amparo de una bandera republicana, eramos *corsarios*!

Con diez y seis hombres de tripulación íbamos á declarar la guerra á un imperio.

Salimos del puerto, con rumbo á las islas Maricas, situadas á cinco ó seis millas de la embocadura de la rada. Las armas y las municiones iban ocultas entre el tasajo que constituía nuestra única provisión de boca.

Avancé hacia el mayor de los islotes, largué el ancla y salté á tierra. Henchido el pecho de felicidad, miré al Océano, que consideraba como mío, y tomé posesión de mi imperio. No tardó

HOSPITAL PROVINCIAL
SERVICIO MÉDICO DE GUARDIA

en ofrecerse una ocasión para poner á prueba mi poder. Desde mi observatorio descubrí una goleta que navegaba bajo el pabellón brasileño. Ordené á mi gente que se apercibiera, y nos hicimos á la mar con rumbo hacia la goleta, bien agena del peligro que corría á tan poca distancia de Río Janeiro. La abordamos, nos dimos á conocer y la intimamos á que se rindiera, lo que hizo sin oponer resistencia alguna. Subimos á su bordo y nos apoderamos de ella. Un pasajero portugués, se me acercó temblando para ofrecerme una caja repleta de brillantes, á cambio de la vida.

Le rechacé la oferta, y procuré tranquilizarle diciéndole que su vida no corría el menor peligro, por lo que podía guardar aquellas piedras para mejor ocasión.

Pero no había tiempo que perder, porque estábamos al alcance de las baterías del puerto. Transportamos las armas y las municiones del *Mazzini* á la goleta, y echamos á pique nuestra primera embarcación, que dió allí fin á su corta, pero gloriosa carrera de corsario.

Pertenecía la goleta á un rico mercader austriaco, vecino de la isla Grande, situada á la derecha de la salida del puerto, á unas quince millas del continente. La embarcación apresada llevaba cargamento de café con destino á Europa. Consideré la goleta como buena presa por dos razones: por pertenecer á un súbdito de Austria, nación contra la que había luchado en Europa, y á un negociante del Brasil, contra el que guerreaba en América.

Dí á mi nueva embarcación el nombre de *Scarropilla*, con el que, á mi modo, recordaba el apodo de *harapientos* dado por el Brasil á los habitantes de la República de Río Grande. A decir verdad, este apodo nos venía como de perlas,

Digitized by Google

pues no todos mis compañeros eran Rossetti, sino que los más tenían verdadero aspecto de bandidos. Esto explica la pronta rendición de la goleta y el terror del portugués que me ofreció los diamantes. Me complazco en declarar que mientras fuí corsario, mis hombres fueron obligados á respetar la vida, el honor y la fortuna de los pasajeros. Jamás fué desobedecida esta orden terminante.

Ya acondicionados en la goleta, nos dirigimos hacia Río de la Plata, y para dar ejemplo del respeto, con que yo quería se mirase siempre la vida, la libertad y los bienes de nuestros prisioneros, al llegar á la altura de la isla Santa Catalina, cerca del cabo Itapocoroya, hice botar al mar la lancha del barco capturado, y desembarqué á los pasajeros con sus equipajes, díles víveres, les cedí la lancha y los dejé en libertad.

Cinco negros, esclavos á bordo de la goleta, á los que también quise dejar libres, se inscribieron á mi bordo como marineros.

Seguimos navegando hasta anclar en Maldonado, estado de la República Oriental del Uruguay.

Fuimos admirablemente recibidos por la población y por las autoridades, lo que tuvimos por inmejorable augurio. Rossetti partió para Montevideo para vender una parte del cargamento apresado.

Nosotros continuamos en Maldonado, es decir en la entrada del magnífico río, que en su desembocadura mide treinta leguas de anchura. Pasamos allí ocho días en fiesta contínua, que estuvo á punto de terminar en tragedia. Oribe, presidente de la República de Montevideo, no reconocía á la República de Río Grande, y dió orden al Jefe de policía de que me detuviera y se apoderara de mi goleta. Por fortuna, el Jefe de poli-

Digitized by Google

cía era un hombre excelente, que en lugar de ejecutar la orden recibida, lo que no le hubiera sido difícil, me avisó confidencialmente para que saliera cuanto antes del puerto. Me preparé para zarpar aquella misma noche, pero antes quise arreglar un negocillo que tenía pendiente, con un comerciante de Montevideo, á quien había vendido algunos sacos de café y varias chucherías halladas en la goleta. Yo necesitaba el dinero para comprar víveres, pero bien por que el comprador fuera mal pagador, bien porque estuviese enterado del riesgo en que yo estaba de ser detenido, es lo cierto que nunca logré hacer efectivo el débito. Obligado á salir aquella noche de Maldonado, no tenía tiempo que perder, y resolví cobrar á todo trance, para lo cual, á punto de las nueve, ordené á mi gente que aparejara, tomé dos pistolas, me embocé en la capa, y me dirigí tranquilamente á casa del comerciante.

A la luz de la clara luna, ví á mi hombre desde lejos, tomando el fresco á la puerta de su casa. También él me vió, me reconoció y me hizo signos con ambas manos para que me alejara porque corría peligro. Aparenté que no veía sus ademanes, seguí avanzando y cuando le tuve al alcance de la mano, le puse los cañones de ambas pistolas sobre el pecho, al propio tiempo que le decía:

—¡Vengo á cobrar!

Quiso entrar en explicaciones, que yo atajé por dos veces, repitiéndole amenazador:

—¡Vengo á cobrar!

A la tercera, comprendiendo en mi actitud que no era yo de los que amenazan en vano, me hizo entrar en su casa y me entregó, uno sobre otro, los dos mil patacones que me debía.

Digitized by Google

Dos horas después, levábamos anclas para remontar el Plata.

III

Al romper el nuevo día me encontré, con gran sorpresa, en medio de las rompientes de Punta Negra. Fué un grave error, que no acertaba á explicarme, porque había pasado la noche en vigilia y alerta, con los ojos fijos en la costa y consultando la brújula á cada momento. Pero lo que entonces importaba, no era averiguar las causas del yerro, sino salvar el peligro inmenso en que nos hallábamos. Las olas gigantescas y formidables azotaban á la goleta por todas partes, el puente estaba literalmente cubierto de espuma. Trepé á la verga del trinquete y ordené orzar á babor; mientras mis hombres practicaban esta maniobra, el viento se nos llevó la vela del mastelero. Desde la verga dominaba yo la embarcación y las rompientes, de suerte que podía marcar con precisión el camino que debía seguir la goleta, la que, como si se diera cuenta también del peligro que corríamos, obedecía al timón con la prontitud y precisión con que obedece á la rienda un caballo bien domado. Por fin, al cabo de una hora, que pasamos entre la vida y la muerte, y durante la cual ví á viejos lobos de mar palidecer, y rogar á los más incrédulos, nos encontramos libres de todo peligro. Entonces quise averiguar las causas que me habían llevado á aquellos terribles escollos, tan conocidos de los navegantes, tan claramente marcados en todas las cartas, en los que me ví metido cuando creía pasar á tres millas de distancia. Consulté la brújula, y observé, con extrañeza que regía mal: á seguir sus indicaciones, hubiese ido á encallar en cualquier bajo de la costa. Por

Digitized by Google

fin, descubrí el misterio. Cuando antes de zarpar de Maldonado, dejé la goleta para ir á cobrar los dos mil patacones, ordené, que para rechazar cualquier ataque, se llevaran sobre el puente todos los sables y los fusiles con que contábamos. Esta masa de hierro, casi en contacto con la bitácora, había obrado sobre la brújula, desviándola. Mandé retirar las armas y la aguja recobró su dirección normal.

Continuamos el viaje y anclamos en Jesús y María, donde nada nos sucedió, como no sea las dificultades con que tropezamos para reponer nuestras agotadas provisiones. Seguimos navegando sin alejarnos de la costa. Una mañana descubrí, á cosa de cuatro millas, tierra adentro, una casa, con apariencias de granja. Dimos fondo lo más cerca posible de la playa, y como no disponía de bote, organicé una balsa con toneles y un madero, y provisto de un garfio, me trasladé á esta original embarcación, acompañado de un marinero, que llevaba mi mismo apellido: Mauricio Garibaldi. La goleta tenía largadas las dos anclas, para resistir la violencia del viento que soplaba de las pampas.

Largo tiempo estuvimos mi compañero y yo sorteando los escollos, no navegando, sino dando tumbos y bailoteando sobre el madero, y en constante riesgo de ir á parar al agua. Por fin, después de haber hecho verdaderos milagros de equilibrio logramos ganar la costa. Dejé á Mauricio custodiando la balsa y avancé resueltamente hacia la casa.

IV

El espectáculo que entonces se ofreció á mi vista, y con el que mis ojos se recreaban por vez primera, no puede ser digna y completamente

Digitized by Google

descrito sino por quien maneje con habilidad al mismo tiempo la galana pluma del poeta y el pincel del paisajista. Veía ondular ante mí, como inquietas olas de un mar solidificado, los inmensos horizontes de las *llanuras orientales*, así llamadas porque se encuentran en la costa oriental del río Uruguay, que desemboca en el Plata, frente á Buenos Aires. Era aquel un espectáculo completamente original y sorprendente para un italiano, nacido en un suelo en que es raro encontrar una legua de tierra sin una casa ú otra construcción, obra del hombre.

Allí, por el contrario, no se veía sino la obra de la Naturaleza, tal como quedó formada el día de la Creación. Contemplaba una vasta, una inmensa pradera, cuyo aspecto, semejante al de un tapiz de verdura y de flores, no cambiaba sino en las riberas del Arroga, donde se elevaban copudos árboles de verdes y descomunales hojas, que el viento agitaba incesantemente.

Los caballos, los toros, las gacelas, los avestruces, son los únicos habitantes de aquellas interminables praderas, que sólo atraviesa el gaucho, verdadero centauro del Nuevo Mundo, como para recordar á los indómitos animales que el hombre es el rey de la creación. Mas ¿cómo reciben aquellas bestias á su rey? Todas protestan con igual furia de la pretendida dominación, el caballo con sus vibrantes relinchos, el toro con sus mugidos amenazadores, el avestruz y la gacela huyendo. Esta general protesta despertó en mi memoria, por extraña concatenación de ideas, el triste recuerdo de la tierra que me vió nacer, y se me apareció decrépita y miserable, prosternada á los pies del austriaco que la oprime. Aquellos hombres serviles, se me representaron muy inferiores á los animales salvajes de las pampas, que á la vista del gaucho pregonan á su

Digitized by Google

manera, gran amor á la independencia. Pero dejemos el viejo mundo, triste y desesperado, y volvamos al mundo nuevo, jóven pletórico de vida y rico de esperanzas.

¿Cómo expresar la emoción que experimenté al contemplar, aquella maravilla de la naturaleza, aquel milagro de la creación?

Avancé hasta llegar á una *estancia*, donde no había otra persona que una joven: la mujer del capataz. No pudiendo ésta venderme una vaca sin el consentimiento de su marido, resolví esperarme hasta que regresara á su vivienda. Los momentos que pasé esperando fueron de aquellos que quedan grabados para siempre en la memoria. ¡Quién podía adivinar que aquella joven, hallada en un desierto, y casada con un hombre medio salvaje, era una mujer de esmerada educación, una poetisa que se sabía de coro los versos de Dante, de Tasso y de Petrarca! Yo, poco conocedor en aquella época de la lengua española, comencé expresándome con dificultad, que desapareció cuando, con sorpresa y gusto, oí que la joven me respondía en italiano.

En el curso de la conversación, me preguntó si conocía las poesías de Quintana, y como le respondiera que no, me regaló un volúmen de estas poesías, diciéndome que me lo daba para que tan gran poeta fuese mi iniciador en el harmonioso idioma de Cervantes. Me encantaba de tal modo la conversación de aquella mujer, que hubiera pasado toda la tarde á su lado, sin acordarme para nada de la impaciencia con que me aguardaría Mauricio, á quien había dejado al cuidado de la balsa. La llegada del marido puso fin á la entrevista poética, para tratar de cosas más materiales.

Quedó convenido que el capataz me vendería una vaca de la que me haría entregar en la

Digitized by Google

playa. Hago gracia á los lectores de los apuros que Mauricio y yo pasamos para trasladar la res á la goleta, sin otro auxilio que el de la balsa, embarcación demasiado primitiva para gobernada en un mar embravecido lleno de escollos. Algunos días después, compré á unos marineros en alta mar, una canoa.

Hecha la compra, nos dirigimos hacia la costa, largando anclas á unas seis millas al Sud de Jesús y María, frente por frente de los Barrancos de San Gregorio. Soplaba ligera brisa Norte, cuando divisamos, por la parte de Montevideo, dos embarcaciones que creímos amigas; pero como no traían izado el pabellón rojo que habíamos convenido nos sirviera de señal, juzgué prudente esperar con las velas desplegadas, y con las armas al alcance de la mano.

La precaución no fué inútil. La embarcación que marchaba á la cabeza, avanzaba hacia nosotros, llevando al parecer á su bordo sólo tres tripulantes. Cuando estuvieron cerca de la goleta, el que parecía ser el jefe de la menguada tripulación, nos ordenó que nos rindiéramos. Al mismo tiempo el puente de la embarcación enemiga se llenó de hombres armados, los que sin darnos tiempo para responder á la intimación, rompieron el fuego sobre nosotros.

—¡A las armas! grité á mi gente, al propio tiempo que asía de mi fusil.

Ordené luego que avanzara la goleta, y como ésta no obedeciera con la docilidad acostumbrada, me giré hacia el timón y ví que la primera descarga había matado al timonel, que era uno de mis mejores marineros.

No había tiempo que perder. Los enemigos nos atacaban con tanta saña que su embarcación había abordado á la nuestra por el jardín de estribor, y algunos de sus hombres saltaban ya á la

Digitized by Google

goleta. Unos cuantos disparos y varios sablazos, dieron buena cuenta de estos valientes. Después de ayudar á mis hombres á rechazar este abordaje, quise encargarme del timón abandonado; pero en el momento en que empuñaba la barra, una bala enemiga me hirió en el cuello y caí desvanecido. El resto del combate, que duró una hora, fué sostenido por Luis Carniglia, Pascual Lodola, Juan Lamberti, Mauricio Garibaldi y dos malteses, cuyos nombres no recuerdo. Los italianos combatieron como leones, mientras los otros tripulantes, especialmente los cinco negros, ponían el pellejo á salvo en la cala de la goleta. Por fin, fatigado el enemigo, al que hicieron mis hombres diez bajas, huyó dejándonos remontar el río.

Aunque recobré luego el conocimiento, hallábame imposibilitado de tomar parte en la pelea. Mis primeras sensaciones, al abrir los ojos y recobrar la vida, no pudieron ser más deliciosas. Puedo decir que he estado muerto y que he resucitado. Mas he de apresurarme á añadir que el sentimiento de bienestar físico, fué muy luego vencido por el penoso sentimiento de la situación en que nos hallábamos. Aunque gravemente herido, como ninguno de mis compañeros tenía conocimientos náuticos, pedí que me presentaran la carta, la consulté con ojos que nublaba un velo, que yo creí el de la muerte, é indiqué con el dedo á Santa Fé, en el río Paraná. Ninguno de nosotros había jamás navegado por el Plata, á excepción de Mauricio, quien había remontado una vez el río Uruguay. Los marineros estaban atemorizados; mi estado y la vista del cadáver del timonel les causaba tanto espanto como el riesgo, que juzgaban inminente, de ser cogidos y tratados como piratas. Cada barco, cada lancha, un tronco de árbol que flotara en

Digitized by Google

el agua, se les antojaba un navío enemigo que iba en nuestro seguimiento.

El cadáver de nuestro infortunado compañero fué arrojado al río con las ceremonias acostumbradas en tales casos. He de confesar que este género de inhumación me disgustaba, con mayor motivo, porque, según todas las probabilidades, no tardaría yo en sufrir la misma suerte. Hablé de esta repugnancia á Carniglia, y mi buen amigo me prometió, entre sollozos, que no consentiría que se me arrojara al agua, sino que se me daría sepultura en tierra. ¡Quién sabe, si á pesar de su buen deseo, hubiera podido dar cumplimiento á la promesa! Mi cadáver hubiera servido de pasto á los caimanes del Plata, no hubiera vuelto á ver á Italia, no hubiera combatido por ella; pero tampoco habría pasado por el dolor de verla caer de nuevo en la ignominia y en la prostitución.

¡Quién hubiera dicho entonces á mi muy querido Luis Carniglia, que antes de un año, había de verle yo sepultarse en el Océano, y que buscaría en vano su cadáver para dar á sus restos el eterno reposo que el había ofrecido proporcionar á los míos, enterrándole en tierra extranjera y colocando sobre su tumba una piedra que invitara á orar á los caminantes! ¡Pobre Luis! Me asistió con solicitud materna en mi larga y dolorosa enfermedad, durante la cual no tuve otros consuelos que las palabras alentadoras y las atenciones de aquel generoso amigo.

V

Quiero hablar de Luis. ¿Y por qué no hacerlo? ¿Por qué era plebeyo? ¿Por qué había nacido de esa multitud anónima que trabaja para todos? ¿Por qué no pertenecía á las altas clases socia-

Digitized by Google

les, que no suelen trabajar por nadie y devoran por muchos? ¡Carniglia tenía elevación de alma bastante para sostener por todas partes la honra del nombre italiano! ¡Era bueno para desafiar una tempestad, toda clase de peligros! ¡Bueno, en fin, para protegerme, para cuidarme como á un hijo en la desgracia, cuando era incapaz de moverme, cuando estaba abandonado de todos! Estando yo delirante, con el delirio de la muerte, se sentaba á mi lado Luis, con la asiduidad, con la paciencia de un ángel y sólo me dejaba algunos momentos para llorar ocultándome sus lágrimas!

¡Oh Luis! Tus huesos, perdidos en los abismos del Atlántico, merecían un monumento, donde el proscripto, reconocido, pudiese un día recompensarte, llorando por tí, como tu lloraste por él.

Luis Carniglia era de Deiva, pequeña comarca situada en la ribera Levante de Génova. No había recibido instrucción literaria, pero suplía este defecto con su gran inteligencia. No teniendo los conocimientos náuticos del piloto, condujo el barco hasta Gualeguay, con la seguridad y la fortuna de un práctico. En el combate en que fuí herido, á él debimos principalmente el no caer en poder del enemigo. Colocado en el lugar de más peligro, pudo evitar el asalto. De elevada estatura y gran robustez, unía la agilidad á una fuerza extraordinaria. Era de ameno trato y tenía el don de hacerse querer de cuantos le conocían. Fué un mártir de la libertad: ¡Ay! los hijos mejores de nuestra desdichada patria, mueren como este bravo, en tierra extraña y sin lograr el consuelo de una lágrima.

Digitized by Google

VI

Durante diez y nueve días no tuve más cuidados que los de Luis Carniglia.

En la desembocadura del Ibicui, afluente del Paraná, encontramos un navío, mandado por un mahonés, llamado don Lucas Tartaulo, quien me trató con todo género de consideraciones, dándome cuanto creyó que podía serme necesario en el estado en que me hallaba.

Cuanto me ofreció fué aceptado, porque á bordo de la goleta carecíamos de todo, á excepción de café, bebida que tomábamos á todo pasto, sin pararnos á pensar si el café era para mí un remedio ó un veneno. Comencé por tener fiebre espantosa, acompañada de gran dificultad de tragar, ni aun la saliva. Este síntoma se explica porque la bala me había atravesado el cuello de parte á parte, pasando por entre las vértebras cervicales y la laringe. A los ocho días empezó á ceder la fiebre, fuí poco á poco tragando mejor y mi estado se hizo tolerable.

Don Lucas Tartaulo me dió varias cartas de recomendación para Gualeguay, entre ellas una muy afectuosa para el gobernador de la provincia de Entre-Ríos, don Pascual Echagüe, quien, teniendo que hacer un viaje, me dejó su propio médico, un joven argentino muy inteligente. Sin pérdida de momento me extrajo la bala, prestándome después, durante algunas semanas, cuidados tan excelentes como desinteresados.

Seis meses pasé en Gualeguay, viviendo en la casa de don Jacinto Andreas, jefe de una familia de quien guardaré mientras viva grato recuerdo.

Pero yo era prisionero, ó poco menos.

A pesar de la buena voluntad de Echagüe y del interés que la población me testimoniaba, no podía ausentarme sin previa resolución del dic-

Digitized by Google

tador de Buenos Aires, que no resolvía nada. Se me permitía pasear á caballo, y se me pasaba un peso fuerte diario, cantidad más que sobrada para aquel país.

Sin duda este desembolso llegó á ser una carga para el gobernador, porque personas de su intimidad me hicieron proposiciones de fuga. Se me decía que el gobierno vería mi desaparición sin gran disgusto. No necesitaban insistir mucho para que yo me decidiera á tomar una resolución que desde hacía tiempo acariciaba. Durante a ausencia de Echagüe, habíase encargado del gobierno un tal Leonardo Millán, con quien yo no había tenido hasta entonces trato de ninguna clase.

Me decidí á marcharme, é hice mis preparativos. Una tarde borrascosa, dirigíme hacia la casa de un vecino, que yo solía visitar, situada á unas tres millas de Gualeguay; le hice saber mi pensamiento, y le rogué me proporcionara un guía que con caballos propios me condujese al Ibicui, donde esperaba encontrar un barco que me transportara de incógnito á Buenos Aires ó Montevideo.

Encontramos el guía y los caballos, y nos pusimos en marchar al través de los campos, para no ser descubiertos. Habíamos de recorrer cincuenta y cuatro millas, y las recorrimos durante la noche, casi siempre al galope.

Al romper el alba estábamos á la vista del Ibicui, en la *estancia* de este nombre, á la distancia de media milla.

Acordé con el guía, esperar en el bosque donde nos encontrábamos, mientras él marchaba á tomar noticias en la casa. Así se hizo; partió solo y yo me quedé contento de poder reposar un rato, pues estaba cansado de tanto cabalgar. Desmonté y até las bridas de mi caballo á una

Digitized by Google

de las plantas espinosas que componen totalmente aquellos bosques.

De pronto siento tropel de caballos, y me percato de que un destacamento de caballería, con los sables desenvainados, venía hacia mí. Comprendí que era inútil todo propósito de fuga, y más inútil aún la resistencia. Me ataron las manos, colocáronme sobre un caballo, me ligaron también los pies, y en esta disposición fuí conducido á Gualeguay, donde me esperaba un tratamiento mucho peor.

Me espanta todavía recordar aquel triste accidente de mi vida.

Llevado á presencia de Millán, que me esperaba en la puerta de la prisión, me preguntó quién me había suministrado los medios para evadirme, y seguro de que yo no le había explicado el hecho por completo, principió á golpearme bestialmente con una fusta que tenía en la mano; después, al reiterarle mi negativa, hizo pasar una cuerda por las vigas de la prisión y me suspendió en el aire, atado á ella por una mano.

¡Dos horas de tan cruel tortura me hizo sufrir aquel malvado!

¡A mí, que había consagrado toda la vida al alivio de los que sufren; pronto siempre á pelear contra la tiranía y contra el clericalismo, autores y administradores de aquellas torturas inquisitoriales!

Mi cuerpo ardía como un horno y mi estómago consumía como si fuera hierro candente el agua que bebía sin interrupción, suministrada por un soldado. Tales padecimientos son indescriptibles. Cuando me desataron no lanzaba ya queja alguna, parecía un cadáver. A pesar de ello, me colocaron en el cepo. Había atravesado cincuenta y cuatro millas de un país palúdico,

Digitized by Google

en el que los mosquitos son insufribles en la estación en que estábamos.

Con las manos y los pies atados había aguantado la tremenda persecución de aquellos molestos insectos, sin defensa posible: después la tortura de Millán.

Andreas, mi bienhechor, estaba impresionado. Los habitantes todos de la villa se hallaban aterrados, y sin el alma generosa de una mujer hubiera yo muerto. La señora Alemán, angel de bondad, desechó el temor que á todos había invadido y vino en mi socorro. Nada me faltó en la prisión, gracias á mi incomparable bienhechora.

Algunos días después, comprendidendo el gobernador que era inutil tratar de hacerme hablar, y convencido de que moriría antes de denunciar á uno sólo de mis amigos, y no atreviéndose, sin duda, á echar sobre sí la responsabilidad de aquella muerte, me hizo conducir á Bajada, capital de la provincia, donde estuve dos meses encarcelado. Al cabo de este tiempo se me autorizó para salir libremente de la provincia. Aunque yo profesaba opiniones opuestas á las de Echagüe, y aunque después he combatido más de una vez contra él, no podría callar la deuda de gratitud que con aquel hombre contraje, y bien quisiera que al cabo de tantos años, se me ofreciera una ocasión en que poderle probar mi agradecimiento por todo cuanto por mi hizo, especialmente por haberme devuelto la perdida libertad.

Andando el tiempo quiso la suerte que cayeran en mis manos todos los jefes militares de la provincia de Gualeguay, y todos fueron libertados sin que se les causara el menor daño ni á su persona ni á sus bienes. En cuanto á don Leonardo Millán, no quise ni aun verle, por miedo á que su presencia, me recordara lo que

Digitized by Google

me había hecho sufrir, y la ira me llevara á cometer algún acto de venganza indigno de mí.

VII

En Bajada tomé pasaje en un bergantín italiano, capitaneado por Ventura, hombre excelente, é intachable caballero. Viajamos juntos hasta la desembocadura del Iguan, donde me embarqué para Montevideo, en una balandra mandada por Pascual Carbone, quien también me dispensó muchas atenciones. Las dichas, como las desgracias suelen ir aparejadas; había acabado momentaneamente con las últimas y las primeras se sucedían sin interrupción.

En Montevideo encontré muchos amigos, de los que debo nombrar ante todo á Juan Bautista Cuneo y Napoleón Castillini.

Rossetti, á quien, como se recordará, había enviado á Montevideo, corrió á mi encuentro. Acababa de llegar de Río Grande, donde había sido admirablemente recibido por aquellos bravos republicanos.

En Montevideo seguía yo siendo proscripto por haber combatido contra embarcaciones de esta nación. Me ví, pues, forzado á ocultarme en la casa de mi amigo Pazante, quien me dió generosa hospitalidad durante un mes. Verdad es que mi reclusión era muy tolerable, porque me la endulzaban á diario las visitas de los muchos compatriotas que en aquella época de prosperidad y de paz se habían establecido en el país. La guerra, y sobre todo el sitio de Montevideo, cambiaron las condiciones de los más de ellos, y de buena que era la hicieron mala y aun malísima.

Digitized by Google

La República de Río-Grande

I

Al cabo de un mes partimos Rossetti y yo para Río-Grande. Hicimos el viaje á caballo, lo que constituyó para mí un gran encanto.

Llegamos á Piratiny, donde fuí bien acogido por el Gobierno de la República de Río-Grande, provisionalmente establecido en esta ciudad por ser un punto céntrico y libre de las correrías del enemigo.

Sin embargo, veíase el Gobierno precisado á poner sus archivos en carros, é ir en pos del ejército republicano en campaña, compartiendo con los militares las fatigas y peligros de las batallas.

Bento González, Presidente de la República y General en jefe del ejército, había marchado á la cabeza de una brigada de caballería para combatir á Silva Tavares, general del imperio del Brasil, que, habiendo pasado el canal de Sao Gonçalo, invadía la parte oriental de la provincia.

Solicité y obtuve autorización para unirme á una columna que debía operar sobre Sao Gonçalo.

Fuí presentado á Bento González, quien me recibió muy bien. Pasé algún tiempo en compañía de aquel valiente, á quien la naturaleza favoreció con sus dotes predilectas.

Bento González, hombre de sesenta años, era el tipo de guerrero bravo y magnánimo.

Alto y de gallardo porte, montaba su fogoso caballo con la facilidad y la destreza de un joven de veinte años.

Su carácter generoso y modesto me incli-

Digitized by Google

naba á creer firmemente que no había excitado á los riograndeses á emanciparse del imperio con el fin de procurar el propio engrandecimiento..

Sobrio, como todo hijo de aquella valiente nación, su alimento en el campo era el de los soldados: carne asada; alimento único en aquella campiña, rica en ganados, donde para hacer la guerra no se usan engorrosos bagajes, obstáculo principal de los ejércitos europeos.

El primer día que nos vimos, invitóme á su frugal comida, durante la cual conversamos con tanta familiaridad como si hubiéramos sido amigos de la niñez.

Bento González era el ídolo de sus conciudadanos; empero á pesar de sus singulares dotes, fué desgraciado en casi todas sus empresas guerreras, lo que me inclina á creer que más que el genio es el azar quien dirige las batallas y quien da y quita victorias.

Fuí con la columna hasta Camodos, en seguimiento de Silva Tavares, que se había retirado precipitadamente al saber que se aproximaban fuerzas republicanas.

Cuando se convenció el presidente de que no lograríamos dar alcance al enemigo, ordenó que regresáramos á Piratiny. En el camino recibimos la grata nueva de que las fuerzas republicanas habían batido en Río Pardo al ejército imperial.

II

Recibí el encargo de armar dos lanchones que estaban en Camacuan, río de curso casi paralelo al del canal de Sao Gonçalo, y que como éste desemboca en la laguna de los Patos.

Formé la tripulación como pude, alistando unos

Digitized by Google

treinta marineros de diferentes naciones. No tendré para qué decir que uno de los primeros en alistarse fué Luis Carniglia, que en esta ocasión pagó bien caro el deseo de compartir conmigo toda clase de peligros. Entre los nuevos había un francés colosal, bretón de nacimiento, á quien todos llamábamos Juanón, y otro, llamado Francisco, que no tenía en lo físico gran cosa que envidiar al gigantesco bretón.

Yo fuí nombrado jefe de la flota en construcción, con el grado de *capitano tenente*.

Al cabo de dos meses estuvo todo dispuesto. En cada embarcación montáronse dos cañoncitos de bronce, y la tripulación se reforzó con cuarenta hombres de color. De los dos lanchones uno tendría de quince á diez y ocho toneladas, y de doce á quince el otro.

Yo tomé personalmente el mando del más grande, que bautizamos con el nombre de *Río Pardo*; del otro, llamado *Republicano*, se dió el gobierno á John Griggs.

Rosetti, quedóse en Piratiny, encargado de la redacción del periódico *El Pueblo*.

Nuestras primeras correrías fueron por la laguna de los Patos, donde hicimos algunas presas insignificantes. Los imperiales disponían para hacernos frente de treinta navíos de guerra y un excelente vapor. Nuestra ventaja consistía en que la laguna no era navegable para barcos de algún calado, más que en una pequeña porción del canal que corría por la parte oriental de la laguna. En la parte opuesta era la navegación tan difícil, que hasta nuestros insignificantes embarcaciones se encallaban con desesperante frecuencia en los bancos de arena, que partiendo de la orilla avanzaban como las púas de un peine.

Cuando ocurría uno de estos accidentes, no nos quedaba otra solución que echarnos al agua

Digitized by Google

y poner á flote la embarcación encallada á fuerza de brazos.

La vida que hacíamos era activísima, llena de peligros por la superioridad numérica del enemigo y su mayor poderío en todos los ramos de la guerra; pero á la vez era agradable y muy conforme con mi carácter, tan dado á las aventuras.

Un día apresamos un barco con rico y abundante cargamento, que condujimos á la costa occidental de la laguna, cerca de Camacuan, donde quemamos la embarcación, después de tomar de ella cuanto pudimos llevar á nuestros lanchones.

Repartí equitativamente el botín entre mis hombres, después de destinar una parte á uniformar la tripulación.

Los imperiales, que hasta entonces nos habían despreciado, comenzaron á temer nuestras correrías por la laguna y enviaron numerosos barcos de guerra á perseguirnos.

No éramos sólo marinos; teníamos á bordo siete caballos y estábamos en un país en donde son abundantísimos; y, cuando lo requería el caso, nos transformábamos, sino en brillante escuadrón, por lo menos en terrible y temida caballería.

Había en la costa de la laguna algunas estancias que, por las vicisitudes de la guerra, habían sido abandonadas. En ellas encontrábamos ganado para comer y para cabalgar. Además, en casi todos estos establecimientos, había terrenos cultivados donde se hallaban en abundancia legumbres, maíz, judías, patatas y espesos naranjales.

Mi gente era verdadera chusma cosmopolita. Los americanos, en su mayor parte, eran negros libres ó mulatos, y por regla general, los mejores y más fieles. Entre los europeos había siete italianos, con los cuales podía contar, y entre ellos

Digitized by Google

mi querido Luis y Eduardo Matru, compañero mío de la niñez. El resto se componía de marineros aventureros, que habían seguramente formado parte del equipaje de barcos filibusteros y negreros.

Trataba yo á mis hombres con bondad tal vez excesiva, porque no conocía entonces la condición humana, un poco propensa á la perversidad entre personas educadas, y mucho más entre las ignorantes. No faltaba coraje á mi poco disciplinada compañía; me obedecía puntualmente y me dió pocos motivos para ser riguroso: por esta razón me hallaba satisfecho, y he de confesar que he tenido la misma suerte toda la vida, en las distintas circunstancias en que he mandado gentes de tal naturaleza. En Camacuán, donde teníamos nuestro arsenal, y de donde había salido la flotilla republicana, habitaban las familias del presidente Bento González y de un hermano suyo muy poderoso; eran dueños de la mayor parte del río y poseían una superficie inmensa de territorio.

Sobre aquellos vastos terrenos, formados por bellísimos campos, pastaban numerosos rebaños. Las producciones agrícolas eran abundantes.

En ninguna parte del mundo se encuentra hospitalidad más franca y cordial que en la provincia de Río Grande. En aquellas casas se nos acogían con afecto inexplicable.

Las estancias que más visitábamos, por su proximidad á la laguna, por sus comodidades y por el grato recibimiento que en ellas nos hacían, eran las de doña Antonia y doña Ana, hermanas de Bento González; estaba situada la primera finca en la desembocadura del Camacuan, y la segunda en la del Arroyo Grande.

No sé si en mi imaginación influyó la edad, haciéndome ver todas las cosas á través de un

Digitized by Google

prisma risueño; lo que sí aseguro es, que ningún período de mi vida se me presenta al pensamiento más fascinador, más dulce, con más placenteros recuerdos, que el pasado en la agradabilísima compañía de aquellas familias.

La casa de doña Ana, principalmente, era para mí un verdadero paraíso. Aquella señora, de edad avanzada, tenía un carácter encantador. Vivía con ella una familia emigrada de Pelotas (país situado en las márgenes de Sao Gonçalo) de la cual era jefe don Pablo Ferreira. Tres jóvenes de incomparable hermosura, hacían el encanto de aquel sitio feliz. Una de ellas, Manuela, era señora absoluta de mi alma. Jamás dejé de amarla, aunque sin esperanzas, porque era la prometida de un hijo de Bento González.

Sin embargo, en un combate corrí gran riesgo, y entonces comprendí que no era indiferente á aquel ángel, y esto bastó á consolarme de la imposibilidad de poseerlo.

Cualquier viento contrario, cualquier borrasca, que nos llevara á Arroyo Grande, constituía para nosotros una verdadera fiesta.

El bosquecillo de palmeras, que indicaba la entrada del riachuelo, se saludaba siempre con entusiastas aclamaciones.

Cuando nos tocaba transportar á nuestras bellas y queridas huéspedas á Camacuán, donde iban á visitar á doña Antonia y á su cariñosa compañía, multiplicábamos los cuidados para las bellas viajeras, y demostrábamos de mil modos el efecto, el respeto y la veneración que sentíamos por tan carísimas criaturas.

Existían entre el Arroyo Grande y Camacuán algunos bancos de arena, llamados *puntales*, que partían de la costa occidental de la laguna y se extendían, casi perpendicularmente, en la mayor parte de su anchura, llegando con la extremidad

Digitized by Google

oriental muy cerca de la ribera opuesta, donde terminaba el canal llamado *dos bancos*. Si hubiese sido necesario rodear aquellos bancos, situados en el trayecto de Arroyo Grande á Camacuán, el camino se hubiera prolongado muchísimo, pero con alguna fatiga se podían vadear, echándose todos al agua y empujando con las espaldas los lanchones; esta maniobra se realizaba casi siempre, máxime cuando honraban á nuestros barcos las preciosas viajeras.

Con cualquier viento llevábamos los lanchones al límite del banco, y embestíamos resueltamente; después se daba la voz de *¡al agua!*

En tales circunstancias se llevaba á cabo la maniobra con verdadero júbilo. Practicábamos la misma faena cuando éramos perseguidos por el enemigo, siempre más fuerte que nosotros, ó cuando nos veíamos amenazados de un temporal. Más de una vez nos vimos obligados á pasar en el agua toda una noche. Necesitábamos la fortaleza de la juventud para sostenernos sin sucumbir.

Algunos de mis compañeros, gozaron poco de aquel bienestar que hallábamos en la estancia de nuestras amigas.

Un día en que estábamos tranquilamente en la finca de la Barba, propiedad de doña Antonia, se nos avisó que el coronel Juan Pedro de Abreu, había desembarcado á dos ó tres leguas de la *estancia* con setenta hombres de caballería y ochenta de infantería. La noticia no fué muy del agrado de mi gente porque sabíamos que el coronel Abreu había jurado tomar cumplida venganza del apresamiento de la embarcación que quemamos después de saqueada. A mí llenóme de júbilo la idea de que iba á combatir con las fuerzas de Abreu, formadas por mercenarios alemanes y austriacos, á los que, como buen italiano, odiaba á muerte.

Digitized by Google

Nosotros no éramos más que sesenta hombres, pero todos de tal temple, que yo no hubiera vacilado en hacer frente á cuatrocientos austriacos.

Envié exploradores en distintas direcciones, quedándome con cincuenta hombres. Los diez ó doce que envié á explorar, volvieron para darme, uno á uno la misma respuesta:

—No hemos visto nada.

Nos rodeaba espesa niebla, al amparo de la cual el enemigo había ido avanzando sin ser visto. No queriendo yo fiarme sólo de la inteligencia del hombre, pensé en interrogar también el instinto de los animales. Ordinariamente, cuando llegan á una *estancia*, gentes extrañas en número considerable, los animales de la finca, especialmente los caballos, dan señales de inquietud. Hecha esta prueba, acabé de tranquilizarme, pues las bestias esparcidas por mis hombres alrededor de la estancia, permanecieron tranquilas.

Seguro, pues, de que se trataba de una falsa alarma, ordené á los míos que dejaran las armas, y yo les dí el ejemplo abandonando mi fusil para ponerme á almorzar, é invitándoles á que hiciesen lo propio. Terminado el almuerzo, envié á mi gente á trabajar, ocupándose unos en reparar averías de nuestras embarcaciones, otros en cortar madera para hacer carbón, y unos pocos en pescar.

Quedéme en la estancia sin otra compañía que la del cocinero, que había establecido la cocina en la entrada de la finca, ante un almacén de salazón, al que los naturales del país dan el nombre de *galpón*.

Saboreaba yo voluptuosamente el máte, especie de té del Paraguay, sin sospechar ni remotamente que á quinientos ó seiscientos pasos estaban los austriacos preparándome una emboscada.

Digitized by Google

Súbitamente oí ruído creciente de caballos que llegaban á la estancia galopando. Infantes y jinetes venían sobre mí, esgrimiendo las armas y gritando como energúmenos. Me levanté rápidamente, seguido del cocinero, para hacernos fuertes en el galpón; pero el enemigo estaba tan cerca de nosotros, que en el momento en que yo franqueaba la puerta, fuí alcanzado por una lanza que me atravesó el poncho con que me abrigaba.

Por fortuna en el galpón teníamos sesenta fusiles cargados. Tomé uno é hice fuego, después otro, luego un tercero, y esto con tal rapidez, que se hubiera dicho que habían hecho los disparos tres personas diferentes.

De cada tiro puse fuera de combate un enemigo; con igual fortuna hice tres disparos más.

Si los austriacos hubiesen atacado resueltamente al galpón, hubieran dado fin á mi vida de corsario; pero como el cocinero disparaba con tanta celeridad como yo, aunque con menos acierto, creyó el enemigo que estábamos reunidos todos los filibusteros, y excesivamente precavido, se alejó del galpón para fogueamos con menos riesgo.

Esto me salvó.

Como el cocinero era tirador mediocre y en nuestra situación no nos convenía perder ni un sólo tiro, ordenéle que se limitara á cargar de nuevo los fusiles que iba yo disparando sin sosiego.

Yo estaba seguro de que cuando mis hombres oyeran las descargas, comprenderían lo que ocurría y sin vacilar correrían en mi ayuda.

No me engañé. El primero que acudió fué el bravo Luis Carniglia, quien se dirigió al galpón, atravesando resueltamente por entre la espesa humareda que producía el no interrumpido fuego del enemigo. Luego apareció Ignacio Bilbao, valiente vizcaino, y un italiano, no menos bravo

Digitized by Google

llamado Lorenzo. A estos se unieron luego Eduardo Mutru, Nacemento, el mulato Rafael y el negro Procopio. Yo quisiera poder escribir, no en papel, sino en bronce, los nombres de los trece valientes compañeros que se me unieron para luchar como leones durante cinco horas contra ciento cincuenta enemigos.

Luchaban éstos parapetados en las barracas que rodeaban el galpón, desde donde con visible ventaja, hacían fuego terrible. Otros, más decididos subieron sobre el tejado de nuestra guarida y levantando las tejas hacían grandes agujeros, por donde disparaban sobre nosotros y nos arrojaban haces encendidos. Pero mientras unos de los míos apagaban los haces, otros respondían al fuego á tiros y sablazos, y dos ó tres austriacos cayeron muertos por los mismos boquetes que para matarnos habían abierto.

También nosotros buscamos el modo de luchar con alguna ventaja, abriendo con las bayonetas brechas en las paredes del galpón, desde donde hacíamos fuego sin descubrirnos.

Llevábamos cinco horas de combate, cuando el negro Procopio hizo un certero disparo, que hirió en un brazo al jefe de las fuerzas enemigas. Inmediatamente el coronel herido ordenó la retirada, que los austriacos hicieron llevándose los heridos, pero dejando quince muertos.

De mis trece hombres tuve cinco muertos y cinco heridos, de los cuales tres murieron luego, de suerte que perdí ocho hombres en este combate, uno de los más rudos de los muchos en que he tomado parte.

Estas luchas eran muy desventajosas para nosotros, porque no disponíamos de médico que asistiera á nuestros heridos. Las contusiones y las heridas leves se curaban con agua fresca, que se renovaba con la frecuencia posible.

Digitized by Google

En cuanto á las heridas graves era preciso obrar de otro modo: dándose cuenta de su estado el herido, llamaba al que tenía por mejor amigo, le indicaba algunas disposiciones testamentarias y le rogaba le rematase de un tiro. El amigo examinaba al herido, y si como él opinaba que era difícil la curación, le abrazaba tiernamente y con un certero pistoletazo daba fin al cruento drama.

Esto era bárbaro y triste, es verdad; pero imposible obrar de distinto modo.

Rossetti, y otros compañeros no pudieron ayudarnos, porque, estando lejos ó desarmados, se vieron en la precisión de pasar el río á nado perseguidos por el enemigo; algunos se internaron el bosque.

Este combate de tanto peligro y de tan brillante resultado, aumentó la fe en nuestra gente y en los habitantes de aquella costa, expuestos hacía algun tiempo á las correrías de Abreu, quien fué sin disputa el mejor jefe del Imperio, máxime en expediciones de sorpresa, para las cuales unía, á un conocimiento perfecto del país y de la gente, astucia é intrepidez á toda prueba. Aunque era riograndés hizo gran daño á la causa republicana, y el imperio le debió en gran parte la sumisión de la provincia.

Nosotros celebramos la victoria, en la estancia de doña Antonia. Entonces supe que una virgen, enterada del peligro que había corrido, había pedido, con gran interés noticias mías.

¡Sí, bella hija del Continente Americano, yo era feliz perteneciéndote de cualquier modo que fuese; pero tú estabas destinada á ser mujer de otro; á mí me reservaba la suerte otra brasileña, única para mí en el mundo, á la que lloro y lloraré toda la vida! También aquella me conoció en la desgracia: ¡Náufrago! Más que de

Digitized by Google

mis méritos, se enamoró de mis desventuras, y la desventura me la consagró para siempre! ¡Anita! ¡Querida Anita!

III

Nada de importancia me sucedió después en la laguna de los Patos. Se construyeron dos nuevos lanchones, con los restos de nuestra presa y con la ayuda de los habitantes de los alrededores.

Ya concluidos y armados los dos nuevos lanchones, nos mandaron á Itapúa para operar con el ejército que sitiaba entonces á Porto Alegre, capital de la provincia.

Nada pudo hacer el ejército por falta de artillería, y nada pudimos nosotros hacer tampoco en el tiempo que pasamos en aquel lugar.

Se ideó una expedición á la provincia de Santa Catalina y fuí llamado para formar parte de ella, debiendo acompañarnos el general Canavarro, Comandante en jefe de toda la fuerza allí destinada.

Los dos lanchones menores quedaron en el lago á las órdenes de Zeferino d'Utra, y yo cogí los otros dos, acompañando con ellos á la división Canavarro, que debía operar por tierra en tanto yo operaba por mar.

Acompañábame Griggs y lo más escogido de nuestros hombres.

La laguna de los Patos mide una longitud de ciento treinta y cinco millas y una anchura media de quince á veinte.

Próximo á la boca que hacia Oriente comunica con el Océano, en la orilla derecha, se encuentra Río Grande del Sud, plaza fuerte tan importante como la capital. En el lado opuesto está Río Grande del Norte, también plaza for-

Digitized by Google

tificada. Ambas obraban en poder de los imperiales, así como Porto Alegre.

Dueño el enemigo de la única desembocadura de la laguna, nos era imposible salir de ella y nos vimos precisados á transportar la flota por tierra, en carros á propósito. Por este detalle inferirá el lector el tamaño de nuestras mayores embarcaciones.

En el Nordeste de la laguna había un seno profundo que tomaba el nombre de Capibari, de un riachuelo que allí desembocaba, el cual á su vez recibía el nombre de *Capibara*, con que se designa una especie de cerdo anfibio, común en en aquella localidad.

Dicho riachuello fué elegido para el desembarco y operaciones de colocación de las lanchas sobre carros, todo lo cual se efectuó en la orilla derecha.

Un habitante de aquella parte de la provincia, llamado De Abreu, había preparado ocho sólidas ruedas, unidas dos á dos en ejes de resistencia proporcionada al peso de los barcos. Había también dispuesto doscientos bueyes, acostumbrados al tiro. Aproximáronse los lanchones á la orilla y se colocaron las ruedas dentro del agua, debajo de aquéllos y á distancia proporcionada.

Sujetáronse lateralmente los ejes de suerte que no dificultasen la acción de las ruedas, unieronse fuertemente los bueyes, se les arreó y salieron los barcos republicanos volando por el campo. Mejor acomodados después, recorrieron el espacio de cincuenta y cuatro millas sin dificultad, proporcionando un curioso espectáculo á los escasos habitantes del territorio comprendido entre aquel punto y la orilla del lago de Taramanday, donde fueron descargados, provis-

Digitized by Google

vistos de lo necesario, y habilitados para la navegación.

El lago Taramanday, formado por las aguas que desciende de la vertiente oriental *do Espinasso* desemboca en el Atlántico, pero tiene tan poca profundidad en la desembocadura, que con la marea alta, sólo hay cuatro pies de agua.

Añádase que en aquella costa, aluvial é inhospitalaria como las arenas del Sahara, el mar está eternamente agitado por el viento de la zona tórrida; el ruido de las olas se oye á muchas millas semejante al estampido de un formidable trueno.

Ya dispuesto todo para la partida, se aguardó la hora de la pleamar, y emprendimos el viaje á las cuatro de la tarde próximamente.

Nos valió mucho nuestra práctica de arrastrar las embarcaciones entre las olas, sin la cual no sé como hubiéramos podido poner á flote los lanchones.

Al principio de la noche nuestros esfuerzos fueron coronados por el éxito y echamos el ancla en el Océano al abrigo de las furiosas rompientes.

A las ocho izamos velas con viento del Mediodía, que fué poco á poco arreciando hasta convertirse en un terrible huracán

A las tres de la tarde del siguiente día habíamos naufragado cerca de la desembocadura del río Arerunga; habían perecido ahogados diez y seis de nuestros compañeros, y estaba hecho pedazos, entre las terribles rompientes de aquella costa, el *Río Pardo,* que yo mandaba. Detallaré la catástrofe.

En las primeras horas de la tarde, el viento del Mediodía comenzó á soplar con violencia, mostrándose amenazador. Marchábamos en dirección paralela á la costa. El *Río Pardo,* con

Digitized by Google

treinta personas á bordo, un cañón giratorio de á doce en el centro, para poder ser apuntado en todas las direcciones, muchos víveres para el equipaje, marchaba con dificultad, sumergiéndose á cada momento y quedando á veces algunos minutos bajo las olas.

La situación en que se encontraba el barco, amenazado de ser deshecho entre las olas ó volcado de un momento á otro, nos hizo tomar la determinación de aproximarnos á la costa y abordarla como se pudiera. Pero, cada vez más fuerte el huracán, no nos dió tiempo para elegir sitio y nos vimos envueltos en un terrible torbellino. Yo estaba en aquel momento en lo alto del trinquete, oteando para descubrir un punto de la costa al cual se pudiera arribar con menos peligro. El barco fué volcado hacia la derecha, y yo lanzado en aquella dirección á cierta distancia. Recuerdo que, á pesar de encontrarme en tan peligrosísima situación, no pensé en la muerte; la idea de que existían muchos compañeros que no eran marinos y estaban mareados, me atormentaba, y por esto, procuré recoger cuantos remos y otros objetos flotantes me fué posible, y los aproximé al barco, recomendando á cada cual que tomara uno para apoyarse y llegar más facilmente á la costa.

El primero que encontré agarrado á un obenque, fué Eduardo Matru, mi compañero de la infancia, al que alargué una parte de la escotilla.

Luis Carniglia, que se encontraba al timón en el momento de la catástrofe, había quedado cogido á la borda, cerca de la popa, en la parte no sumergida.

Desgraciadamente, un chaquetón muy pesado que llevaba, lo aprisionaba de tal modo, que le era imposible ponerse á salvo.

Digitized by Google

—Voy en tu auxilio, le grité.

Llevaba yo en el bolsillo un cortaplumas, lo saqué y con toda mi fuerza comencé á desgarrar el cuello del chaquetón. Había terminado ya de cortarlo y con un esfuerzo más quedaba rota la maldita prenda, cuando una ola terrible azotó y destrozó el barco, arrastrando á cuantas personas quedaban cogidas á él. Yo fuí lanzando al fondo del mar como un proyectil, y cuando volví del aturdimiento que el golpe me produjo, cuando me ví libre del torbellino que me sofocaba, había desaparecido para siempre mi desventurado compañero.

Al volver en mí, aparecieron parte de mis compañeros dispersos y haciendo esfuerzos para ganar la costa, determinación que tomé como los demás para salvar la vida. Yo, que era buen nadador, llegué de los primeros, y mi primer cuidado al pisar tierra firme fué volver la vista para observar la suerte de los demás. Eduardo se me apareció allí cerca. Había abandonado el pedazo de escotilla que yo le proporcioné, ó más bien la violencia del mar se la había arrebatado. Nadaba aún, pero con suma fatiga. Yo quería á Eduardo como á un hermano y me impresionó su desesperada situación. Me lancé hacia mi amigo para llevarle el madero que había contribuído á mi salvación. Ya estaba muy próximo á él, satisfecho de la grandeza de mis propósitos y contento de haber salvado á aquel hermano mío. ¡Pero todo fué en vano! ¡Una ola nos envolvió á los dos! ¡Un momento después sobrenadaba yo... Llamé y no viéndolo aparecer, de nuevo volví á llamar desesperadamente... pero en vano; mi amigo de la infancia era arrastrado, envuelto por los torbellinos de aquel Océano que no había tenido [illegible] para luchar por la libertad de un pueblo.

SERVICIO MÉDICO DE CUARTEL

Los cadáveres de diez y seis compañeros tuvieron la misma suerte: envueltos por el mar, les transportó la corriente á treinta millas de distancia hacia el Septentrión, y allí fueron sepultados en la arena de la costa.

Los sobrevivientes, en número de catorce, llegaron á tierra. En vano busqué entre ellos un italino; ¡habían perecido todos! ¡Me parecía que estaba sólo en el mundo! ¡Deliraba, pareciéndome pesada aquella existencia que salvé con tanta fatiga!

Los seis italianos que me acompañaban habían perecido: Carniglia, Mutru, Stadirini, Navona, Giovanni... No recuerdo el nombre del sexto.

Pido perdón á mi patria de haberlo olvidado. ¡Ay! han transcurrido doce años, durante los cuales he pasado por sucesos tan graves y dolorosos como el que acabo de relatar; en estos doce años he visto caer una nación á la que yo he tratado inútilmente de defender una ciudad; sé que perseguido, desterrado, tratado como una fiera terrible, he depositado en la tumba la mujer que había llegado á ser el corazón de mi corazón; sé que no bien llena la fosa, me he visto obligado á huir como el condenado de Dante, volviendo incesantemente la vista para ver una vez más lo que se me obligaba á dejar; sé que carezco de asilo, que desde el ardiente suelo de Africa miró á esa Europa que me rechaza como á un bandido, á mí que no he tenido más que un pensamiento y un amor: mi patria. Todo esto lo sé, pero no es menos cierto que no recuerdo este nombre.

—¡Ay! ¡ya no lo recordaré jamás! (1).

(1) Esta parte de las Memorias de Garibaldi están fechadas en Tánger, en Abril de 1859.

Digitized by Google

IV

Cosa extraña: los mejores nadadores habían perecidos ahogados, al paso que estaban en salvo jóvenes á quienes yo había visto muy apurados para atravesar riachuelos de escasísima corriente.

El mundo me parecía un desierto.

Me senté en la playa, apoyé la cabeza en ambas manos y lloré. Una voz quejumbrosa, que sonó á mi lado, sacóme de mi atonía. Entonces recordé, que aunque los más de aquellos hombres eran para mi desconocidos, debía atenderlos en la desgracia, ser su verdadero jefe.

—¿Qué ocurre? pregunté, levantando la cabeza.

Dos ó tres bocas me respondieron á la vez:

—Tengo frío.

Entonces yo, que hasta entonces no había sentido frío, advertí que estaba tiritando.

Me puse en pie y me acerqué á mis compañeros, algunos de los cuales estaban rígidos, sentados ó echados para no levantarse jamás. Los fuí sacudiendo uno á uno, asiéndoles por los brazos. Tres ó cuatro estaban en ese período de aletargamiento que hace preferir la muerte al dolor del movimiento.

Hice á los más vigorosos que me ayudaran, obligué á levantarse á los que estaban medio yertos, tomé á uno de la mano, dije á los que no habían aún perdido las fuerzas que me imitasen, y grité:

—¡A la carrera!

Nos pusimos en marcha arrastrando por fuerza á los moribundos.

Poco á poco, nuestros miembros fueron recobrando la elasticidad perdida y la sangre volvió á circular normalmente en las venas.

Digitized by Google

Practicábamos esta gimnasia cerca del río Arerunga, que corre paralelo al mar, para ir á desaguar á media milla del sitio en que nos hallábamos.

Remontamos la orilla derecha, y á cosa de cuatro millas del punto de partida, encontramos una estancia, y en ella la hospitalidad que jamás se niega en una casa americana.

Nuestra segunda embarcación, mandada por Griggs, y llamada el *Seival*, aunque no mayor que el *Río Pardo*, pero de construcción diferente, pudo luchar contra la tempestad, desafiarla y seguir victoriosamente su camino. Verdad es que Griggs era excelente marino.

Como no sé si más adelante podré decir de este excelente y valeroso joven cuanto de él pienso, ahora que acabo de escribir su nombre, quiero pagar el tributo que debo á su memoria.

¡Pobre Griggs! Apenas si le he nombrado hasta ahora, y sin embargo ¿dónde he encontrado jamás un hombre de valor más admirable y de carácter más encantador?

Hijo de una opulenta familia, fué á ofrecer su oro, su talento y su sangre á la república naciente, á la que dió cuanto le había ofrecido. Un día llegó una carta en que sus parientes le invitaban á ir á los Estados Unidos á recoger una cuantiosa herencia; pero Griggs había recogido ya la más hermosa de las herencias reservadas á los hombres de convicción y de fé: la palma del martirio. Había muerto luchando por un pueblo infortunado, pero generoso y valiente. Y yo, que he visto tantos muertos gloriosos, había contemplado el cuerpo de mi pobre amigo, dividido como el tronco de una encina cortado por el hacha del leñador; el busto había quedado erguido sobre el puente de la *Cassapara*, por el que estaban esparcidos los ensangrentados

Digitized by Google

miembros del luchador. Un disparo de cañón, cargado con metralla, le había alcanzado de lleno. Este espectáculo fué el primero que se ofreció á mis ojos el día, en que después de incendiar la flotilla, por orden del general Castro, subí al navío de Griggs, materialmente deshecho por la escuadra enemiga.

¡Oh, libertad! ¡libertad! ¡qué reina de la tierra puede gloriarse de tener un cortejo de héroes como el que tú tienes en el cielo!

V

La parte de la provincia de Santa Catalina, donde habíamos naufragado, habíase sublevado contra el emperador al saber que se aproximaban las fuerzas republicanas. En lugar de encontrar enemigos, hallamos aliados, que nos agasajaron, y se apresuraron á poner á nuestra disposición todos los medios de transportes de que podían disponer los pobres habitantes á quienes habíamos pedido hospitalidad.

El capitán Baldonino me brindó su caballo y nos pusimos inmediatamente en marcha para unirnos á la vanguardia del general Canavarro, mandada por el coronel Texeira, quien se dirigía á marchas forzadas sobre la laguna de Santa Catalina con intento de sorprenderla.

No nos costó gran trabajo apoderarnos de la insignificante población capital de la provincia. La guarnición se batió precipitadamente en retirada, y tres embarcaciones de guerra se rindieron, después de un breve combate.

Yo, y mis náufragos subimos á bordo de la goleta *Itaparika*, armada con siete cañones.

Durante los primeros días de esta ocupación, la fortuna parecía haber hecho un trato con los republicanos; no esperando los imperiales una

Digitized by Google

invasión tan rápida, habían ordenado que se enviaran á la laguna armas, municiones y soldados, pero sin gran premura. Todo llegó cuando ya éramos dueños de la capital, y por consiguiente cayó todo en nuestro poder sin dificultad alguna.

Los habitantes nos recibieron como hermanos y como libertadores, título que no supimos justificar mientras estuvimos en aquella población amiga.

Canavarro estableció su cuartel general en Laguna, á la que los republicanos bautizaron con el nombre de Julia, porque habíamos llegado á ella en el mes de julio. El general ofreció constituir un gobierno provisional, del que fué primer presidente un venerable sacerdote, que gozaba de gran prestigio. Rossetti fué el alma de aquel gobierno, del que desempeñaba el cargo de secretario.

Todo marchaba pues á pedir de boca: el coronel Texeira, con su vanguardia había perseguido á los enemigos hasta obligarles á encerrarse en la capital del departamento, y habíase apoderado de casi toda la región; en todas partes éramos recibidos con los brazos abiertos y recogimos buen número de desertores imperiales.

El general Canavarro concebía magníficos proyectos: rudo en apariencia, excelente en el fondo, solía decir que de Santa Catalina, saldría la hidra que devoraría al imperio, y tal vez hubiese acertado, si se hubiese realizado esta expedición con más juicio y tacto; pero el orgullo con que tratamos á los habitantes y la escasez de medios, hicieron perder los frutos de esta brillante campaña.

Digitized by Google

VI

Jamás había pensado en casarme, y me consideraba completamente incapaz para marido, estado que yo juzgaba poco en consonancia con mi carácter independiente y con la irresistible vocación que sentía á la vida aventurera. Tener mujer é hijos me parecía cosa vedada al hombre que ha consagrado su vida á un principio y á una empresa, que aun logrados con completo éxito, no pueden dejar jamás la quietud y la calma necesarias á un buen padre de familia. Mas el destino había dispuesto las cosas de otro modo: después de la muerte de Luis, de Eduardo y de mis otros compañeros, hallábame solo y triste como si el mundo fuera un vasto desierto. No me había quedado ni uno solo de los amigos, de los que tiene el corazón necesidad imperiosa. Los que habían escapado con vida del naufragio, me eran casi desconocidos. No niego que eran hombres de temple, de buen corazón y de alma generosa; pero hacía tan poco tiempo que los conocía que no era posible que hubiese entre nosotros intimidad. En el vacío inmenso que la terrible catástrofe había hecho á mi alrededor, sentía la necesidad de un alma que me amase; sin esto la vida me era insoportable. Verdad es que tenía á Rossetti, es decir un hermano, pero los deberes de su cargo impedíanle vivir conmigo, y á penas si le veía una vez por semana.

Tenía, repito, urgente necesidad de un alma que me amase, y bien veía que la amistad es fruto que ha menester tiempo para madurar, al paso que el amor es un relámpago engendrado en un momento en el seno de la tempestad.

Yo necesitaba una mujer que me amase; una mujer, es decir el único refugio, el único ángel

Digitized by Google

consolador; una mujer es encantadora divinidad á la que jamás se acude en vano cuando se la implora con el corazón y sobre todo, cuando se la implora en el infortunio.

Ocupado todo mi ser por este incesante pensamiento, pasaba horas enteras sobre el puente del *Itaparika* con la mirada fija en la costa.

En el vecino morro de la Barra veía hermosas mujeres ocupadas en diversas obras domésticas. Entre todas ellas, había una que recreaba más mis curiosos ojos é interesaba con mayor fuerza mi huérfano corazón.

El primer día en que desembarqué me dirigí á la casa de esta mujer.

Un hombre me invitó á entrar... creo que hubiera entrado aun cuando me hubiese prohibido la entrada.

Ví á la joven y pensé: será mía... Había encontrado un tesoro que tenía un dueño; pero era un tesoro de tal valor que resolví hacerlo mío á toda costa.

Si hubo falta, reconozco que soy el único responsable.

Para que nuestros corazones se unieran tuvimos que destrozar el corazón de un inocente... Pero ella ha muerto y el inocente está bien vengado.

¿Dónde he comprendido la inmensidad de mi falta? En las bocas del Eridán, el día en que obstinado en disputar mi amada á la muerte, apretaba convulsivamente las muñecas de la moribunda, y contando sus últimos latidos, absorbía su aliento fugitivo, recogía con mis temblorosos labios el débil soplo que de los suyos salía... ¡Ay! el día en que la perdí para siempre fué cuando comprendí cómo la amaba... cómo debía amarla también, el hombre á quien se la arrebaté!

Digitized by Google

VII

El general había dispuesto que marchara yo con tres barcos de guerra al encuentro de los navíos imperiales que navegaban por las costas de Brasil. Me apercibía para esta ruda misión, reuniendo todos los elementos de que podía disponer. Mi exigua flota la componían el *Río Pardo*, (1) mandado por mí; el *Cassapara*, del que era comandante Griggs, y el *Seival*, á las órdenes del italiano Lorenzo.

La embocadura de la laguna estaba bloqueada por los barcos de la armada imperial; pero nos dimos maña para salir de noche sin ser vistos.

Anita, deseosa de compartir mis alegrías y mis peligros, se obstinó en embarcarse conmigo.

A la altura de Santos, hallamos una corbeta imperial, que procuró inutilmente darnos alcance. En la huída nos aproximamos á la isla *do Abrigo*, donde apresamos dos embarcaciones cargadas de arroz. Seguimos la correría, haciendo algunas presas más, y al cabo de ocho días regresamos á la laguna.

No sé por qué, presentía yo una catástrofe, de la que pudo ser nuncio el descontento que entre los nuestros se iba manifestando.

Aumentó mi desasosiego la noticia de que habían salido en nuestro seguimiento aguerridas y considerables fuerzas mandadas por el general Andrea, á quien la pacificación del Para había dado fama de excelente táctico y de valiente soldado.

A la altura de la isla Santa Catalina, encontramos un patache de guerra brasileño. Las fuerzas republicanas habían quedado reducidas al

(1) Barco nuevo, al que dimos el nombre del náufrago.

Digitized by Google

Río Pardo y al *Seival*; el *Cassapárá* se había separado de nosotros en una noche obscura, é ignorábamos su paradero.

Comprendiendo que no había modo de evitar el encuentro, resolvimos tomar la ofensiva marchando resueltamente sobre el patache. Rompimos el fuego, y contestó el enemigo; pero la gruesa mar impidió que nos causaramos grandes daños. El resultado fué perder algunas de las embarcaciones que habíamos apresado. El *Seival* recibió averías que le obligaron á batirse en retirada dirigiéndose al puerto de Imbituba, del que eran dueños los republicanos. No pudiendo yo solo ni aun intentar la lucha contra un enemigo muy superior, tomé la misma dirección del *Seival*.

Entramos en Imbituba con viento N. E., con el que era imposible entrar en la laguna, y seguramente los barcos imperiales anclados en Santa Catalina, vendrían sobre nosotros en cuanto fueran informados de nuestra situación por el *Andurinka*, nombre del patache á que habíamos hecho frente. Era, pues preciso que nos apercibiéramos para combatir. Un cañón del *Seival*, que había sido desmontado en el combate, fué colocado en un promontorio que formaba la bahía en la parte de Levante, promontorio que convertimos en baluarte.

Comenzaba á clarear el día, cuando vimos tres navíos imperiales que venían en nuestra busca.

El *Río Pardo* fué acoderado en el fondo de la bahía, y comenzó un combate muy desigual, por ser muy superiores en número las fuerzas imperiales.

Traté de convencer á Anita para que desembarcase antes de que el enemigo iniciase el ataque, pero como ella se obstinó en permanecer

Digitized by Google

á bordo, yo, orgulloso de su valor, no insistí para no forzar su voluntad.

El enemigo, favorecido en su maniobra por el viento, se mantenía á la vela, avanzando lentamente y cañoneándonos con furor.

A pesar de nuestra visible desventaja, respondíamos al ataque con resolución; y como la lucha se sostenía tan de cerca que se podía hacer uso de las carabinas, nos causábamos mutuamente muchas bajas.

En razón de nuestra inferioridad numérica, las pérdidas eran mucho más grandes en nuestros barcos que en los de los imperiales, y ya el puente del *Río Pardo* estaba cubierto de cadáveres y de mutilados.

Mas nuestros arrestos lejos de aminorarse, aumentaban con el peligro, y aunque el casco de la embarcación estaba acribillado y la arboladura había sufrido grandes averías, estábamos resueltos á no ceder, prefiriendo perder la vida todos antes que rendirnos. Verdad es que en esta resolución nos mantenía, la varonil entereza de la amazona brasileña que llevábamos á bordo; la bravura de Anita, que no sólo se había negado á desembarcar, sino que ansiosa de tomar parte activa en la lucha, fogueaba con resolución y acierto al enemigo. Preciso es confesar que estábamos valientemente sostenidos por Manuel Rodríguez, comandante de nuestra batería de tierra, quien, mientras duró la pelea, no cesó de causar bajas á los imperiales.

Estos atacaban con saña, especialmente á la goleta. Varias veces durante el combate, la atacaron tan de cerca que creí que nos querían abordar. Hubiesen sido bien recibidos, porque estábamos dispuestos á todo.

Cinco horas llevábamos combatiendo con furor creciente, cuando, con gran extrañeza, vi-

Digitized by Google

mos que los imperiales iniciaban la retirada. Luego supimos que abandonaban la lucha, porque habíamos dado muerte al comandante de la *Bella Americana*.

Durante este combate experimenté una de las más vivas y más crueles emociones de mi vida. En un momento en que Anita, alentaba á nuestros hombres, desde el puente de la goleta, una granada enemiga la derribó por tierra; con ella cayeron dos marineros. Corrí hacia mi amada. creyendo no encontrar más que un cadáver; pero ella se levantó sana y salva. Los dos marineros estaban muertos.

Supliqué á Anita que bajara al entre-puente.

—Sí bajaré, me respondió, para hacer salir á los cobardes que están escondidos.

Descendió en efecto, y salió luego, llevando por delante dos ó tres marineros, avergonzados de que una mujer tuviera que enseñarles á ser hombres.

Empleamos el resto del día en sepultar los muertos, y en reparar los grandes daños causados á la goleta por el fuego enemigo.

Como en el día siguiente no nos molestaron los imperiales, aprovechamos la obscuridad de la noche, para levar anclas y regresar á la laguna.

Cuando el enemigo se percató de nuestra marcha, habíamos recorrido varias millas. Salió, sin embargo, en nuestro seguimiento, mas hasta bien avanzado el día no nos tuvo al alcance de sus cañones, los que disparó varias veces contra nosotros, sin hacer blanco.

Al atardecer entrábamos en la laguna, donde fuímos recibidos con gran júbilo por los republicanos, que se maravillaban de que hubiésemos podido escapar con vida de entre las manos de un enemigo tan formidable.

Digitized by Google

VIII

En la laguna nos aguardaban otros acontecimientos.

Como el enemigo continuaba avanzando contra nosotros por tierra, en número tan considerable que fuera insensatez pensar hacerle frente, y al propio tiempo, nuestra falta de tacto y nuestras crueldades nos habían hecho perder las simpatías de los habitantes de Santa Catalina, prontos á hacer causa común con los imperiales (ya se había levantado en armas contra nosotros la población Imirui), el general Canavarro me ordenó que castigara con mano ruda á este desventurado país. No pude excusar el cumplimiento del severo mandato.

Los habitantes y la guarnición se habían apercibido á la defensa haciéndose fuertes en la costa. Yo desembarqué á cosa de tres millas de sus fortificaciones y les ataqué por sorpresa, batiéndolos sin gran esfuerzo. La guarnición huyó á la desbandada, y quedamos dueños de Imirui.

El recuerdo de lo que después pasó, me produce al mismo tiempo repugnancia, tristeza y odio.

No recuerdo todos los detalles de aquel atropello y me es imposible narrar todas las infamias cometidas. No he presenciado jornada más lamentable, ni más degradante para la especie humana. Los disgustos y las penas que pasé aquél día nefasto para refrenar la violencia contra las personas, fueron inmensos; y si logré algo, fué á fuerza de sablazos, y arriesgando mi vida; y aun así no me fué posible evitar un desorden terrible. No es suficiente autoridad la del jefe, ni sirven los duros medios, empleados por mí y por algunos oficiales, para dominar una soldadesca desenfrena-

Digitized by Google

da. No valieron las voces, expresamente esparcidas, de que el enemigo volvía más numeroso que antes, y si llegaba á sorprendernos desbandados, nos diezmaría.

Algo había de cierto en esto, porque los enemigos se veían sobre las alturas, y gracias á que no se atrevieron á atacarnos. Nadie era capaz de detener á los brutales saqueadores. Para mayor desgracia, aquel país, aunque pequeño, estaba bien provisto de toda clase de géneros, especialmente de bebidas alcohólicas. De modo que la embriaguez fué general.

Añádase que yo no conocía apenas á la gente embarcada conmigo, porque la generalidad eran reclutas indisciplinados. Si en aquella ocasión se presentan 50 hombres y nos atacan, estábamos perdidos.

Por fin, con amenazas y golpes se consiguió embarcar aquellas fieras desencadenadas. Embarcáronse también algunos toneles de aguardiente y comestibles para la división, regresando después á la laguna.

Al mismo tiempo nuestra vanguardia, mandada por el coronel Teixeira, se retiraba ante el enemigo, que avanzaba rapidamente en crecido número.

Cuando llegamos á la laguna, empezaban á pasar nuestros bagajes; poco después comenzó el transporte de las tropas.

IX

El día que dedicamos á este transporte fué para mí de gran trabajo, porque, aunque el ejército era poco numeroso, los bagajes y la impedimenta eran muy considerables.

A punto de mediodía vimos aparecer la flotilla enemiga compuesta de ventidós embarcacio-

Digitized by Google

nes. Avanzaba combinando sus maniobras con las de sus fuerzas de tierra, bastantes numerosas y que en un momento dado lo serían mucho más, porque las embarcaciones conducían tropas de desembarco.

Subí á la cumbre de la montaña más próxima para observar al enemigo, y comprendí al instante que trataba de reunir las fuerzas en la entrada de la laguna.

Avisé al general Canavarro, quien dió oportunas disposiciones, que para nuestro mal, no fueron ejecutadas con la prontitud necesaria.

Sólo fogueó al enemigo la batería de la punta oriental, dirigida por el valienta Capitán Capoto; pero por falta de práctica en los artilleros ó por el pésimo estado de los cañones, fué muy poco el daño que se hizo.

Lo mismo sucedió á bordo de los tres diminutos barcos de la República, que yo mandaba, siempre escasos de tripulación, y más en aquel día en el que muchos de los mejores marineros habían permanecido ocupados en pasar el resto de la división, y otros se quedaron sobre la costa por no exponerse á un combate tremendo y desigual.

Descendí de la montaña y fuí á ocupar mi puesto á bordo del *Río Pardo*; llegué cuando ya mi Anita, había disparado el primer cañonazo, apuntado por ella misma, y animaba con sus voces á aquella chusma espantada.

La lucha fué corta, pero terrible; no murió mucha gente, porque éramos pocos á bordo: de los oficiales que existían en los tres barcos, sólo yo quedé con vida.

La escuadra enemiga entró haciendo un fuego infernal con cañones y fusiles. Favorecida por el viento y la corriente, que le aumentaban la velocidad de la marcha, sufrió escaso daño. Fon-

Digitized by Google

deó á tiro de cañón de donde estábamos nosotros, y nos cañoneó con piezas de calibre superior al de las nuestras.

Yo pedí auxilio al general Canavarro para poder continuar la batalla, pero recibí como respuesta la orden de pegar fuego á los barcos y retirarme con la gente á tierra.

Encargué de la misión á Anita, diciéndole que no volviera á bordo, mas no quiso mandar á nadie y vino ella á traer la respuesta. A la admirable sangre fría de la joven heroína debimos la salvación de las municiones de guerra.

Continuaba el enemigo cañoneándonos y yo, casi solo, tardé mucho tiempo en incendiar nuestra flota.

Tuve por fuerza que soportar el doloroso espectáculo que presentaba el incendio de los cadáveres de mis compañeros, á los que no pude dar otro género de sepultura.

Pasé sucesivamente á los diversos barcos para incendiarlos, viendo en ellos una horrible mezcla de cadáveres y miembros esparcidos por la cubierta. Al comandante de la *Itaparika*, Juan Enriquez, natural de Laguna, hallélo entre otros cadáveres, teniendo aquél el pecho destrozado por una bala de cañón; el desdichado John Griggs, como ya he referido, había sido materialmente deshecho por una descarga de metralla. La carnicería era tal que yo me tocaba, para convencerme de que había escapado con vida de un combate tan cruento.

En un instante una espesa nube de humo envolvió nuestros barcos, y nuestros bravos hallaron en los puentes de sus propias embarcaciones una sepultura digna de ellos.

Mientras yo llevaba á cabo mi obra destructora, Anita se ocupaba en salvar nuestras muni-

Digitized by Google

ciones y nuestras armas. Aun me estremezco de admiración, al recordar de que modo realizó este trabajo. Más de veinte viajes tuvo que hacer de los barcos á la costa y de la costa á los barcos, pasando constantemente por entre el fuego del enemigo. Iba y venía en una barca con dos remeros, que bogaban encogidos y agachados para presentar el menor blanco posible. En tanto Anita, de pie en la popa en medio de la metralla, aparecía, provocadora, erguida, serena como una estátua de Palas.

Comenzaba á cerrar la noche, cuando, después de reunir á los supervivientes, me unía á la retaguardia de nuestra división, en retirada hacia Río Grande, por el mismo camino, que algunos meses antes habíamos recorrido con el corazón repleto de esperanzas y protegidos por el dios de las victorias.

X

De los quebrantos y riesgos de mi vida aventurera, han venido de vez en cuando á resarcirme cumplidamente, inefables alegrías, dulces momentos, entre los que, aunque parezca increible, cuento los que siguieron al desastroso combate que acabo de relatar.

Sí, con legítima emoción recuerdo aquella retirada, en que á la cabeza de unos pocos hombres, marchaba á caballo, orgulloso de los bravos vivos, orgulloso de los héroes muertos, casi orgulloso también de mí mismo. A mi lado cabalgaba la reina de mi corazón, la mujer sin par, por su hermosura y por su valor. ¿Qué me importaba no tener sino lo que conmigo llevaba? ¿Con mi Anita, mi sable y mi carabina, me daba por satisfecho. El combatir considerábalo como una diversión, un entretenimiento de la vi-

Digitized by Google

da campestre. Lo porvenir se me aparecía sereno, sonriente, el presente no me inquietaba, por lo que, libre de inquietudes dedicábame á solazarme con el espectáculo de las salvajes y desiertas llanuras americanas.

Continuamos la marcha hasta Las Torres, límite de dos provincias, donde acampamos.

El enemigo, satisfecho con haber recuperado la laguna, no nos persiguió.

Las divisiones de Andrea y de Acuña operaron en combinación dirigiéndose á Cima da Serra, departamento de la montaña perteneciente á la provincia de Río Grande.

Los montañeses, atacados por fuerzas muy superiores, pidieron auxilio al general Canavarro, quien dispuso enviar una división á las órdenes del coronel Texeira. Yo formé parte de esta división.

Nos unimos á los montañeses, mandados por el coronel Aranha, y batimos por completo al enemigo de Santa Victoria. Acuña murió ahogado en el río Pelotas, y los más de sus hombres fueron hechos prisioneros.

Merced á esta victoria nos hicimos dueños los republicanos de los departamentos de Vaccaria y de Lages, y entramos triunfantes en la capital de este último.

La noticia de la invasión imperial había despertado el entusiasmo del partido brasileño, y Mello, jefe enemigo, había reunido en esta provincia un cuerpo de unos quinientos ginetes.

El general Bento Mancel, encargado de combatir á las fuerzas de Mello, no había podido hacerlo, porque el enemigo había huido en dirección á San Pablo, hacia donde se dirigieron los nuestros, al mando del coronel Portinko.

Nosotros ocupábamos excelentes posiciones, para haber impedido el paso de Mello, y aniquilar

Digitized by Google

sus fuerzas. La fortuna dispuso las cosas de distinto modo; no sabiendo Texeira si el enemigo había tomado el camino de Vaccaria ó el de Coritibani, dividió sus tropas en dos cuerpos, enviando al coronel Aranha á Vaccaria con lo más granado de la caballería, mientras nosotros, con la infantería y algunos ginetes, elegidos casi todos entre los prisioneros, nos dirigimos á Coritibani.

Este camino fué el elegido por el enemigo.

La división de las fuerzas nos fué fatal; nuestra reciente victoria, el ardiente carácter de nuestro jefe, y las noticias que del enemigo teníamos, nos enorgullecieron de tal suerte que avanzábamos seguros de que sin grandes trabajos lograríamos el triunfo. Después de caminar tres días llegamos á Coritibani, y acampamos á poca distancia de Maromba, por donde suponíamos que había de pasar el enemigo. Colocamos centinelas en los sitios en que se juzgó necesario, pusimos un destacamento en la orilla del río y nos echamos á dormir tranquilamente.

De mí diré, que acostumbrado como estaba á este género de campañas, no dormí con tanta confianza como mis compañeros.

A punto de media noche, el destacamento del río fué atacado con tal furia, que apenas si tuvo tiempo para huir, después de cambiar algunos tiros con el enemigo.

Apenas oí los primeros disparos, me puse en pie gritando á mis hombres: ¡A las armas! Segundos después estábamos apercibidos para la pelea.

Al clarear el día vimos cara á cara al enemigo, que había atravesado el río y tomaba posiciones para el combate.

Un jefe menos resuelto que Texeira, al ver la superioridad numérica de los imperiales, hu-

Digitized by Google

biese enviado emisarios, para pedir ayuda á la segunda columna, empleando el tiempo que ésta tardase en llegar, en cansar al enemigo, fogueándole con el menor riesgo posible. Pero el valiente republicano temió que el enemigo se retirara sin luchar, quitando á nuestras fuerzas la ocasión que se les ofrecía de probar su poderío al Imperio. Alentado por este pensamiento, inició la lucha sin preocuparse de que nuestros adversarios ocupaban posiciones ventajosas.

Aprovechando el enemigo la desigualdad del terreno, había formado su línea de batalla sobre una colina, ante la cual se encontraba un valle muy profundo cubierto de espesa maleza. Sus flancos habíalos cubierto con pelotones de caballería, que no veíamos nosotros.

Texeira ordenó el ataque á la infantería, aprovechando los obstáculos del valle. El enemigo simuló retirarse; pero mientras nuestra tropa, después de haber atravesado el valle, perseguía á los imperiales haciéndoles disparos, fué cargada por uno de los escuadrones cubiertos del flanco derecho del enemigo, y obligada á replegarse en desorden hacia el grueso de la fuerza.

En aquel encuentro pereció uno de nuestros más valerosos oficiales, Manuel N., muy querido de Texeira.

Reforzada nuestra infantería, adelantó con más resolución é hizo retroceder al enemigo, que se puso en retirada, abandonando los cadáveres de los suyos sobre el campo. Fueron pocos los heridos de ambas fuerzas, porque había tomado parte en la pelea poca gente de cada lado. Entre tanto se retiraban los imperiales con precipitación y nosotros les perseguíamos sin descanso.

La caballería de nuestra vanguardia y la de la retaguardia enemiga, tuvieron algunas escaramuzas en nueve millas próximamente, vién-

Digitized by Google

donos obligados á dejar muy atrás á la infantería, que no podía maniobrar con la celeridad de los caballos. La huida del enemigo fué una estratagema, bien ideada.

Llegada nuestra vanguardia á lo alto del paso de Maromba, el comandante de la misma, Jacinto, mandó un recado al coronel para advertirle que el enemigo pasaba el vado y que ya el ganado estaba en la otra parte, indicio seguro de que continuaban retirándose. Texeira no dudó un momento y mandó se pusieran al galope nuestros pelotones de caballería para poder atacar al contrario en lo alto del pasaje y desbaratarlo, y á mí me ordenó que hiciera toda clase de esfuerzos con la infantería para seguirlos en el río Coritibani. Mello hizo pasar á la otra orilla los bueyes y caballos, pero dispuso la tropa en batalla detrás de una colina que la ocultaba enteramente. Dispuso un pelotón para proteger su cadena de tiradores, y viendo que tenía la infantería nuestra á mucha distancia, retrocedió, al amparo de la alta colina, sobre nuestra izquierda, y saliendo de improviso con un cambio á la izquierda, atacó primero á uno de nuestros pelotones, después al otro, y los desbarató. El pelotón sostén de nuestra cadena, que alcanzaba ya al enemigo lanza en ristre, fué el primero en percatarse del error; pero no teniendo tiempo para operar cambio alguno, tuvo la misma suerte que los otros. Lo mismo ocurrió á los demás, á pesar del coraje y de la resolución de Texeira y de algunos valerosísimos oficiales riograndeses. Una hora después, nuestra caballería presentaba el vergonzoso espectáculo de un rebaño de corderos huyendo á la desbandada.

Disgustado yo de que quedara tan atrás nuestra infantería, por estar la caballería compues-

Digitized by Google

ta de elementos poco fieles, esforzaba á los míos para hacerles entrar en combate, pero fué en vano. Desde un otero, ví el destrozo de los nuestros, y, conociendo que no era tiempo de influir en la victoria, procuré no perderlo todo.

Llamé á voces á una docena de los más intrépidos de mis marinos, quienes se presentaron luego, á pesar del cansancio de una larga y forzada marcha, les ordené que tomaran posiciones en un punto fuerte para la infantería, no sólo por ser dominante, sino también por estar erizado de rocas y de maleza. Desde aquel punto fogueamos al enemigo y le causamos enormes bajas.

Hacia aquella parte se replegó el coronel con algunos ayudantes, después de intentar, con valentía, toda clase de esfuerzos para detener á los fugitivos. La infantería, que mandaba Peichotto, se reunió en la misma posición, y luchamos con denuedo tal que mermamos mucho las filas del enemigo.

Fuertes por el sitio y reunidos en número de setenta y tres, combatíamos con ventaja, pues los imperiales carecían de infantería y estaban poco prácticos en combartir á tal arma. No obstante la ventaja, nos encontrábamos en una posición aislada y convenía buscar un refugio más seguro, desde donde se pudiera emprender la retirada sin ser molestado.

Una isla de árboles espesos se encontraba á nuestra vista, á cosa de una milla; emprendimos la retirada en aquella dirección. El enemigo procuraba envolvernos en el camino, y nos cargaba con denuedo con el visible propósito de destrozarnos. Nuestra decisión pudo más que la saña de los imperiales.

Fué para nosotros gran ventaja que los oficiales estuvieran armados con carabinas; y como

Digitized by Google

todos éramos hombres aguerridos, acertamos á combinarnos de suerte que dábamos cara á los adversarios por todas partes, al propio tiempo que retrocedíamos ordenadamente y sin dejar de hacer fuego nutrido y certero. De este modo ganamos nuestro refugio donde no se atrevió á penetrar el enemigo.

Una vez á cubierto, respiramos libremente y sin confiarnos con exceso, con las armas preparadas aguardamos la noche.

El enemigo nos intimó repetidas veces á la rendición, no obteniendo otra respuesta que un estudiado y significativo silencio.

XI

Cuando la noche cerró, comenzamos los preparativos de marcha. Nos proponíamos seguir de nuevo el camino de Lages. Dificultaba esta marcha el deseo de llevar con nosotros todos los heridos, entre los que se hallaban Peichotto, con un balazo en un pie.

Acomodados lo mejor posible los heridos, emprendimos la marcha, á cosa de las diez, sin alejarnos de la ladera del bosque, en dirección á Lages, donde opensábamos reunirnos con la columna de Aranha, tan inoportunamente separada de nosotros.

Al salir del bosque, ocurriónos uno de esos sucesos que prueban, hasta que punto es el hombre hijo de las circunstancias, y como en un momento se trueca en pusilámine el hombre más valeroso.

Caminábamos en silencio y, dispuestos á combatir al enemigo si se presentaba. Un caballo, que se encontraba en la ladera del bosque, al ruido que nosotros hacíamos se espantó y comenzó á huir. Una voz gritó: «¡El enemigo!». En

Digitized by Google

un instante aquellos 73 hombres que pocas horas antes se habían batido contra 500 enemigos, huyeron hacia el interior del bosque, con tal espanto, que se emplearon muchas horas en recogerlos. Sin embargo, recogidos lo mejor posible, tomamos de nuevo el camino, y al despuntar el alba nos hallábamos en la orilla deseada del gran bosque, costeándolo en la dirección de Lages.

El enemigo nos buscó al día siguiente, cuando ya estábamos muy lejos.

El día del combate fué terrible por la actividad, privaciones y necesidades; pero se combatía, y esta idea predominaba sobre toda otra. Una vez en el bosque, la cosa cambió de aspecto; nos faltaba todo, y como había desaparecido el peligro, nos dimos exacta cuenta de nuestra desesperada situación.

Estuvimos cuatro días sin hallar otro alimento que las raíces de algunas plantas. Renuncio á pintar las fatigas sufridas para trazar un camino donde no existían ni senderos, y donde la naturaleza, incomparablemente vigorosa y gallarda, amontonaba bajo los pinos colosales de la inmensa selva, los gigantescos bambúes cuyos restos reunidos á los de otras plantas, formaban infranqueables obstáculos.

Al quinto día de marcha, llegamos á la entrada de la *picada* (sendero cortado en la selva, que conducía á Lages), donde encontramos una casa, en la cual se satisfizo el hambe, matando dos bueyes. Desde allí continuamos la marcha á Lages, donde llegamos en un espantoso día de lluvia.

XII

Los habitantes de Lages, que tanto nos ha-

Digitized by Google

bían festejado cuando nos conocieron victoriosos, nos recibieron,. derrotados, con visible hostilidad. Algunos, más decididos, habían restablecido el sistema imperial, pero advertidos de nuestra llegada, huyeron temerosos abandonando, los que eran comerciantes, sus almacenes, abundantemente provistos. Tomamos aquello como cosa providencial, pensando que sin grandes remordimientos, podíamos apropiarnos lo que el enemigo abandonaba, mejorando con el botín nuestra desdichada situación.

Desde Lages escribió Texeira á Aranha ordenándole que viniera en nuestra busca.

Luego supimos que se aproximaba á Lages el coronel Portinko, enviado por Bento Manoel en seguimiento de las fuerzas de Mello, que con tan mala ventura para nosotros, habíamos encontrado en Coritibani.

Con audacia, que sólo nuestro amor á la causa del pueblo disculpa, resolvimos defender á Lages contra un enemigo diez veces superior en número, y envalentonado por sus recientes victorias.

Separados de los imperiales por el río Canoas, que no podíamos defender por falta de medios, esperamos varios días la unión de las fuerzas de Aranha y de Portinko. Durante este tiempo, el enemigo fué tenido á raya por un puñado de hombres.

Cuando llegaron los refuerzos, avanzamos resueltamente hacia los imperiales, lo que rehuyeron la lucha retirándose á la provincia de San Pablo, donde esperaban encontrar grandes refuerzos.

En esta ocasión apreció claramente los vicios y los defectos de que suelen adolecer los ejércitos republicanos. Fórmanlos de ordinario, hombres llenos de patriotismo y valerosos,

Digitized by Google

pero que no se creen obligados á mostrarse disciplinados más que cuando llega el momento de combatir. En cuanto creen alejado el peligro, abandonan la bandera.

Los montañeses fueron los primeros que se separaron del grueso del ejército; poco después imitaban el ejemplo los hombres mandados por Portinko. Los desertores llevábanse armas y caballos, dejando nuestras fuerzas tan reducidas y desamparadas, que nos vimos obligados á salir de Lages, para refugiarnos en la provincia de Río Grande.

Sirva este fracaso de ejemplo á los pueblos que ansían ser libres; tengan presente, si se lanzan á la lucha, que no se combate á los disciplinados y aguerridos soldados del despotismo con flores, fiestas é iluminaciones, sino con soldados, que desprecian el peligro y respetan la disciplina. No intente la obra de libertar á un pueblo, quien no se crea capaz de disciplinar y guiar á la victoria á los hombres que subleve.

¡Ay! también hay pueblos, hay hombres, que no merecen ser libres.

La insensatez de los que se fueron, mermó el ardor de los que quedaron. Desaparecido el cegador entusiasmo, que hasta entonces les disponía á ser héroes, vieron las cosas como realmente eran; se dieron cuenta con miedo, de que carecíamos hasta de lo más necesario, y diéronse á pensar con espanto, en las privaciones que no aguardaban en el invierno, ya próximo, largo triste y muy crudo en aquellas montañosas regiones. El temor adquirió proporciones tales, que los pocos hombres que nos quedaban, comenzaron á manifestar resueltamente su deseo de regresar á los hogares, que con tanto entusiasmo había dejado al iniciarse la lucha.

Texeira vióse obligado á ceder, y me orden

Digitized by Google

que descendiera de las montañas para reunirme á las otras fuerzas republicanas.

Esta retirada fué ruda, á causa de las dificultades del camino y de la mal encubierta hostilidad de los habitantes de los bosques, enemigos encarnizados de los republicanos.

La aspereza del camino, favorecía las emboscadas que á cada paso nos preparaba el enemigo, y de las que salimos con bien gracias á la resolución de mi puñado de bravos, y á la confianza sin límites que en general he inspirado á los hombres que he tenido á mis órdenes.

El sendero que recorríamos era estrechísimo y estaba abierto en una selva muy espesa. El enemigo indígena y, por lo tanto, conocedor del terreno, escogía los sitios más escabrosos para emboscarse, caía furioso y con tremenda gritería sobre los nuestros, mientras de la espesura nos hacían disparos de fusil. A pesar de la saña de aquellos montañeses, nuestro intrépido comportamiento hizo que no tuviéramos ni un solo caballo muerto, y que no recibieran más que ligeras heridas algunos individuos. Llegamos al Cuartel general, situado en Malacasa, donde se encontraba Bento Gonzalez, General en Jefe y Presidente de la República.

XIII

El ejército republicano se preparaba para marchar. El enemigo, después de la batalla perdida de Río Pardo, repuesto en Porto Alegre, había salido á las órdenes del general Giorgio y había acampado en la orilla del Cahó donde esperaba la llegada del general Calderón, con un número respetable de caballos.

El imperio se había creado adeptos en la provincia de Río Grande, país donde como en el Río

Digitized by Google

de la Plata, los hombres son centauros, y donde el mismo espíritu caballeresco hace belicosos á los habitantes.

El mismo defecto que había notado antes, esto es, la repugnancia de los republicanos á reunirse bajo la bandera cuando no estaba presente el enemigo, facilitaba tales movimientos, y cuando el general Netto, jefe de la fuerza republicana de la Campiña, hubo reunido gente suficiente para batir á Calderón, éste ya se había unido al grueso del ejército, en Cahó, después de recoger muchos caballos, de que tan faltos estaban los imperiales. El general Giorgio amenazaba luego con gran superioridad á los sitiadores de la capital, y les obligaba á levantar el sitio.

Era preciso que el Presidente de la República se uniera á la división Netto para poder combatir al ejército enemigo, y la concentración, llevada á cabo con gran éxito, honra muchísimo la capacidad militar de Bento González. Un ejército europeo, con el estorbo de los bagajes, no hubiera podido realizar tal maniobra.

Nosotros marchamos con el ejército de Malacasa, en dirección de San Leopoldo; pasamos de noche á dos millas del enemigo. Al cabo de dos días completos de marcha contínua, sin comer, llegamos á las inmediaciones de Tacuari, donde encontramos al general Netto, que nos salía al encuentro. He dicho, sin comer y realmente fué así. En cuanto el enemigo supo nuestro movimiento, marchó á combatirnos, y, á pesar de ser su caminar más lento que el nuestro, por la artillería y bagajes, nos alcanzó varias veces, mientras reposábamos de las jornadas largas y nos ocupábamos en asar la carne, único alimento nuestro, y en varias ocasiones nos vimos precisados á echar el asado

Digitized by Google

sobre las espaldas y partir precipitadamente, para llegar al fin de nuestro viaje.

Por fin en Pinhurinho, á seis millas de Tacuari, se hizo alto y se tomaron todas las disposiciones para la batalla.

El ejército republicano, formado por cinco mil hombres de caballería y mil de infantería, ocupaba la altura de Pinhurinho, monte medio cubierto de pinos. La infantería estaba situada en el centro, y mandada por el viejo coronel Crezuncio; el ala derecha la mandaba el general Netto, y la izquierda el general Canavarro. Ambas alas estaban compuestas sólo de caballería, y, sin exageración, de la mejor del mundo.

El coronel S. Antonio, formaba la reserva con un cuerpo de caballería.

El enemigo tenía cuatro mil infantes, tres mil caballos y algunas piezas de artillería. Había tomado posiciones en la parte opuesta del lecho de un pequeño torrente, que separaba los dos ejércitos. Eran las más escogidas tropas del imperio, y las mandaba un bravo militar.

El general enemigo había llegado hasta aquel punto, marchando con más sagacidad que nosotros, y tenía tomadas todas sus disposiciones para un ataque en regla. Dos piezas, colocadas en posición ventajosa sobre la otra orilla, disparaban contra nuestra caballería.

Ya los más valientes de la primera brigada de caballería, á las órdenes del general Netto, habían desenvainado los sables y no esperaban más que la orden de carga para lanzarse sobre los dos batallones que habían pasado. Estos belicosos hijos del Continente tenían conciencia de la victoria: Netto no había sido jamás vencido.

La infantería, con bandera desplegada, escalonada por divisiones sobre lo más alto de la

Digitized by Google

colina y cubriendo la cima de aquélla, se estremecía ansiosa de combatir. Ya los terribles lanceros de Canavarro, habían hecho un movimiento de avance envolviendo el flanco derecho del enemigo, que se vió obligado á hacer frente también á la derecha, en desorden. Asemejaba un bosque de lanzas aquel incomparable cuerpo, compuesto de esclavos manumisos de la República, elegidos entre los más hábiles domadores de la provincia, negros todos, excepto los oficiales superiores. El enemigo no había visto jamás la espalda á estos verdaderos hijos de la libertad. Sus lanzas, más largas que las que suelen emplear los ejércitos, su cara negrísima, sus robustas extremidades, endurecidas por el constante y fatigoso ejercicio, y su perfecta disciplina, causaban terror al enemigo.

Ya la voz animadora del general en Jefe había recorrido las filas. «Cada uno de nosotros peleará como si tuviese cuatro cuerpos para defender la patria y cuatro almas para amarla» dijo aquel hombre, dotado de todas las cualidades del gran capitán, menos la fortuna. Nuestro corazón palpitaba de entusiasmo por la batalla y teníamos fe en la victoria. Yo no había jamás presenciado, día más bello y espectáculo más grandioso. Colocado en el centro de la infantería nuestra, en el sitio más alto, dominaba á los dos ejércitos.

Los campos, sembrados de escasas y pequeñas plantas, no ofrecían obstáculo á la vista, y se podía descubrir hasta el más mínimo movimiento, y yo pensaba que á mis pies, se iba á decidir en pocos minutos la suerte del mayor pedazo del continente americano. ¡Se iba á decidir el destino de un pueblo! Aquellos ejércitos tan nutridos, tan fieros, quedarían en pocos momentos disueltos, deshechos, brutalmente amal-

Digitized by Google

gamados. Horas después, la sangre, los miembros triturados, los cadáveres de tan soberbia juventud, marcharían los bellísimos y vírgenes campos, y, sin embargo, se esperaba con delirio la señal de la batalla... ¡Sea; sonad cornetas, retumbad cañones, y que se decida todo de una vez como en Zama, como en Farsalia, como en Actium! Pero no; no debía ocurrir esto; aquella campiña no debía ser lugar de carnicería.

El general Calderón había muerto en una escaramuza, y sin duda esta pérdida, desconcertaba y hacía cambiar de plan á Georgio.

Los más de los nuestros opinaban que puesto que el enemigo no atacaba, debíamos atacar nosotros. ¿Estaban en lo cierto los que esto decían? Creo que no.

Si los imperiales se hubiesen atrevido á atacarnos en nuestras ventajosas posiciones, era casi seguro que hubiésemos vencido; pero, las cosas cambiarían de aspecto, desde el momento que abandonáramos aquellas posiciones para ir en busca de un enemigo cuatro veces más fuerte en infantería.

Así debió de comprenderlo el jefe de las tropas republicanas, y como ninguno de los dos bandos inició formal pelea, pasamos todo el día apercibidos para la lucha, pero sin romper el fuego.

A nosotros se nos había acabado la provisión de carne, y nuestros hombres, especialmente los infantes, estaban hambrientos. Más insoportable aun que el hambre era la sed: no había agua sino en el torrente que estaba en poder del enemigo. Pero nuestros bravos estaban hechos á todo género de privaciones, y aquellos hombres famélicos y sedientos no pedían ni comestibles ni agua; no pedían más que luchar.

Durante la noche desapareció el general Georgio, y cuando amaneció buscamos en vano al

Digitized by Google

enemigo. Por fin, á cosa de las diez, le descubrimos en las excelentes posiciones de Tacuari. Media hora después, supimos que su caballería atravesaba el río.

Visto el propósito decidido de los imperiales de retirarse, nuestro general resolvió atacarlos resueltamente.

La caballería enemiga había atravesado el río ayudada por algunos de sus barcos; pero la infantería, habíase quedado en la orilla izquierda protegida por estos mismos barcos y por el bosque. Su posición, como se comprende, no podía ser más ventajosa.

Nuestra segunda brigada de infantería, compuesta de los batallones 3.º y 20.º fué la designada para iniciar el ataque, lo que hizo con bravura insuperable.

Pero el enemigo era numéricamente tan superior á estos bravos, que después de haber hecho prodigios de valor, se vieron obligados á retirarse, sostenidos por la primera brigada y por el primer batallón de artillería—sin cañones—y de la marina.

El combate fué tan terrible, especialmente en el bosque, que las bajas de ambos ejércitos no fueron menos de quinientos hombres. Los cadáveres de muchos republicanos fueron hallados en la orilla del río, hasta donde habían ido en seguimiento del enemigo. Desgraciadamente, de este encarnizado combate no se sacó el resultado que era de esperar, pues tan luego como regresó la segunda brigada, se suspendió la lucha.

Llegada la noche, pudo el enemigo acabar de pasar el río.

Las cualidades militares de Bento González, á quien tuve siempre por muy bravo general, quedaban disvirtuadas en parte por ciertos defectos, entre los que señalaré, como de más bulto,

Digitized by Google

la falta de decisión. Si en lugar de lanzar á la pelea en este encuentro, sólo una parte de la infantería, hubiese enviado de una vez contra el enemigo, no sólo todos los infantes sino hasta la caballería, desmontada—el terreno no permitía que maniobraran los caballos—es indudable que hubiésemos conseguido completa victoria.

Nuestras fuerzas quedaron muy quebrantadas, por no sernos fácil reemplazar á los infantes que habíamos perdido, al paso que el enemigo encontraba fácilmente hombres para reponer los que en la lucha morían.

Los imperiales acamparon en la orilla derecha del Tacuari, dueños por consiguiente, de toda la campiña. Nosotros tomamos de nuevo el camino de Malacasa.

Todas estas falsas maniobras empeoraron la situación de la República. Volvimos á San Leopoldo y á la Settembrina, y después de acampar en Malacasa durante algunos días, nos trasladamos á Bella Vista.

En este campamento ideó el general una operación que hubiese mejorado grandemente nuestra posición, si la fortuna hubiera secundado los esfuerzos de aquel hombre tan valiente como desgraciado.

XIV

El enemigo habíase visto obligado á desguarnecer de infantería sus plazas fuertes, para reforzar las tropas destinadas á luchar con los republicanos en los campos. La plaza de San José del Norte había quedado casi indefensa.

Esta plaza, situada en la ribera N. de la desembocadura de la laguna de *Los Patos*, era una de las llaves de la provincia, tanto por su im-

Digitized by Google

portancia comercial como por su favorable posición.

La posesión de esta plaza fué justamente considerada como una necesidad, pues en San José había mercaderías de todo género que hubieran venido como de perlas á nuestros hombres, faltos de todo.

En esta expedición ocurrió algo muy semejante á lo que nos había sucedido en Tacuari. Preparóse la expedición con habilidad y en secreto, pero en el momento preciso, vaciló el general, y fracasamos.

Ocho días empleamos para llegar á San José, distante doscientas millas de nuestro campamento.

Recuerdo bien la última jornada, terminada en una crudísima noche de invierno. El agua caía á torrentes y el frío era intensísimo. Nuestros soldados, hambrientos, mal vestidos con harapos y casi yertos, avanzaban silenciosos y resueltos hacia los fuertes guarnecidos de centinelas.

A poca distancia de las murallas, dejáronse los caballos de los jefes bajo la custodia de un escuadrón de caballería, mandado por el coronel Amasal. Olvidamos las fatigas pasadas, y no pensando más que en luchar nos apercibimos al combate.

El ¿quién vive? de un centinela fué la señal del asalto.

En las murallas se nos opuso poca resistencia. A la una y media de la madrugada comenzamos el asalto y una hora después éramos dueños de los primeros baluartes.

Ya dábamos el triunfo por seguro; más ¡ay! también esta vez nos estaba reservado un desencanto. Una vez en los muros, ya en las calles de San José, nuestros soldados creyeron que todo había terminado; los más se dispersaron, anhelantes por entrar al pillaje.

Digitized by Google

Entre tanto los imperiales, repuestos de la sorpresa, se retiraron á un barrio fortificado de la población. Les atacamos allí, pero fuimos rechazados. Los jefes republicanos buscaban por todas partes soldados para repitir el ataque; pero buscaron en vano, pues los pocos que se encontraron estaban ébrios ó inermes, porque habían destrozado los fusiles á fuerza de aporrear con ellos las puertas para entrar á saco en las viviendas.

En cambio el enemigo aprovechaba bien el tiempo. Varios barcos de guerra que estaban fondeados en el puerto, tomaron posiciones, dirigiendo sus baterías á las calles que nosotros ocupábamos. Los imperiales pidieron urgentes socorros á Río Grande del Sud, ciudad situada en la orilla opuesta de la desembocadura de Los Patos. Mientras llegaban estos socorros, refugiáronse los imperiales en un fuerte que no nos habíamos cuidado de ocupar.

El principal fuerte de la plaza, llamado del Emperador, del que nos habíamos apoderado después de muy encarnizada pelea, nos fué de poco provecho, porque quedó destruido por una formidable explosión de pólvora que nos causó muchas muertes.

En fin, lo que comenzó siendo un triunfo glorioso trocóse en una vergonzosa retirada. Nuestros bravos lloraban de rabia y desesperación.

Cuando salimos de San José, habíamos perdido lo más granado de nuestra infantería.

La división regresó á Bella Vista y yo quedé en San Simón con la marina.

Mis tropas habían quedado reducidas á cuarenta hombres, entre oficiales y soldados.

Digitized by Google

XV

Mi marcha á San Simón, tuvo por objeto, aunque no por resultado, hacer construir, trabajando groseramente tronco de árboles, embarcaciones que me permitieran estar en comunicación con la otra parte de la laguna.

Pero inútilmente esperé durante varios meses que llegaran los árboles ofrecidos, quedando, por consiguiente, sin realizar, nuestro proyecto. Y como yo no he nacido para holgazanear, ya que no pude ocuparme de las embarcaciones, me cuidé de los caballos y en poco tiempo troqué á mis marinos en soldados de caballería.

San Simón era una magnífica y vasta posición, abandonada y medio destruida durante la guerra. Pertenecía al conde de San Simón, declarado enemigo de la República. Esto bastó para que considerásemos la posesión como cosa ganada al enemigo, y dispusiéramos de ella á nuestro antojo.

Nuestro principal entretenimiento consistía en domar los potros que en la finca habíamos hallado.

En San Simón me hizo Anita padre por primera vez. En vez de dar á mi primogénito el nombre de un santo, le dí el de un mártir, y se llamó Menotti.

Nació el 16 de septiembre de 1840, y según todas las probabilidades, había sido engendrado el día del combate de Santa Victoria. Por cosa de milagro se ha de tener que mi hijo naciera sano y bien conformado, siendo tantas las privaciones, sufrimientos, fatigas y sobresaltos porque pasó la madre durante el embarazo. De estas privaciones y estos sufrimientos, de los que no he hablado antes de ahora, por no interrumpir mi relato, diré aquí algo, pues obligación

Digitized by Google

considero dar á conocer á los amigos que lean este diario (1) el temple y corazón de la admirable mujer que para siempre he perdido.

Anita hizo á mi lado la campaña que acabo de relatar.

El combate de Santa Victoria, en el que como se recordará, destruimos á las fuerzas imperiales mandadas por Acuña, presenciolo Anita á caballo, sin alejarse jamás de los puntos de peligro. En aquella jornada fué mi mujer la providencia de nuestros heridos, á los que á falta de cirujano, curamos nosotros lo mejor que nos fué posible.

Algunos días después, libróse el combate de Coritibani, en el que á pesar del valor de Texeira, nuestra caballería fué destrozada; yo y mis sesenta y tres infantes nos vimos envueltos por más de quinientos hombres de la caballería enemiga.

En este día tocóle á Anita asistir á las más sombrías peripecias de la guerra.

Aceptando por fuerza el papel de mera espectadora, cuidaba de las municiones, procurando que no nos faltaran cartuchos. Con este objeto aproximábase frecuentemente á los puntos en que más encarnizada era la pelea. Una de las veces, vióse súbitamente acometida por una veintena de ginetes enemigos que iban en persecución de infantes nuestros. Anita, que montaba un brioso caballo, hubiera podido huir; pero aquel pecho de mujer encerraba un corazón de héroe; en lugar de huir excitó á nuestros soldados á defenderse y se vió materialmente rodeada por los imperiales. Un hombre se hubiera rendido; ella clavó las espuelas en los ijares de su caballo y siguió avanzando resueltamente por en-

(1) Cuando Garibaldi escribió sus Memorias, no tenía el propósito de publicarlas.

Digitized by Google

tre el enemigo, no recibiendo sino una bala que después de atravesarle el sombrero, arrancó de la cabeza de Anita un buen mechón de pelo. Posible es que se hubiese salvado si otra bala no hubiera herido mortalmente á su caballo. Entonces se vió obligada á rendirse y fué presentada al coronel enemigo.

Anita me creía muerto. En esta creencia solicitó y obtuvo permiso para ir al campo de batalla en busca de mi cadáver. Durante más de dos horas vagó por la llanura ensangrentada, buscando afanosa al que temía encontrar, saltando por sobre los muertos y girando á los que tenían la cara contra la tierra, si por las ropas ó por la talla tenían alguna semejanza conmigo.

La busca fué inútil... ¡Ay! era á mí á quien la suerte reservaba el dolor de bañar con mis lágrimas las yertas mejillas de mi amada; ¡y cuando esta desgracia me torturó el corazón, no pude arrojar un puñado de tierra sobre su cuerpo, ni colocar una flor sobre la tumba de la madre de mis hijos!

Ya segura de que yo vivía, no tuvo más que un pensamiento: huir. La ocasión no tardó en presentarse.

Aprovechando la embriaguez del enemigo victorioso, pasóse á una casa vecina á la que se le había dado por prisión, y donde una mujer desconocida la recibió ofreciendo protegerla.

Al cerrar la noche, Anita se internó en el bosque y desapareció; era preciso tener, como esta incomparable mujer, corazón de león y ligereza de gacela para aventurarse de tal modo. Sólo aquellos que conozcan los inmensos bosques que cubren la cima del Espinano, formados por infinitos pinos seculares, que parecen destinados á sostener la bóveda celeste como columnas de es-

Digitized by Google

te espléndido templo de la naturaleza; la gigantesca la maleza que rellena los intervalos, y en la que se guarecen millones de animales feroces y reptiles venenosos; sólo los que se hayan arriesgado alguna vez por aquellos bosques, punto menos que intransitables, comprenderán las dificultades que Anita tuvo que vencer, los riesgos á que se expuso. Por fortuna aquella hija de las estepas americanas no sabía lo que era el miedo, y sin vacilar aventuróse á recorrer á pie, sola, sin alimentos, las veinte leguas que separaban á Lages de Coritibani.

Los pocos habitantes que podía encontrar en su camino, serían seguramente hostiles á los republicanos. Cuando aquellas gentes supieron que habíamos sido derrotados, se armaron por grupos para prepararnos emboscadas. En el desfiladero de Cabecaes nos mataron á mansalva muchos hombres.

Anita atravesó de noche aquel peligroso paraje, y sea por su buena estrella, sea por la resolución con que ella marchaba, es lo cierto que á su vista huían los asesinos, como perseguidos por un ser misterioso.

Una taza de café, fué todo el *alimento* que tomó la intrépida viajera en los cuatro días que empleó en unirse en Vaccaria al cuerpo del coronel Aranha.

Allí nos encontramos Anita y yo después de una separación de ocho días.

Bien se adivinará la alegría con que nos abrazamos.

Este júbilo sólo puede ser comparado con el que experimenté el día en que Anita dió á luz á nuestro esperado Menotti.

El niño nació con una cicatriz en la cabeza, consecuencia de una caída que había sufrido la madre.

Digitized by Google

En aquella ocasión tuvimos la suerte de encontrar cariñosísima hospitalidad en casa de unos campesinos vecinos de San Simón, que proporcionaron á Anita todo aquello de que disponían. Pero, como su voluntad era más grande que su riqueza, faltábanles muchas cosas que Anita necesitaba, por lo que resolví hacer un viaje á Settembrina para comprar algunas ropas.

Me puse en camino á través de la campiña, inundada en tal medida que tocaba el agua al vientre de mi caballo; pasé por un campo llamado *Rossa-Velha*, donde encontré al capitán de lanceros Massino, quien me hizo un fraternal recibimiento. Llegué á *Rossa-Velha* una noche en que diluviaba, y, como al día siguiente seguía el tiempo metido en agua, quisó el capitán que aplazara el viaje. Desoí los consejos de tan buen amigo y seguí la marcha por aquellas llanuras convertidas en inmenso lago.

A la distancia de algunas millas oí nutrido ruido de fusilería, hacia la parte que dejaba á mi espalda. Temí una desgracia, pero ya no podía volver sobre mis pasos.

Llegué á Settembrina, donde adquirí los efectos que necesitaba, y sin perder momento volví á tomar el camino de San Simón. Al pasar de nuevo por *Rossa-Velha* supe la causa del ruido que había oído y los tristes sucesos desarrollados el mismo día de mi partida.

Abreu,—el mismo que me había sorprendido en Camacuán, y á quien obligamos á huir herido en un brazo—había sorprendido al capitán Massino. Realizada esta sorpresa, los imperiales se habían dirigido hacia Río Grande del Norte, cayendo sobre los grupos de republicanos diseminados por la provincia, y que se reponían de las fatigas de la campaña, bien ajenos del peligro que se avecinaba.

Digitized by Google

Mis marinos se vieron obligados á refugiarse en el bosque, llevando con ellos á Anita, quien á los dos días de haber dado á luz, se vió obligada á dejar precipitadamente el lecho, para montar á caballo, á medio vestir, y huir á galope en medio de una lluvia torrencial. El recién nacido fué colocado atravesado en la silla.

Reuníme á los míos en el bosque y cuando juzgamos pasado el peligro, volvimos á San Simón, desde donde, algún tiempo después, nos trasladamos á la orilla izquierda del Capivari, es decir, junto al mismo río, donde un año antes habíamos preparado la desventurada expedición á Santa Catalina.

¡Cómo se habían evaporado las ilusiones que doce meses antes embargaban mi alma y alegraban mi corazón!

XVI

La situación del ejército republicano empeoraba de día en día. Las necesidades aumentaban al propio tiempo que disminuían los recursos. En los dos combates de Tacuari y de San José del Norte, habíamos perdidos casi toda la infantería, que aunque no muy numerosa, era el principal elemento para las operaciones de sitio.

Las supremas necesidades engendraron las deserciones. Las poblaciones empezaron á cansarse de aquella prolongada lucha, y tomó arraigo el mal de la indiferencia, que es el peor de todos los males.

Los imperiales aprovecharon aquel visible alcargamiento, é hicieron á nuestros jefes proposiciones de arreglo, que aunque ventajosas para los republicanos, fueron rechazadas. Esto aumentó el disgusto de la parte más fatigada de

Digitized by Google

nuestro ejército, y fué necesario decidir abandonar el sitio.

La división Canavarro, de la que formaban parte los marinos, fué la designada para iniciar el movimiento de retirada, abriendo paso en las sierras, ocupadas por el general Labattué, francés al servicio del Emperador. Bento González, con el resto de las fuerzas marchaba á la retaguardia.

La guarnición republicana de Settembrina, debía ponerse en seguimiento de las fuerzas de Bento González; pero no pudo ejecutar este movimiento, por haber diezmado aquellas fuerzas el coronel Abreu, quien las atacó por sorpresa apoderándose de la población.

En la lucha murió mi caro Rossetti.

Después de haber hecho prodigios de valor, fué gravemente herido. Al verle caer del caballo, le rodearon los imperiales intimándole á que se rindiera. El respondió á sablazos, prefiriendo morir á entregar su espada.

¡Otra herida mortal para mi corazón!

La retirada, emprendida en pleno invierno, á través de las montañas y con lluvia casi continua, fué la más desgraciada y terrible que yo he visto.

Llevábamos por toda provisión algunas vacas, porque no se encontraban dichos animales en los senderos que debíamos recorrer. Los numerosos ríos de la sierra desbordados, arrastraban gente, animales y bagajes. Caminábamos con lluvia y sin alimento; acampábamos sin alimento y con lluvia.

Muchas mujeres, acompañaban al ejército y no dejaban de ser útiles, pues se encargaban de las *caballadas*; nos seguían á caballo, estando muy prácticas en tal ejercicio. Con las mujeres, iban niños de todas las edades. Los de edad más

Digitized by Google

HOSPITAL PROVINCIAL
SERVICIO MEDICO DE GUARDIA

tierna, murieron en la selva; otros fueron recogidos por los jinetes, y muchas madres murieron también de hambre, de cansancio ó de frío.

En los bosques de la parte baja de la provincia, donde el clima es casi tropical, había en abundancia frutas sabrosas y nutritivas; pero en la parte alta de la sierra, donde estábamos internados, no se producían tales frutas y apenas hallábamos hojas de *tapuara*, caña muy gruesa, alimento insuciente para los animales.

Anita se extremecía al pensar que perderíamos á nuestro Menotti, que se salvó por un milagro. En lo más penoso del camino y al pasar los torrentes, llevaba yo á mi querido hijo, que tenía tres meses, en un mantón, procurando calentarle contra mi pecho y con el aliento.

De una docena de animales de mi propiedad, entre caballos y mulas, que entraron en la selva, nos habíamos quedado con dos caballos y dos mulas; los otros habían sido abandonados desfallecidos.

Para colmo de desventuras, los guías habían equivocado la *piccada* (sendero abierto en la selva) y este fué uno de los motivos de que pasáramos tan difícilmente por aquella terrible selva de las *Antas*.

Harto de caminar sin encontrar el fin de la *piccada*, quedéme en la selva con dos mulas, y mandé á Anita con mi asistente y el niño, para que, alternando con los dos caballos que llevababan, procurasen llegar al claro, esto es, fuera de la selva, donde encontrarían algún alimento. Ya fuera de la *piccada*, encontró Anita algunos de mis soldados con fuego encendido, cosa que no siempre podía obtenerse por la continuada lluvia.

Mis compañeros, que habían conseguido secar

Digitized by Google

algunos trapos, tomaron al niño medio muerto, lo envolvieron, le calentaron y lo tornaron á la vida, cuando la madre tenía pocas esperanzas de salvar aquella tierna existencia. Con amorosa solicitud procuraron aquellos soldados algunos alimentos, con los que restauró sus fuerzas mi esposa, y pudo amamantar á nuestro Menotti.

Yo trabajé mucho para salvar las mulas; pero todo fué inútil; me ví obligado á abandonarlas y á buscar también la salida de la selva á pie y hambriento.

Llevábamos nueve días de marcha y aun no se encontraba fuera de la *piccada* la retaguardia de la división; pocos caballos de los que montaban los oficiales habían podido salvarse. El general Labattué, que nos había precedido huyendo, había dejado en la misma selva de las Antas algunos cañones.

Diríase que los temporales tenían su asiento en la selva mencionada, porque ya fuera, en la *Cima da Serra*, nos encontramos con un tiempo bellísimo y hallamos también ganado vacuno.

Penetramos en el departamento de Vaccaria, donde permanecimos algunos días esperando al ejército de Bento González, que se hallaba dividido y maltrecho.

El infatigable Abreu, sabedor de la retirada, se colocó á retaguardia de este cuerpo, molestándole durante la marcha por todos los medios, ayudado por los montañeses, encarnizadamente hostiles á los republicanos.

De este modo Labattué tuvo tiempo para unirse al grueso del ejército imperial. Nosotros llegamos á juntarnos, pero casi sin gente á causa de las deserciones, motivadas por nuestra marcha forzada y por las privaciones y fatigas sufridas.

Labattué debía atravesar en su camino los dos

Digitized by Google

bosques conocidos con los nombres de *Matto Portuguez* y *Matto Castelhano*, donde encontró algunas tribus de los salvajes indígenas llamados *Bugres*, de los más feroces que existen en el Brasil. Sabedoras estas tribus del paso de los imperiales, les prepararon varias emboscadas, saliéndoles de entre los matorrales, y haciéndoles grandes estragos, comunicando al mismo tiempo al general Canavarro que ellos eran amigos de los republicanos, y la verdad es que á nosotros no nos causaron el menor daño al atravesar la selva.

En un alto que hicimos en la ladera de uno de estos bosques gigantescos, se nos presentó una mujer robada por los salvajes en su juventud, de una casa de Vaccaria. Aprovechó la circunstancia de nuestra proximidad para salvarse. Estaba la pobre en una situación bien deplorable.

Como no teníamos enemigos de que huir ó á quienes perseguir por aquellas altas regiones, marchábamos con lentitud, casi todos sin caballos, obligados á domar por el camino algunos potros que se encontraban dispersos por los campos. El cuerpo de lanceros libres, que había quedado desmontado, se vió precisado á rehacerse.

Pasados los Mattos, atravesamos la provincia de Missiones, dirigiéndonos á Cruz Alta, capital de esta provincia. De Cruz Alta marchamos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general y se construyeron barracas para acampar. Yo me construí una cabaña en la que pasé algún tiempo con la familia.

La vida aventurera habíame parecido buena mientras viví sólo, pero, ahora que tenía una familia, era natural que naciera en mí el deseo de avecindarme en un punto, desde donde me

Digitized by Google

fuera posible saber alguna cosa de mi madre. Me decidí, pues, á vólver á Montevideo y pedí permiso al presidente, para formar un pequeño rebaño de vacas con que poder hacer frente á los gastos del camino.

Digitized by Google

Camino del Uruguay

I

Héme aquí convertido en conductor de ganado.

En una estancia llamada *Corral de Pedras*, con la autorización del ministro de Hacienda, reuní con indecible fatiga, cerca de novecientos animales salvajes. Obstáculos insuperables se me presentaron en el camino; los mayores, hallélos en el río Negro que estaba desbordado, donde á poco pierdo mi capital entero. Mi falta de práctica en aquel oficio, y las bellaquerías de ciertos mercenarios que había contratado para conducir las bestias, hicieron que apenas pudiera pasar el río unos quinientos animales, que después, por el largo camino, el poco alimento y los muchos castigos, llegaron á tan lamentable estado, que decidimos matarlos para aprovechar siquiera las pieles de cuya venta saqué unos cien escudos.

Aquí encaja hablar de un encuentro que me valió uno de mis mejores y más caros amigos.

En nuestra última parada habíanme hablado de un oficial italiano, hombre de tanta inteligencia como corazón, quien desterrado de nuestra patria, habíase batido en Francia el 5 de junio de 1832 y después en Oporto. Obligado más tarde á salir de Europa, había ido como yo, á ofrecer su valor y su vida á las nacientes repúblicas de la América del Sud.

Referíanse de él rasgos de valor, de sangre fría y de fuerza, que me habían dado la seguridad de que el día que yo me hallara con aquel hombre seríamos amigos.

El expatriado se llamaba Anzani.

Digitized by Google

Uno de sus rasgos de valor, había sido muy comentado en toda la comarca.

Cuando Anzani llegó á América, habíase presentado con cartas de recomendación á dos compatriotas, comerciantes en San Gabriel. El presentado fué admitido, y se le hizo un verdadero factotum, el alma del negocio. Como todos los hombres fuertes y valerosos, Anzani era amable y sufrido en apariencia.

La casa que nuestro hombre dirigía era uno de esos comercios, que sólo se ven en América del Sud, dedicados á traficar con toda clase de artículos.

La población en que residía Anzani estaba en la vecindad del bosque que servía de refugio á las tribus indias de que he hecho mención en el anterior capítulo.

Uno de los jefes indios era el terror de San Gabriel, población sobre la que caía con su gente dos veces por año, saqueándola á su antojo, sin que nadie fuera osado á entorpecer sus rapiñas. Los repetidos asaltos habían atemorizado de de tal modo á los tranquilos habitantes de San Gabriel, que el jefe indio, acabó por presentarse completamente solo en el poblado, dando órdenes y manifestando sus exigencias, como si con él llevara á su tribu, pronta á entrar á sangre y fuego.

Anzani había oído hablar del coco de San Gabriel, y había escuchado cuanto de su ferocidad se decía, sin manifestar nunca su opinión ni sobre la audacia del indio, ni sobre el terror que inspiraba.

Este terror era tal, que cuando se oía en San Gabriel el grito de alarma, «¡el jefe de los Matos!» cerrábanse puertas y ventanas con tanta presteza como si se hubiera anunciado la llegada de una legión de cien mil diablos.

Digitized by Google

El indio estaba habituado á estas manifestaciones de terror que halagaban su amor propio.

Al llegar al pueblo, dirigíase á la casa que se le antojaba, aporreaba la puerta, y sin hacerle esperar, abríase la puerta, dando franco paso al imponente enemigo, quien, sin temor á ser molestado, tomaba de la casa cuanto quería.

Dos meses hacía que Anzani dirigía la casa de comercio, ocupándose igualmente en las grandes transacciones como en los menudos detalles del mostrador, cuando una vez más aterrorizó á los vecinos de San Gabriel la mala nueva de que había entrado en la población el jefe de los Mattos.

Como de costumbre, todas las casas se cerraron precipitadamente.

Anzani estaba solo en la casa de sus principales, ocupado en anotar en los libros las cuentas de la semana.

No creyó que la llegada del indio fuera causa bastante para que dejara el trabajo comenzado, y en consecuencia, siguió su tarea sin curarse de cerrar la puerta del establecimiento.

El indio se paró sorprendido ante aquella casa, cuyos habitantes tan poco se preocupaban de la llegada del terror de la comarca.

Entró y con curiosos ojos miró al hombre de fisonomía bonachona, que escribía sobre el mostrador.

Paróse el indio ante el comerciante, al que contempló largo rato, cruzando los brazos sobre el pecho. Por fin Anzani alzó la cabeza, y al ver al salvaje, le preguntó con exquisita amabilidad:

—¿Qué desea usted, buen hombre?

—¡Cómo que qué quiero! respondió desdeñosamente el indio.

—Naturalmente, cuando se entra en un esta-

Digitized by Google

blecimiento, es señal de que se desea comprar algo.

El indio soltó una carcajada.

—Por lo visto no me conoces, dijo el salvaje á Anzani.

—¿Y cómo he de conocerte, si es la primera vez que te veo?—respondió con indiferencia el comerciante, apeando el tratamiento, en vista de que el indio era amigo del tuteo.

—Soy el jefe de los Mattos, replicó el salvaje descruzando los brazos y dejando al descubierto en su cintura, un arsenal formado por cuatro pistolas y un puñal.

—Está bien,—respondió el italiano, con estudiada cachaza. Ahora que sé quién eres, sólo me resta saber qué buscas aquí.

—Quiero beber:

—¿Qué quieres beber?

—Una copa de aguardiente.

—Nada más fácil; paga por adelantado y beberás cuanto gustes.

El indio rióse esta vez con mejor gana que momentos antes.

Anzani frunció ligeramente el entrecejo.

—Es la segunda vez, dijo Anzani, que te ríes en lugar de responderme. Te advierto que á la tercera te planto de patitas en la calle.

Pronunció Anzani estas palabras con tal firmeza, que otro cualquiera que no fuese el indio, hubiera tenido bastante para adivinar con que clase de hombre se las había.

Quizá también lo comprendió el salvaje, pero supo disimular.

—Te he dicho que me dés una copa de aguardiente, dijo, golpeando el mostrador con el puño.

—Y yo te he dicho que si quieres beber has de empezar por pagar.

El indió lanzó una mirada colérica sobre el

Digitized by Google

italiano, quien respondió con otra mirada preñada de ira.

Anzani solía decir:

«No hay ninguna fuerza como la fuerza moral. Mirad con osadía, fijamente y con obstinación al hombre que os mire. Si le hacéis bajar los ojos, le tenéis dominado; pero no los bajéis jamás, porque entonces los dominados seréis vosotros.»

La mirada de Anzani tenía irresistible poder. El indio bajó los ojos. Dióse cuenta de su inferioridad, y furioso de haber sido dominado, esperó que el aguardiente le diera el valor que le faltaba.

—Está bien, dijo, aquí tienes media piastra, sírveme.

—Para eso estoy, para servir á los parroquianos que pagan,—dijo Anzani tranquilamente.

Y sirvió al indio una copa de aguardiente.

—Otra copa, ordenó el salvaje, tan luego hubo bebido la primera.

Anzani obedeció.

—Otra más.

Mientras el indio bebía lo que tenía pagado, Anzani servía sin oponer reparo; pero cuando el bebedor hubo tragado aguardiente por valor de media piastra, dejó de llenar copas.

—Más aguardiente rugió el salvaje.

—Se ha acabado el dinero, replicó el comerciante.

—¿Y qué?

—Que si no hay metal, no hay trago, dijo Anzani, cansado ya de la terquedad del salvaje.

Este había calculado bien. Las cinco ó seis copas de aguardiente que había bebido, habiánle devuelto el valor que le hiciera perder la mirada leonina del italiano.

—¡Quiero aguardiente! rugió el indio, al pro-

Digitized by Google

pio tiempo que echaba mano á una de las pistolas ¡Aguardiente ó te mato!

Anzani, que ya esperaba que acabarían así las cosas, estaba apercibido. Era hombre corpulento, forzudo y ágil. Apoyó la mano derecha en el mostrador, que saltó con ligereza para ir á caer con todo su peso sobre el indio, á quien impidió amartillar la pistola, sujetándole ambas manos.

El salvaje no pudo resistir el choque, y cayó de espaldas; Anzani cae, sobre él y le apoya la rodilla sobre el pecho.

Entonces, manteniendo con su mano izquierda la mano del indio en una linea en que ningún daño podía hacer con la pistola, con la otra mano, Anzani, quitó á su adversario las otras armas que éste llevaba á la cintura; luego hízose dueño el comerciante de la pistola que el indio empuñaba, y tomándola por el cañón, descargó varios golpes con la pesada culata en la cara del salvaje. Finalmente, cuando se cansó de aporrear, levantóse Anzani, y á empujones y puntapiés echó al indio de la tienda. Cuando el salvaje se vió libre de tan tremendo enemigo, salió á todo correr de San Gabriel, y no ha vuelto á aparecer.

Anzani hizo la guerra de Portugal, alistándose con el nombre de Ferrari.

Conocí, como ya he dicho, á Anzani en San Gabriel, y desde entonces fuímos hermanos.

El día en que nos separamos quedó convenido que no tomaríamos ninguna determinación importante sin darnos antes aviso. Cumpliendo esta promesa, en cuanto entré al servicio de la república de Montevideo, con el encargo de organizar la legión italiana, mi primer cuidado fué avisar á Anzani para que compartiera este trabajo conmigo.

Digitized by Google

Acudió á mi llamamiento, y ya no volvimos á separarnos.

II

En Montevideo, me alojé en la casa de mi amigo Napoleón Castellini. Agotados mis escasos recursos, y para no ser gravoso á mis amigos, emprendí dos tareas, que apenas si me daban entre las dos para atender á mis necesidades.

Me hice primero corredor de comercio, con un variado muestrario, que lo mismo ponderaba la excelencia de la pasta italiana para sopas, que la finura y buen colorido de las ricas telas de Rouen.

Mi segunda ocupación fué la de profesor de matemáticas, en casa de Pablo Semidei.

Este género de vida duró hasta que entré en la legión oriental.

La cuestión de Río Grande había entrado en vías de arreglo. Nada pues tenía yo que hacer ya allí.

La república Oriental no tardó en ofrecerme una ocupación más en harmonía con mis aficiones, que las de profesor y comerciante.

Me fué ofrecido y acepté, el mando de la corbeta *Constitución*.

La escuadra oriental estaba mandada por el coronel Cosse; la de Buenos Aires por el almirante Brown.

Varios combates navales habían reñido, pero con resultados mediocres. Por aquellos días había sido encargado del Ministerio de la Guerra de la República, un tal Vidal, de infausta memoria. Uno de los primeros actos de aquel hombre, fué el de quitarse el estorbo de la escuadra que, según él, resultaba muy pesada al Estado é inútil: de aquella Escuadra que había

Digitized by Google

costado inmensos sacrificios á la República, y que fomentada y bien dirigida, hubiera permitido á Montevideo un predominio marcado en el Río de la Plata, sin el cual jamás hubiera dejado de ser aquella ciudad esclava de Buenos Aires. La escuadra de Montevideo fué completamente aniquilada, vendiéndose los barcos á precios ridículos.

Fuí destinado á una expedición, que había de dar orígen á muy importantes sucesos.

Enviósome á Corrientes, con el bergantín *Pereyra* de diez y ocho cañones fijos y dos giratorios. Nos acompañaba la goleta *Prócida*.

Corrientes guerreaba contra Rosas, y yo debía ayudar sus movimientos contra las fuerzas del dictador.

Probable es que la expedición tuviera un segundo fin, que Vidal calló cuidadosamente.

Digitized by Google

Montevideo

I

Permítaseme abrir un paréntesis en estas Memorias para dar á los lectores algunas noticias sobre la situación de la República de Montevideo en 1841.

Los datos que siguen han sido proporcionados á Alejandro Dumas, por uno de sus mejores amigos, el general Pacheco y Obes, bravo militar que tomó muy activa parte en los sucesos de la República Oriental.

Cuando el viajero se acerca al puerto, lo primero que ven sus ojos son dos montañas.

Una montaña de ladrillos, que es la catedral, la iglesia principal, la *Matriz*, como la llaman los naturales.

Luego, una montaña de granito, salpicada de verdura y coronada por una farola: el *Cerro*.

A medida que se acerca á las torres de la catedral, en cuyas cúpulas se quiebran los rayos solares para desparramarse con cegadores reflejos, el viajero distingue los inmensos miradores de variadísimas formas en que rematan todas las casas, contempla luego, al pie del *Cerro*, las *Saladoras*, vasto edificio donde se salan las carnes, y finalmente, en el fondo de la bahía, bordeando el mar, las encantadoras *quintas*, delicia y orgullo de los habitantes.

Juan Díaz de Solís, fué el primero, que descubrió este encantador pedazo de tierra americana, en los comienzos del año 1516.

La primera cosa que percibió el centinela de la nave exploradora fué el Cerro, y lleno de

Digitized by Google

comprensible júbilo exclamó en lengua portuguesa.

¡ Monte vide eu !

De aquí el nombre de la ciudad, cuya historia vamos á bosquejar.

Solís, que el año anterior había descubierto Río Janeiro, gozó muy poco tiempo de su nuevo hallazgo.

Dejó dos de sus barcos en la bahía de Montevideo y con el tercero, remontó el Plata, confiado en las promesas amistosas que le hicieron los indios. Preparáronle éstos una emboscada, y el explorador fué asesinado, asado y comido junto á un riachuelo, que en recuerdo de tan terrible suceso, lleva todavía el nombre de *Arroyo de Solís.*

Esta horda de indios antropófagos, resueltos y valientes pertenecía á la tribu primitiva de los Charrúas.

Aquellos indígenas opusieron tan pertinaz resistencia á los españoles, que para echar éstos los cimientos de la ciudad nueva, tuvieron que sostener contínuos y muy cruentos combates, de suerte que Montevideo aunque descubierto, como ya hemos dicho, en 1516, apenas cuenta siglo y medio de fundación.

Por fin, á fines del siglo XVIII, Jorge Pacheco hizo á los primitivos dueños de la costa, obstinada guerra de exterminio.

Pero los salvajes destruidos legaron á Pacheco enemigos más tenaces, más peligrosos, y sobre todo mucho menos aniquilables que los indios: estos enemigos eran los contrabandistas brasileños.

Como la base del comercio español era el sistema prohibitivo, entablóse encarnizada lucha entre el comandante Pacheco y los contrabandistas, que unas veces por la astucia, otras por la

Digitized by Google

fuerza, trataban de introducir en Montevideo tabaco y telas.

La lucha fuera larga, encarnizada, mortal.

Ya creía don Jorge Pacheco haber atemorizado á los contrabandistas, alejándoles para siempre de la capital, cuando súbitamente reaparecieron, más osados, más activos y más disciplinados que nunca, á las órdenes de un hombre singular, tan valeroso, tan astuto y tan inteligente como pudiera serlo el admirable militar que mandaba las fuerzas de la plaza.

El paladín de los contrabandistas era un hombre de veinte á veinticinco años, bravo como un espartano, ágil como un charrúa, tan conocedor del país como los gauchos.

Entonces comenzó una admirable lucha de habilidad y de fuerza entre Pacheco y Artigas, que tal era el nombre del jefe de los contrabandistas. Pero éste era joven y comenzaba á luchar, y Pacheco estaba ya fatigado. Este fué el primero que se dió por vencido, y sacrificando su orgullo al bien del país, ofreció su cargo al gobierno, á condición de que nombrara para sustituirle á Artigas, único que á su juicio lograría exterminar á los contrabandistas.

Aceptó el gobierno, y Artigas entró en Montevideo para encargarse de remediar el mal que él había fomentado.

Al cabo de un año, apenas si quedaban contrabandistas.

Esto ocurría cincuenta y ocho ó sesenta años antes de los sucesos en que después veremos mezclado á Garibaldi.

Artigas desempeñó su cargo millitar durante muchos años, á satisfacción de todos, excepción hecha de los contrabandistas. Aun desempeñaba sus importantes funciones cuando estalló la revolución de 1810 contra los españoles.

Digitized by Google

El jefe de las fuerzas independientes era el general Antonio José de Sucre, quien tenía cinco mil hombres á sus órdenes.

El general en jefe de las tropas españolas era don José de Laserna, último virey del Perú. Disponía de once mil hombres.

Artigas fué uno de los primeros que se unieron al movimiento contra España, y luchó con tanta fortuna en la campiña que obligó á nuestras fuerzas á refugiarse en Montevideo, plaza donde nuestros soldados lucharon con heroísmo y fortuna, obligando á los sublevados á levantar el sitio.

Sitiada nuevamente la plaza en 1812, por los generales Rondeau y Alvear, Montevideo capituló después de una defensa que duró ventitrés meses.

Para luchar contra los españoles uniéronse porteños (1) y uruguayos, pero bien pronto surgieron diferencias de raza que siempre habían separado á los dos pueblos.

Primero hubo separación, después odio encarnizado, luego guerra sin cuartel.

Todos los elementos de antipatía fueron despertados por Artigas contra los bonaerenses, á los que á toda costa quiso expulsar de Montevideo.

Aprovechando el antiguo contrabandista todos los medios de lucha que el país le ofrecía, púsose á la cabeza de los temibles gauchos, los *centauros del Nuevo Mundo*, según la acertada y expresiva frase de Garibaldi.

Lo que Artigas intentaba era una especie de guerra santa, que satisfacía los deseos de los más de sus compatriotas; de aquí que no pudieran resistirle ni el ejército de Buenos Aires ni el

(1) Nombre más comunmente dado en América á los naturales de Buenos Aires.

Digitized by Google

partido español, temeroso de las consecuencias que para el país tendría el regreso á Montevideo, después de la victoria, de los hombres brutales que contra los porteños peleaban.

Los que habían previsto un retroceso á la barbarie, no se engañaron. Por vez primera hombres vagabundos, inciviles, sin organización, veíanse formando un ejército y contaban con un prestigioso general. Hizóse Artigas dictador y comenzó para Montevideo un período de infausto recuerdo, durante el cual se desarrollaron á diario escenas grotescas y terribles.

Por desastrosa que fuera la dictadura de Artigas, tuvo, sin embargo su parte brillante y nacional, en la lucha de Montevideo contra Buenos Aires, y su tenaz resistencia al ejército portugués que invadió el país.

El pretexto de esta invasión fué el desorden de la administración de Artigas, y la necesidad de salvar á los pueblos vecinos de anarquía semejante. Las clases cultas de Montevideo, habían visto con buenos ojos la invasión portuguesa, y de todo corazón deseaban que los extranjeros acabaran con la brutalidad y la licencia amparadas por los gauchos dominadores.

Tres años resistió Artigas, á pesar de la oposición que por todas partes encontraba, hasta que al fin vencido, se retiró á la provincia de Entre-Ríos, desde donde pasó al Paraguay, donde aun vivía en 1848, época en que Garibaldi luchó en Montevideo.

Vencido Artigas, nadie se curó de oponerse á la dominación portuguesa, que se estableció en el país, siendo su representante el barón da Laguna.

En 1825, Montevideo, como todas las posesiones portuguesas, fué cedido al Brasil. Montevideo fué entonces ocupado por un ejército de ocho mil

Digitized by Google

hombres, y todo parecía asegurar la tranquila posesión de este país al emperador brasileño.

Mas un día, un hijo de Montevideo, que vivía en Buenos Aires proscrito, reunió treinta y dos compañeros, también desterrados y decidió con ellos, devolver la libertad á su patria ó morir en la empresa.

Este puñado de patriotas se embarcó en dos canoas, y desembarcó en el Arenal Grande. El jefe se llamaba Juan Antonio Lavalleja.

Estaban los sublevados en inteligencia con un propietario, que se había comprometido á proporcionarles caballos y municiones. En lugar de la ayuda con que contaban, recibieron los patriotas la mala nueva de que todo estaba descubierto, y que el gobierno se había incautado de los caballos. El propietario comprometido en la intentona aconsejó á Lavalleja que se embarcara de nuevo con sus compañeros, volviendo sin perder momento á Buenos Aires.

Pero Lavalleja respondió que había desembarcado para avanzar y no para retroceder. Despidió á los remeros y el 19 de abril los treinta y tres sublevados tomaron posesión del territorio de Montevideo en nombre de la libertad.

Al día siguiente, el diminuto ejército, ya provisto de caballos, que voluntariamente habíanles cedido los propietarios, marchaban resueltamente sobre la capital. En el camino encontraron los libertadores un destacamento de doscientos jinetes, de los cuales cuarenta eran brasileños y ciento sesenta uruguayos.

Esta tropa estaba mandada por su coronel Julio Laguna, que había sido compañero de Lavalleja. Pudo éste evitar el encuentro, pero en lugar de hacerlo, marchó resueltamente hacia los

Digitized by Google

doscientos jinetes, solicitando una entrevista con Laguna.

—¿Qué buscáis en Montevideo? preguntó Laguna, encarándose con los sublevados.

—Venimos, dijo Lavalleja, á libertar á nuestra patria de la dominación extranjera.

Si estáis conmigo sumáos á mis fuerzas, si sois contrarios preparáos á combatir ó rendid las armas.

—No entiendo qué quiere decir eso de rendir las armas, respondió Laguna, y confío que no habrá quién me lo dé á comprender.

—Entonces lucharemos y que Dios decida.

—Luchemos, replicó Laguna, y picando á su caballo fué á reunirse con sus soldados.

En el mismo momento Lavalleja desplegó la bandera nacional, y á su vista, los ciento sesenta uruguayos se pasaron al lado de los sublevados, después de hacer prisioneros á los brasileños.

La marcha de Lavalleja sobre Montevideo fué una verdadera marcha triunfal, y dió resultado porque la República Oriental, proclamada por la voluntad y el entusiasmo de todos, volviera á ocupar un puesto entre las naciones libres.

Digitized by Google

El tirano Rosas

I

Por aquel tiempo comenzó á darse á conocer un hombre, que algunos años después había de ser el terror de la federación argentina.

Poco tiempo después de iniciada la revolución de 1810, salía de Buenos Aires un joven de quince á diez y seis años, que cejijunto y á buen paso dejaba la ciudad para internarse en el campo.

Este joven llamábase Juan Manuel Rosas.

¿Por qué abandonaba este adolescente la casa en que había nacido? ¿Por qué dejaba la ciudad para ir á pedir abrigo á las gentes de la montaña?

Porque el que debía un día abofetear á la patria, acababa de abofetear á su madre.

Este suceso se olvidó muy pronto, porque acontecimientos más trascendentales reclamaron la atención de todos, y mientras los compañeros del fugitivo se agrupaban alrededor del estandarte de la independencia, para luchar contra los españoles, el muchaho huído perdíase en las pampas, donde vivió con los gauchos, adoptando sus costumbres, sus trajes y haciéndose uno de los mejores jinetes á la vez que uno de los hombres más hábiles en el manejo del lazo.

Rosas entró como peón en una estancia, luego fué capataz y más tarde mayordomo. En este último empleo se enriqueció y se hizo propietario. Las circunstancias hicieron de Rosas un gaucho, las circunstancias también hicieron de él un militar primero, más tarde, un dictador. Veamos cómo:

Digitized by Google

La milicia de Buenos Aires se había insurreccionado contra el gobernador Rodríguez. El 5 de octubre de 1820, entró en la ciudad un regimiento de las milicias rurales, *los colorados de las Conchas*, al mando de un coronel bien conocido en Buenos Aires.

Este coronel era Rosas.

Al día siguiente hubo un encuentro entre la milicia urbana y la rural; durante la lucha no se vió al coronel Rosas á la cabeza de su gente. Un violento dolor de muelas, que no cedió hasta que acabó la lucha, tuvo alejado providencialmente á Rosas del combate.

La milicia urbana fué vencida.

Hubo cambio político y Rivadavia, tomó las riendas del gobierno.

Era Rivadavia uno de esos hombres geniales, que salen á la superficie de las revoluciones en los días de tormenta. Había viajado por toda Europa, donde había adquirido vasta y profunda instrucción. Parecía animado del más ardiente y sobre todo, del más puro patriotismo; empero el detenido estudio que había hecho de las civilizaciones francesa é inglesa, inspiróle la desatentada idea de aplicar los mismos principios, las mismas leyes, de estas vetustas naciones, cansadas de pelear por la conquista de libertades y de derechos, á un pueblo nuevo, que desconocía las luchas sociales. Quiso acelerar la marcha del tiempo y hacer en América lo que Pedro el Grande había hecho en Rusia; pero como no tenía los mismos medios que Pedro, fracasó.

Ya hemos hablado de la guerra del Brasil comenzada en 1826. Para sostener esta guerra, Buenos Aires hizo sacrificios gigantescos, agotó su hacienda, debilitando los medios de gobernar. Como consecuencia, estallaron revoluciones.

Digitized by Google

Las gentes del campo, enemigas irreconciliables de los habitantes de la ciudad, se levantaron en armas, invadieron Buenos Aires é hicieron jefe del gobierno á Rosas. Esto ocurría en 1830.

El primer pensamiento del nuevo jefe, fué hacer olvidar sus hábitos de gaucho, y reconciliarse con la civilización; más la civilización le negó sus favores, y cuando tres años después, harto de ser blanco de la sátira de los porteños y fatigado de combatir contra todos, resignó el poder, llevaba el alma repleta de odio, el corazón saturado de hiel, y comprendiendo que no había alianza posible entre él y las gentes de la ciudad, volvióse en busca de sus fieles gauchos, á las estancias donde era señor, al campo, donde era rey.

Mas al salir de Buenos Aires no se dispidió de la ciudad para siempre, sino que se prometió volver un día de dictador, como Sila—de quien Rosas no conocía, probablemente ni aun el nombre—había entrado en Roma, con la espada en una mano, y en la otra la incendiaria tea.

Para logarar su objeto, pidió al gobierno una plaza en el ejército que iba á combatir á los indios salvajes y el gobierno, que temía á Rosas, creyó que concediéndole este favor alejaba el peligro. Le dió todas las tropas de que podía disponer, olvidando que al mismo tiempo que se debilitaba, fortalecía al vengativo y ambicioso Rosas.

Cuando éste se vió á la cabeza del ejército, provocó una revolución en Buenos Aires, se hizo llamar al poder, y para aceptarlo impuso cuantas condiciones quiso, entrando en la capital con *toda la suma del poder público.*

El gobierno que Rosas derribó, estaba presi-

Digitized by Google

dido por Juan Ramón Balcarce, uno de los hombres que más se habían distinguido en la guerra de la independencia, uno de los jefes del partido federal, del que Rosas se declaró decidido partidario. Balcarce era un corazón de oro; su amor á la patria rayaba en el fanatismo. Había creido en Rosas, á cuya elevación había contribuido eficazmente.

Balcarce, fué la primera víctima del dictador, Murió aquél en el destierro, y cuando su cadáver volvió á la patria, protegido por la muerte, Rosas negó á la familia tributar á Balcarce, no ya los honores públicos debidos á un hombre que había sido jefe del gobierno, sino los simples deberes fúnebres que se dedican á cualquier ciudadano.

En el año 1833 comenzó el verdadero poder de Rosas. En su primer gobierno, no había descubierto sus instintos crueles, que le han conquistado imperecedera y triste celebridad. Del primer período no quedaron otras páginas sangrientas que los fusilamientos de Montero y de los prisioneros de San Nicolás. Mas no olvidemos que á esta primera época corresponden también varias misteriosas é inesperadas muertes, de esas muertes que en los libros de la Historia se inscriben con letras rojas. Así desaparecieron dos jefes de las milicias rurales, cuya influencia podía hacer sombra á Rosas; en esta época murieron Arbolito y Molina.

Cuando Rosas ocupó el gobierno por vez segunda, en 1833, frisaba en los treinta y nueve años. Su aspecto era el de un europeo: cabellos rubios, tez blanca, ojos azules, las patillas cortadas á la altura de la boca y libres de pelos el labio superior y la barbilla. Su mirada sería expresiva, si se la pudiese juzgar; pero Rosas habíase habituado á no mirar cara á cara á sus

Digitized by Google

amigos ni á sus enemigos, porque sabía que en un amigo, hay casi siempre un enemigo disfrazado. Su voz era dulce, persuasiva, y cuando quería agradar, su conversación era amena y pintoresca. Gozaba, bien ganada fama, de astuto y de cobarde.

Sus distracciones eran brutales como todos sus instintos.

Uno de los primeros cuidados del dictador Rosas fué destruir la federación.

López, el fundador de la federación cayó enfermo: Rosas le hizo trasladarse á Buenos Aires y le alojó en su casa... López murió envenenado.

Poco después moría asesinado Quiroga, jefe de la federación.

Cullen, consejero de los federales, fué nombrado gobernador de Santa Fé. Rosas le improvisó una revolución, y Cullen, entregado á Rosas, por el gobernador de Santiago, fué fusilado.

Dediquemos algunas palabras á los hombres que acabamos de nombrar, y hagamos revivir por un momento sus espectros acusadores. Hay en todos estos hombres cierto dejo de salvajismo que merece ser conocido.

Hemos comenzado por el general López. Una sola anécdota dará idea al mismo tiempo de este jefe y de los hombres de su país y de su época.

López era gobernador de Santa Fé. En Entre-Ríos tenía un enemigo personal, el coronel Ovando, quien en una sublevación fué vencido y entregado como prisionero á López.

El general estaba almorzando. Recibió cortesmente á Ovando y le invitó á comer con él. Durante el almuerzo, conversaron como dos buenos amigos, sin hacer alusión alguna á los sucesos que habían sido ocasión de la entrevista.

Digitized by Google

Súbitamente, ya mediado el almuerzo, López preguntó á su prisionero:

—Coronel, si hubiera yo caido en su poder como usted ha caído en el mío, y me hubiesen presentado á usted mientras almorzaba, ¿qué habría hecho?

—Invitarle á mi mesa, como he sido yo invitado.

—¿Y acabado el almuerzo?

—Le hubiese mandado fusilar.

—Me place que opine usted así, porque eso mismo pienso hacer yo. Cuando acabemos de comer será usted fusilado.

—¿He de levantarme ya, ó puedo seguir comiendo?

—Sí, sí, coma usted, coronel; no tenemos prisa alguna.

Continuó el almuerzo, sirvióse el café y los licores y después de saboreado todo con calma, dijo el prisionero:

—Creo llegado el momento.

—Agradezco á usted que se haya adelantado á mis deseos, respondió López, quien hizo luego entrar á uno de sus oficiales de guardia para decirle:

—¿Está preparada la tropa?

—Sí, mi general.

Entonces, volviéndose á Ovando, le indicó la puerta cortesmente al propio tiempo que le decía:

—Adiós, coronel.

—Hasta la vista, respondió éste: en esta clase de luchas no es fácil llegar á viejo.

Y saludando militarmente, salió Ovando en seguimiento del oficial.

Cinco minutos después una descarga cerrada, hecha junto á la casa del general, anunciaba á éste, que el coronel Ovando había dejado de existir.

Digitized by Google

Pasemos á Quiroga.

Este es más conocido en Europa. Su reputación ha atravesado los mares, y hubo una época en que se usaron, sobre todo en Francia, capas á lo Quiroga y sombreros á lo Bolívar. Posible es que ni uno ni otro usaran jamás ni capas ni sombreros como los que sus admiradores adoptaron á dos mil leguas de América.

Quiroga, era como Rosas, hombre del campo. En su juventud había guerreado contra los españoles, siendo sargento de un regimiento de línea

Retirado á la Rioja, su país natal, se mezcló en política y se hizo el amo de su país. Quiroga llegó á ser la mejor espada del partido federal. Jamás hombre alguno, logró semejantes resultados por la sola aplicación de su valor personal. Su nombre llegó á ser un prestigio que valía por ejércitos enteros. Su táctica consistía en llamar sobre sí en medio del combate, la mayor suma de peligros, y cuando en lo más encarnizado de la lucha, lanzaba el grito de guerra, esgrimiendo la lanza, que era su arma predilecta, los hombres de más valor se extremecían de espanto.

Quiroga era cruel, ó por mejor decir, feroz, pero en su ferocidad había siempre algo de grandeza y de generosidad. Era feroz como el león, no como el tigre.

Cuando el coronel Pringles, uno de los más temibles enemigos de Quiroga, es hecho prisionero y asesinado, por uno de los soldados de Quiroga, el asesino, orgulloso de su acción, se presenta á su jefe, seguro de que se le dará una buena recompensa.

Quiroga le hace referir el crímen y cuando acaba le manda fusilar.

En otra ocasión, caen en poder de Quiroga

Digitized by Google

dos oficiales del bando enemigo. El general vencedor dice á los prisioneros que para salvar la vida han de servir á sus órdenes, abandonando su bandera.

Un oficial acepta; el otro rehusa.

—Está bien, dice al que ha aceptado, montemos á caballo y vamos á ver fusilar á tu compañero.

El traidor se apresura á obedecer, y por el camino conversa alegremente con el general, de quien ya se considera ayuda de campo, en tanto el condenado marcha tranquilamente á la muerte, escoltado por un piquete.

Ya en el lugar elegido para el suplicio, Quiroga ordena al oficial que se ha negado á traicionar á los suyos, que se arrodille para morir. El sentenciado obedece y los soldados preparan las armas.

—¡Apunten!—dice Quiroga, y cuando todos aguardan la voz de fuego, el general ordena al oficial que se levante y le dice:

—Eres un valiente, toma el caballo de tu compañero y vuelve con los tuyos.

El renegado se desmonta y pregunta con angustia:

—¿Y yo?

—Tú—le responde Quiroga—no necesitas caballo, porque vas á morir.

Y desoyendo las súplicas del indultado, que intercede por su compañero, fusila á éste.

Terminada la guerra entre los partidos unitario y federal, Quiroga hizo un viaje á las provincias del interior, y ya de regreso fué asaltado en Barrancallao, por unos treinta asesinos que hicieron fuego sobre el coche. Quiroga, que iba enfermo y acostado, recibió un balazo en el pecho. Aunque herido mortalmente, se levantó y pálido y ensangrentado, abrió la portezuela.

Digitized by Google

Al ver al héroe en pie, los asesinos huyeron. Pero Santos Pérez, su jefe, se acercó á Quiroga, y como éste había caído de rodillas moribundo, le apuñaló.

Entonces los asesinos rodearon al general rematando la obra comenzada.

El asesinato fué preparado por los hermanos Benafé de acuerdo con Rosas. Pero éste había tenido cuidado de operar en la sombra, con tanta habilidad, que aparentando después ser el primero en lamentar la muerte de Quiroga, quiso vengarla fusilando á los asesinos, eficaz medio para asegurar su silencio.

Queda Cullen, español, gran amigo de López, y su hombre de confianza mientras éste gobernó en la provincia de Santa Fé.

Cuando en los días aciagos, Rosas emigró á Santa Fé, recibió de Cullen, toda clase de servicios. Pero estos no bastaron para que Rosas olvidase que Cullen era uno de los hombres que querían poner fin á la tiranía en la Argentina. No obstante, el dictador supo ocultar sus pensamientos bajo las apariencias de una franca amistad.

Muerto López, fué nombrado Cullen gobernador de Santa Fé, consagrándose á mejorar la administración de la provincia. El nuevo gobernador hizo pública demostración de sus simpatías á Francia, y en esto tomó pretexto Rosas para preparar una revolución que apoyó públicamente.

Vencido Cullen, se refugió en la provincia de Santiago del Estero, que gobernaba su amigo Ibarra. Rosas, que aunque luchaba contra la federación, había ya declarado á Cullen *salvaje unitario*, entabló negociaciones con Ibarra á fin de que le entregasen la persona de Cullen.

Mostró Ibarra alguna repugnancia á entregar

Digitized by Google

al enemigo fugitivo, pero al fin cedió, y Cullen fué detenido y enviado á Rosas.

Al saber éste que se le llevaba á Cullen cautivo, envió la órden de que se le fusilara en el camino, *porque,* decía en una carta que envió al nuevo gobernador de Santa Fé, *el proceso de Cullen está ya sentenciado por sus crímenes de todos conocidos.*

Cullen era hombre de trato agradable, y un gran corazón. Su influencia sobre López, empleóla siempre, en apartarle de la crueldad.

La astucia, la felonía y la ferocidad sirvieron á Rosas para deshacerse de todos los jefes del partido federal, quedando así convertido en el único personaje importante de la República y en dueño absoluto de Buenos Aires.

Entonces creyó llegado el dictador el ansiado momento de tomar venganza de las clases ilustradas que siempre le habían mirado con desprecio.

Para abrir la puerta á todos los odios á todas las represalias proclamó este principio terrible.

«Quien no está conmigo está contra mí.»

Desde entonces todo el que no fué grato al dictador, fué tenido por *salvaje unitario,* y aquel á quien Rosas aplicó una vez este nombre, no tenía derecho ni á la libertad, ni á la propiedad, ni á la vida ni al honor.

Para poner en práctica las teorías de Rosas, se organizó bajo sus auspicios la famosa sociedad de *Mas-Horca,* compuesta de todos los más abyecto de Buenos Aires, de la hez de la sociedad.

Protectores más ó menos encubiertos de esta sociedad eran, por orden superior, el jefe de policía, los jueces de paz, en una palabra cuantos debían velar por el mantenimiento del orden público. De suerte que cuando los miembros

Digitized by Google

de la *Mas-Horca* forzaban la casa de un ciudadano, para asesinar á los dueños ó para entrar á saco, era inútil que el amenazado pidiese auxilio, pues nadie acudiría á evitar las violencias de que era víctima. Y cuenta que estas violencias se repetían á diario, así de día como de noche.

Al mismo tiempo que las personas de alguna significación eran víctimas de estos atropellos, se enviaban á las prisiones los presos á centenares. Nadie conocía el crímen que motivaba su detención, y era inútil tratar de averiguarlo, porque bastaba con que Rosas lo conociera. Igualmente se consideraba inútil que los tribunales perdiesen tiempo en conocer de las causas y sentenciar los procesos, y como era preciso, vaciar las cárceles para encerrar en ellas á los presos nuevos, hacíase hueco con ayuda de numerosos fusilamientos.

Estas matanzas se verificaban de noche y súbitamente despertábase la población sobresaltada al ruido de las descargas.

Y al amanecer de cada día veíase á los carreteros de la policía recoger tranquilamente en las calles los cuerpos de los asesinados, é ir después á las prisiones en busca de los cuerpos de los fusilados. Unos y otros cadáveres eran después arrojados en siniestra confusión en una fosa, á la que no se dejaba llegar á los deudos de las víctimas.

No era esto todo: los carreteros que conducían estos restos deplorables, anunciaban su llegada con gritos salvajes y atroces bromas que obligaban á los vecinos á cerrar las puertas y ventanas espantados; más de una vez se vió separar las cabezas de los troncos, llenar con las cabezas grandes cestos, y ofrecerlas á los tran-

Digitized by Google

seuntes con el grito habitual de los vendedores de frutas:

—¡Sabrosos melocotones unitarios! ¿quién quiere melocotones unitarios?

Muy pronto el cálculo se unió á la barbarie; la confiscación á la muerte.

Rosas comprendió que el medio de conservar su poder era crear á su alrededor intereses inseparables de los suyos.

En su crueldad llegó Rosas á donde no había osado jamás llegar tirano alguno: después de matar al padre, prohibió al hijo que vistiera de luto. La ley que contenía esta prohibición fué proclamada en sazón muy oportuna, pues sin ella no se hubiesen visto en Buenos Aires sino gentes enlutadas.

Los excesos del despotismo alcanzaron á algunos extrajeros, entre otros á algunos franceses. Esto dió lugar al primer bloqueo ordenado por Luis Felipe.

Las clases tan maltratadas por Rosas, comenzaron á huir de Buenos Aires y para hallar un *refugio* dirigiéronse al Estado Oriental.

En vano la policía de Rosas redobló la vigilancia, en vano fué que una ley castigara con la pena de muerte á los emigrados, en vano que á esta muerte se unieran detalles atroces; porque Rosas vió muy luego que la muerte no bastaba. El terror y el odio que inspiraba Rosas eran más fuertes que los medios por él inventados, y la emigración fué aumentando de hora en hora, de minuto en minuto.

Para realizar la fuga de una familia no había otra dificultad que la de hallar una barca suficientemente grande; encontrada ésta, metíanse en ella acelerada y confusamente el padre, la madre, los hijos, los hermanos y se alejaban abandonando casa y fortuna. Diariamente llegaban

Digitized by Google

á Montevideo varias de estas barcas con pasajeros que no tenían otros bienes que las ropas que llevaban puestas.

Ni uno sólo de los emigrados tuvo motivos para arrepentirse de la confianza que había puesto en la hospitalidad del pueblo oriental.

Los argentinos llegaban á centenares y desembarcaban; los habitantes de Montevideo, aguardaban en el puerto y á medida que iban llegando, brindaban alojamiento á los emigrados que podían recibir y alimentar.

Los hombres de más valía de la Argentina se salvaron en la emigración de las crueldades del tirano Rosas.

Lavalle, la mejor espada del ejército de su país; Florencio Varela, su mejor talento; Agüero, uno de sus primeros hombres de Estado; Echaverría, el inspirado poeta; La Vega, el Cid de los Andes; Gutiérrez, el afortunado cantor de las glorias nacionales; Alsina el gran abogado, figuraron en el número de los emigrados, así como los acaudalados propietarios Saenz, Valiente, Molino, Torres, Ramos, Mejía y como Rodríguez el general de los batallones de la independencia y de los ejércitos unitarios. También tuvo que salir huído de su patria Olazabal, uno de los más bravos oficiales del ejército de los Andes, del que hemos dicho que La Vega, era el Cid.

Había gente de todos los partidos, porque el tirano perseguía con igual saña al unitario y al federal, animado por una sola idea: destruir todo lo que pudiera ser un obstáculo á su dictadura.

A la hospitalidad que Montevideo ofrecía á los perseguidos por el dictador, se ha de atribuir la causa del odio que Rosas tenía al Estado Oriental, gobernado en la época que historiamos

Digitized by Google

por el general Fructuoso Rivera, hombre del campo, como Rosas y como Quiroga. Por fortuna para Rivera, su semejanza con el cruel dictador de Buenos Aires, no pasaba de haber, como él, pasado entre gente del campo los mejores años de la juventud.

II

La presidencia de Rivera terminó en 1834, sucediéndole el general Oribe, en quien el presidente que cesaba creyó tener un amigo y un continuador de su sistema.

Oribe pertenecía á las primeras familias de su país, y era hombre de carácter debil y de escaso talento. Esto explica su inteligencia con Rosas, al que se sometió por completo, sin pensar que esta alianza pondría en peligro la independencia porque el mismo Oribe había luchado.

Como general, su incapacidad era completa. Sus pasiones tenían la violencia de los organismos nerviosos, y le llevaban á la crueldad.

Como administrador, fué más económico que Rivera y aunque en justicia no se le puede reprochar haber aumentado el déficit del tesoro público, se le hizo responsable de la ruina del Estado Oriental.

Olvidando que para ser jefe de partido no basta con quererlo ser, negóse á seguir unido al gran partido nacional, de que era jefe Rivera. Quiso formar un partido, excitó la desconfianza del país, y espantado de su debilidad se echó en los brazos de Rosas.

Aunque el trato fué secreto, el país conocía esta alianza en la sorda hostilidad del gobierno contra la emigración argentina, y como nada era tan opuesto á la opinión del país como el sis-

Digitized by Google

tema de Rosas, la nación entera se declaró por Rivera el día en que éste se puso, en 1836, á la cabeza de una revolución contra Oribe.

Sin embargo, Oribe supo luchar contra todos, hasta el año 1838, en que dejó la presidencia en virtud de una renuncia hecha oficialmente ante las Cámaras, á las que después pidió permiso para salir del país.

Ya en la emigración, Rosas obligó á Oribe á protestar contra esta renuncia, y, cosa jamás vista en América, le reconoció como jefe del gobierno de un país, de donde en realidad había sido expulsado.

En Montevideo causó risa la excentricidad del dictador de Buenos Aires. Empero, mientras los uruguayos reían, Rosas se preparaba para cambiar en lágrimas las risas.

La consecuencia natural de la conducta de Rosas fué la guerra entre las dos naciones.

Esta guerra fué terrible.

Oribe fué á la vez general y verdugo; el cruel Rosas no pudo encontrar un aliado mejor.

Hora es ya de poner fin á estas páginas de horrores; alejémonos con conmiseración y con repugnancia del tirano Rosas, refiriendo como remate dos ó tres hechos de su vida que aunque hubiésemos callado otros, bastarían para dar idea de quien fué aquella hiena á quien, infaustos sucesos, llevaron á ocupar el primer puesto en un pueblo, que cuando esperó ser libre, cayó en la más odiosa esclavitud, en la más terrible tiranía.

Aprended quien era Rosas y aprended á aborrecer en él á los tiranos.

Los soldados del dictador, matan al coronel Zelallaran y llevan su cabeza ensangrentada á Rosas.

Este pasa tres horas dando puntapiés á la

Digitized by Google

cabeza y escupiendo sobre ella. Cuando el tirano se empieza á cansar de esta siniestra diversión, se le anuncia que entre los prisioneros está un hermano del coronel decapitado. El primer pensamiento de Rosas es ordenar que se fusile al preso, pero pensándolo mejor, decide someterle á cruel tortura, y ordena que se le sujete junto á una mesa y que en ella se ponga la cabeza por Rosas escupida y pisoteada.

Rosas hace fusilar en la plaza de San Nicolás, á varios prisioneros cogidos al general Paz.

Entre ellos está el coronel Vedela, exgobernador de San Luis. En el momento del suplicio, el hijo del condenado se echa en los brazos de su padre para darle el postrero adiós.

—Fusilad á los dos, grita Rosas.

Y padre é hijo caen fuertemente abrazados, muertos por una sola descarga.

Camila O'Gorman, joven de diez y ocho años, perteneciente á una de las principales familias de Buenos Aires, es seducida por un sacerdote de venticuatro años. Abandonan la capital y se refugian en una aldea de Corrientes, donde establecen una escuela.

Corrientes cae en poder de Rosas y el sacerdote y su amante son apresados y conducidos á Buenos Aires, donde Rosas ordena que sean fusilados sin formación de causa.

Alguien hace observar á Rosas que Camila está en cinta de ocho meses.

—Que bauticen el vientre, responde Rosas, quien, como buen cristiano, quiere salvar el alma del hijo.

Se bautiza el vientre y Camila es fusilada.

Tres balas atravesaron los brazos de la desdichada joven, que por un movimiento instinti-

Digitized by Google

vo habíalos extendido para proteger al hijo que en las entrañas llevaba.

Pues bien, para combatir al tirano Rosas, para luchar contra Oribe se preparaba Garibaldi á su regreso de Río Grande.

Comparad los dos bandos que se aperciban á la lucha.

En un lado Rosas y Oribe, es decir la fuerza, la riqueza, el poder, amparando todas las crueldades, defendiendo todos los despotismos.

En el otro, una pobre y pequeña república, una ciudad desmantelada, un Tesoro exhausto, un pueblo sin recursos, que no podía pagar á sus defensores, prontos á dar la vida por la libertad.

Garibaldi no vaciló: fué derecho á unirse al pueblo, á luchar por la libertad.

Cedámosle de nuevo la palabra para que nos hable de sus luchas durante el sitio encarnizado, que duró nueve años, como el de Troya.

Digitized by Google

Lucha entre Buenos Aires y Montevideo

I

El verdadero motivo de la expedición á Corrientes, no era llevar socorros á los habitantes de aquella población, el verdadero motivo era desembarazarse de mí.

¿Cómo siendo yo tan poca cosa, tenía ya enemigos tan poderosos? Secreto es este que jamás he podido descubrir.

Al entrar yo en el río, el ejército oriental se encontraba en San José, en el Uruguay, y el de Oribe en la Boyada, capital de la provincia de Entre-Ríos. Los dos se preparaban á la lucha. El ejército de Corrientes, por su parte, se disponía á reunirse con las fuerzas imperiales.

Yo debía remontar el Paraná hasta Corrientes, es decir hasta la distancia de seiscientas millas, navegando entre dos orillas ocupadas por enemigos y llevando en mi seguimiento una escuadra rival cuatro veces más fuerte que la mía.

Durante todo el trayecto yo no podía fondear más que en las islas ó en playas desiertas.

Cuando salí de Montevideo, llevaba cien probabilidades contra una de perecer en el camino.

Al comenzar el viaje tuve que sostener un combate contra la batería de Martín-García, isla situada cerca de la confluencia de los ríos Uruguay y Paraná. Tuve algunos muertos, entre ellos, un bravo oficial italiano llamado Pocaroba, á quien una bala de cañón destrozó horriblemente la cabeza.

El enemigo me hizo además ocho ó diez heridos.

A tres millas de la isla Martín-García, em-

Digitized by Google

barrancó la *Constitución*, y, desgraciadamente ocurrió el accidente durante la baja mar. Nos costó grandes esfuerzos poner á flote la embarcación. Gracias á la mucha resolución y energía de todos, oficiales y marineros, no perdimos en aquella circunstancia nuestra flotilla.

Cuando estábamos ocupados en trasbordar los objetos de peso á la *Procida*, apareció la escuadra enemiga, compuesta de siete barcos, avanzando á todo trapo y con viento favorable, sobre nosotros. La *Constitución* estaba enfangada cerca de tres pies, privada de sus principales cañones, hacinados sobre la *Procida*. Las dos quedaban completamente inutilizadas para el combate. No estaba dispuesto más que el bergantín *Teresia*, cuyo bravo comandante se encontraba á mi lado ayudándonos en nuestro trabajo, con la mayor parte de la tripulación.

En tanto el enemigo avanzaba sobre nosotros, animado por las aclamaciones de las tropas de la isla, cierto de la victoria que le aseguraban sus siete navíos de guerra.

A pesar del inminente peligro en que me hallaba, no me dejé arrebatar por la desesperación. En las ocasiones supremas no he desconfiado jamás; pero juzguen los lectores, juzguen sobre todo los marinos, cuál era mi situación.

No se trataba sólo de la vida, á la que yo hubiera renunciado gozoso en aquellos momentos; se trataba de algo de más precio y más caro para mí: el honor.

Cuanto más pensaba que las gentes que de intento me habían puesto en tan apurado trance, para que en el perdiera mi reputación, darían ya su cobarde obra por acabada, más me resolvía á jugarme el todo por el todo, para salir del riesgo antes muerto que con tacha.

No siendo posible evitar el combate, resolví

Digitized by Google

entrar en él con las mejores condiciones posibles.

Como mis barcos eran de mucho menor calado que los del enemigo, los aproximé lo más posible á la costa, para estar en condiciones de desembarcar cuando todo estuviera perdido en el río. Hice desembarazar el puente de la goleta, para utilizar algunos cañones, y aguardé la acometida.

La escuadra que iba á atacarme estaba mandada por el almirante Brown, que era, sin disputa, uno de los más bravos marinos del mundo.

El combate se prolongó tres días, sin que en este tiempo juzgara el enemigo oportuno intentar el abordaje.

En la mañana del tercer día, tenía aún pólvora, pero había agotado los proyectiles.

Hice romper las cadenas de mis barcos, reuní los clavos, los martillos, todos aquellos objetos de cobre ó de hierro que podían reemplazar á las balas y á la metralla y seguí tiroteando al enemigo, hasta que al anochecer, no teniendo un sólo proyectil á bordo, habiendo perdido más de la mitad de mi gente, hice incendiar mis barcos, y bajo el nutrido cañoneo del enemigo, desembarcamos llevando al brazo los fusiles, y en las cananas los pocos cartuchos que nos quedaban.

Los heridos transportables fueron desembarcados también. Los otros... ya he dicho en otro lugar como obrábamos en tan graves circunstancias.

El desembarco lo hicimos á ciento cincuenta ó doscientas millas de Montevideo y en territorio enemigo.

Viéndonos en tierra la guarnición de la isla de Martín-García, trató de molestarnos, pero enardecidos aún por la lucha que habíamos sosteni-

Digitized by Google

do contra el almirante Brown, respondimos de tal modo que se nos dejó luego en paz.

Entonces huímos á través del desierto, alimentándonos con las escasas provisiones que habíamos sacado de los barcos y con lo que hallábamos en el camino.

Los orientales acababan de perder la batalla de Arroyo Grande. Nos unimos á los fugitivos, y poniéndome á su cabeza, volvimos á entrar en Montevideo, después de cinco ó seis días de lucha, de privaciones, de sufrimientos de toda clase, que resistí sacando intacto el honor. que alguién creyó torpemente que iba á dejar en tan desdichada aventura.

Este combate, y algunos otros, que sostuve contra el almirante Brown, dejáronle tan buena impresión de mí, que cuando, luego de abandonar el servicio de Rosas, llegó á Montevideo, quiso conocerme antes de ir á abrazar á su familia.

Corrió á mi casa y se arrojó en mis brazos abrazándome y besándome como pudiera haberlo hecho un padre con su hijo. El excelente hombre no cesaba de estrecharme contra su pecho y de testimoniarme sus simpatía.

Después, cuando hubo desfogado su entusiasmo, volvióse á Anita para decirle:

—Señora, durante mucho tiempo he combatido contra su esposo sin éxito. Tenía gran empeño en vencerle y hacerle mi prisionero; mas siempre ha logrado resistirme y escaparse de entre mis manos. Si hubiese tenido la suerte de cogerle, le hubiera tratado de modo que no le habría quedado duda del aprecio en que le tengo.

Refiero esta anécdota porque aun honra más al almirante que á mí.

Digitized by Google

II

Después de la victoria de Arroyo Grande, Oribe marchó sobre Montevideo, declarando que ni los extranjeros escaparían de su venganza.

Sin duda para probar que no eran vanas amenazas estos anuncios, á cuantos halló en su camino les dió muerte.

Como en aquella época había en Montevideo muchos italianos, negociantes los unos, proscritos otros, publiqué una proclama, en la que invitaba á mis compatricios á tomar las armas y formar una legión, para combatir en favor del pueblo que nos había dado generosa hospitalidad.

Por aquel tiempo Rivera, reunía los restos de su ejército.

Los franceses y los españoles formaron también sendas legiones. Pero cuatro meses después de su formación, la legión española, compuesta en gran parte de carlistas, se pasó al enemigo, convirtiéndose en la principal fuerza de ataque, así como la legión italiana fué la principal fuerza de defensa.

La legión italiana no tenía paga, sino solamente ración de pan, vino, sal y aceite; pero acabada la guerra debía darse á los supervivientes, á las viudas y á los huérfanos tierras cultivables y ganados.

La primera legión se formó con unos quinientos hombres, á los que luego se fueron sumando italianos proscritos, que llegaban á América con el proyecto de hacer fortuna, y que al ver el mal estado de los negocios, se apresuraban á engrosar nuestras filas.

Dividióse al principio la legión en tres batallones que mandaban Danunzio, Ramella y Mancini.

Oribe tuvo noticia de todos estos preparati-

Digitized by Google

vos, y aunque siguió su marcha sobre Montevideo, acampó en el Cerrito. Si se hubiera resuelto á entrar súbitamente, es posible que no hubiera encontrado grande resistencia, pues no había nada bien preparado para resistirle. Pero creyendo Oribe que contaba con grandes partidarios, esperó á que éstos hicieran alguna demostración, y como ésta fué esperada inútilmente, tuvo Montevideo tiempo para organizar la defensa

Oribe quedó á una legua de la capital, con doce ó catorce mil hombres.

Montevideo pudo oponerle al cabo de algún tiempo, nueve mil hombres, de los que cinco mil eran negros manumisos, que se batieron como bravos.

Cuando Oribe perdió las esperanzas de entrar amistosamente en Montevideo, se fortificó en el Cerrito y comenzaron las escaramuzas.

También Montevideo se preparó bien á la defensa, bajo la dirección del ingeniero Echevarría, director de nuestras fortificaciones.

De la dirección general de las tropas encargóse el general Paz.

Joaquín Suárez era Presidente y ministro de la Guerra Pacheco y Obes.

El general Paz salió luego para unir á la causa de la capital á Corrientes y Entre-Ríos.

La primera vez que la legión italiana salió en busca del enemigo, jugó un papel desairado, pues, bien por culpa de los jefes, bien por la de los soldados, es lo cierto que regresó á Montevideo muerta de pánico y sin haber disparado un sólo tiro.

Obligué á uno de los jefes á presentar la dimisión, dirigí una calurosa alocución á los italianos y escribí por segunda vez á Anzani, ro-

Digitized by Google

gándole que dejara el comercio para venir á luchar.

Este excelente amigo entró en Montevideo en los primeros días de julio.

Con él todo tomó fuerza y vida. Su primer cuidado fué organizar la administración, que era verdaderamente desastrosa.

Con grandes trabajos, conseguimos organizar también una flotilla, cuyo mando se me dió. Mancini encargóse de la dirección de los legionarios.

La flotilla estaba en comunicación por el río, con el Cerro, que estaba en poder de los defensores de Montevideo; á pesar de estar más retirado de la capital que el Cerrito, de que eran dueños los sitiadores.

Antes de que se organizara la defensa, la escuadra del almirante Brown había hecho una tentativa sobre el Cerro y sobre la isla de los Patos. Durante tres días defendí la isla y la fortaleza, obligando al almirante á retirarse con grandes pérdidas.

Ya he dicho que con la llegada de Anzani, terminaron las concusiones de los administradores de la legión. La severidad de mi amigo causó enojo y se formó un complot que tenía por objeto asesinarnos á Anzani y á mí, para después vender la legión al enemigo.

Anzani tuvo conocimiento del plan y viendo los conjurados que no había de serles fácil realizar su intento, idearon otra felonía, y una mañana en que la legión estaba en las avanzadas, pasáronse al ennemigo veinte oficiales y cincuenta soldados.

Los soldados, volvieron poco á poco y uno á uno, y la legión, ya purgada de traidores, quedó en disposición de luchar con gloria.

Digitized by Google

Anzani, el general Pacheco y yo arengamos á las tropas.

Cuatro días después de la primera salida de la legión italiana, que, como llevo dicho, acabó en ridícula retirada, quise rehabilitar á mis hombres y les propuse una expedición, que fué aceptada. Se trataba de atacar á las tropas que Oribe tenía apostadas delante del Cerro.

Embarqué á los legionarios en nuestra escuadrilla y desembarcamos en el Cerro, donde nos pusimos á la cabeza de la legión Pacheco y yo.

El enemigo fué atacado á las dos de la tarde, y á las cinco huía á la desbandada.

La legión, compuesta de cuatrocientos hombres, combatió contra un batallón de seiscientos.

Pacheco combatía á caballo; yo unas veces á pie, otras á caballo, según las necesidades.

Matamos ciento cincuenta hombres al enemigo y le hicimos doscientos prisioneros. Nosotros no tuvimos sino seis muertos, y unos doce heridos, entre estos un oficial llamado Ferrucci, al que fué preciso amputar una pierna.

Entramos triunfantes en Montevideo. En la mañana del siguiente día, Pacheco reunió á los legionarios, elogió su comportamiento y regaló un fusil de honor al sargento Loreto.

El combate se libró el 28 de marzo de 1843.

Aquella acción devolvióme la perdida tranquilidad; la legión había recibido el bautismo de sangre.

En el mes de mayo se bendijo la bandera.

Era de tela negra, y se había pintado en ella el Vesubio. Era el emblema de Italia y de las revoluciones que encerraba en su seno. Se encomendó su custodia á Sacchi, un joven de veinte años que se había batido admirablemente en el Cerro.

Digitized by Google

III

El 17 de noviembre del mismo año, la legión italiana estaba de servicio en las avanzadas. Yo estaba con los legionarios.

Después del almuerzo, el coronel Negro, de Montevideo, montó á caballo, y fué á recorrer la línea, con algunos hombres.

El enemigo hizo fuego, y el coronel cayó mortalmente herido del caballo.

Al verle caer el enemigo, cargó y se apoderó de su cuerpo.

Tan luego como se me notificó este suceso, ordené á cien legionarios que me siguieran y ataqué al enemigo, para rescatar al bravo coronel, lo que logré después de reñida lucha.

Ya nos retirábamos, cuando el enemigo reforzado, cayó sobre nosotros con tanta furia que me ví materialmente envuelto. Los legionarios vinieron en mi ayuda y exaltados por mis voces, persiguieron al adversario en sus mismas posiciones, en las que se tomaron varias baterías.

Reforzadas de nuevo las tropas de Oribe, cayeron en masa sobre nosotros entablándose un combate que duró ocho horas.

Se nos obligó á abandonar las posiciones tomadas en la primera acometida; pero hicimos sufrir á Oribe enormes pérdidas, y regresamos á Montevideo seguros de nuestra superioridad sobre el enemigo.

Tuvimos sesenta bajas entre muertos y heridos.

Yo me arrojé á pelear como un simple soldado y no ví nada de lo que pasó á mi alrededor.

Pero enmedio de la lucha, distinguí á Anzani, combatiendo con su calma ordinaria, y á él recurrí para que me diera los nombres de los que se habían distinguido.

Estos dos combates dieron á los legionarios

Digitized by Google

tal influencia sobre los soldados de Oribe, que cuando los veían cargar á la bayoneta se ponían en fuga.

Por este tiempo, Rivera había logrado reunir un cuerpo de cinco ó seis mil hombres, con los cuales salió á combatir.

Oribe envió contra Rivera, una parte de sus fuerzas, de la que dió el mando á Urquiza, al que ordenó que atacara resueltamente á las tropas de Montevideo.

IV.

Enterado el general Paz del fraccionamiento de las fuerzas de Oribe, resolvió atacar á las tropas que acampaban en el Cerrito, y que nosotros calculamos en unos mil ochocientos hombres.

Salimos de Montevideo el 23 de abril de 1844 á las diez de la noche.

Nuestro plan era el siguiente:

Atacar con parte de nuestras fuerzas las que el enemigo tenía cerca del Cerro; viendo este ataque, Oribe enviaría refuerzos al Cerro, y debilitaría aún más la guarnición del Cerrito. Entonces, el grueso de nuestras tropas atacarían al enemigo en su propio campamento.

Caminamos por la costa y atravesamos el Arroyo-Seco, en el que, á pesar de su nombre, nos calamos hasta los hombros. Después entramos en la llanura y dimos la vuelta al campamento.

Marchábamos con tal precaución que no despertamos la menor alarma.

Por fin descubrimos las avanzadas del enemigo.

La guarnición del Cerro debía hacer una salida para secundar nuestro ataque. Entre los dos oficiales que mandaban á las tropas del Cerro

Digitized by Google

suscitóse una discusión sobre á cuál de ellos correspondía dirigir la salida. Esta discusión dió al traste con nuestro proyecto, pues cuando quisimos atacar á Oribe, cargó éste con todas sus fuerzas, cogiéndonos entre dos fuegos y obligándonos á refugiarnos en el Cerro.

Yo tomé el mando de la retaguardia, á fin de sostener esta retirada lo más vigorosamente que me fuera posible.

Entre nosotros y el Cerro había una especie de ría fangosa llamada la Boyada. Era preciso atraversarla hundiéndose en el lodo hasta el vientre.

Para dificultar el paso, el enemigo había establecido en un montículo una batería de cuatro piezas, que comenzaron á hacer fuego en el momento en que llegaron nuestros hombres á la Boyada.

Mis legionarios, cada vez más aguerridos, no hicieron de aquella destructora lluvia de metralla, mucho más caso del que hubieran hecho de un chaparrón de verano.

El combate duró seis horas durante las cuales se hicieron prodigios de valor.

Peleaba por la causa de Montevideo un inglés, al que Pacheco había dado carta blanca para hacer todo aquello que el creyera útil á la República. Le llamábamos Samuel, y no sé si era este su verdadero nombre. No he visto un hombre más bravo.

Había reunido unos cincuenta ó sesenta hombres, á cuya cabeza salió con nosotros de Montevideo.

Después del paso de la Boyada, víle llegar sólo con un ordenanza.

—Samuel—le pregunté—¿y sus hombres?

—¿Mis hombres?—gritó—¡no descuide usted á los suyos!

Digitized by Google

Ni uno sólo se había salvado ; todos habían muerto peleando como leones.

En una orden del general Paz se elogiaba el comportamiento de la legión italiana, á la que hizo el enemigo setenta bajas.

Entramos en Montevideo por el Cerro.

Samuel se dedicó sin pérdida de tiempo á formar un nuevo cuerpo.

V

El 30 de enero de 1845, el general Rivera, maravillado del comportamiento de la legión italiana en el Cerro y en el paso de la Boyada, me escribió la carta siguiente:

«Sr. D. José Garibaldi
Muy Sr. mio:

«Cuando en el año anterior hice donación á la honorable legión francesa de cierta cantidad de tierra, que como habrá V. sabido por los periódicos, fué aceptada, esperaba que el azar llevase á mi cuartel general á algún oficial de la legión italiana, para que se me ofreciera ocasión de satisfacer un ardiente deseo de mi corazón, probando á sus legionarios en cuanto estimo los importantes servicios que llevan prestados á la República, en la guerra que sostenemos contra el ejército de invasión de Buenos Aires.

«Para no diferir por más tiempo esto que considero como cumplimiento de un deber sagrado, hago por la presente, con el mayor placer, acto de donación á la valerosa legión italiana, como sincera prenda de mi reconocimiento personal, por los eminentes servicios prestados por ese cuerpo á mi país.

«El donativo, no es tal como corresponde ni

Digitized by Google

á los servicios ni á mis deseos; mas confío que no se negará V. á ofrecérselo en mi nombre á sus compañeros, al propio tiempo que se hace intérprete de mi agradecimiento, tanto para con ellos, como para V., que tan dignamente los dirige, y que ya en otro tiempo había conquistado, ayudando á nuestra República, incontestable derecho á nuestro reconocimiento.

«Aprovecho esta ocasión, coronel, para testimoniarle una vez más mi consideración y mi aprecio.

Fructuoso Rivera.»

Se ha de advertir que este excelente patriota nos hacía donación, no de tierras de la República, sino de su propio patrimonio.

A la carta transcrita respondí con la siguiente:

«Excelencia:

«El coronel Parrodi, me ha entregado en presencia de todos los oficiales de la legión italiana, vuestra carta, fecha 30 de enero, y con ella un acta por la cual habéis hecho espontánea donación á mis legionarios de una porción de las tierras de vuestra propiedad, compredidas entre el Arroyo de las Arenas y Arroyo Grande, al Norte del rio Negro, así como de los ganados y haciendas existentes en aquel terreno.

«Decís en la carta que con esta donación tratáis de remunerar nuestros servicios á la República.

«Los oficiales italianos, luego de conocer vuestra carta, han declarado por unanimidad, en nombre de la legión, que al pedir armas y ofrecer sus servicios á la República, no aspiraron á recibir otro premio que el honor de compartir los peligros que amenazan á los hijos del país

Digitized by Google

que les había dado hospitalidad. Al obrar como lo han hecho no obedecían sino á la voz de su conciencia.

«Habiendo satisfecho lo que consideraban únicamente como cumplimiento de un deber, continuarán, mientras las necesidades del sitio lo exijan, compartiendo las penas y los peligros de los nobles hijos de Montevideo, sin aspirar á otro galardón ni á mejores recompensas.

«Tengo el honor de comunicaros la respuesta de la legión, con cuyos sentimientos, y principios concuerdan en absoluto los míos.

«En consecuencia, os devuelvo el original del acta de donación.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

José Garibaldi.»

Los italianos siguieron sirviendo á la República, sin retribución alguna. Cuando un legionario tenía necesidad absoluta de dinero, ofrecía sus servicios á algún comerciante de la plaza.

VI

Ya he dicho cual era el proyecto del general Paz, el día en que atacamos al enemigo en el Cerro.

Si no hubiera fracasado el plan, hubiese cambiado por completo la faz de las cosas, y probablemente Oribe se habría visto obligado á levantar el sitio.

No fué así y volvimos á prestar servicio en las avanzadas, que poco á poco fuimos fortificando, hasta que logramos montar una línea de baterías casi tan importante como las del enemigo.

Mientras se hacían estos preparativos, el ge-

Digitized by Google

neral Paz salió de Montevideo para ir á dirigir la insurrección de la provincia de Corrientes, ayudando la causa nacional, al procurar que se dividieran las fuerzas de Urquiza.

La impaciencia de Rivera fué esta vez causa de que cayeran por tierra los bien combinados planes del general Paz.

Desoyendo Rivera los prudentes consejos que se le dieron, aceptó una batalla decisiva y fué completamente derrotado en los campos de la India-Muerta.

El enemigo nos hizo dos mil prisioneros, tal vez más, que fueron ahorcados, muertos á tiros ó decapitados, contra todas las leyes de la humanidad y de la guerra.

El general Rivera, con algunos de sus hombres, ganó la frontera del Brasil, y como causante de este inmenso desastre, fué desterrado por el gobierno.

Perdida la batalla de India-Muerta, Montevideo, quedó reducido á mantenerse á la defensiva.

Encargóse del mando de la guarnición el coronel Correa, pero en realidad del cuidado superior de la defensa nos encargamos Pacheco y yo.

Después de esta desastrosa batalla, algunos de nuestros jefes, lograron reunir pequeños grupos de soldados dispersos é hicieron con ellos guerra de guerrillas en los lugares en que el terreno favorecía este género de luchas.

El general Llanos reunió unos doscientos hombres que pasaron á reforzar la guarnición de Montevideo.

Animado Pacheco con este refuerzo, decidió intentar un golpe de mano.

En la noche del 27 de mayo de 1845 embarcamos en Montevideo los legionarios, y algunas

Digitized by Google

otras fuerzas restadas á los del Cerro. Nos apostamos en un ruinoso polvorín abandonado.

A la mañana siguiente salió la caballería del general Llanos, protegida por la infantería, para atacar al enemigo. Cuando los adversarios estuvieron á poca distancia, salimos de improviso, y cargando á la bayoneta, sembramos el campo de cadáveres.

Cuando se juzgó el momento oportuno, avanzaron las tropas del Cerro, y entonces se trabó un encarnizado combate que terminó con la derrota del enemigo.

Hicimos muchas bajas á los sitiadores. Uno de los muertos fué el general Naur, uno de los más bravos generales enemigos.

Después del combate cogimos copioso botín de caballos, de suerte que regresamos á Montevideo con el alma llena de esperanzas y el corazón henchido de alegría.

Animado por el buen éxito de este golpe de mano, propuse una segunda sorpresa al Gobierno.

Se trataba de embarcar en la flotilla á la legión italiana, remontar el río, ocultando á mis hombres cuanto me fuera posible, hasta llegar á Buenos Aires, donde desembarcaríamos de noche para ir á prender á Rosas en su propia casa, y llevarle prisionero á Montevideo.

Si salíamos con bien de esta expedición, acabábamos la guerra de un golpe.

El gobierno no aceptó mi plan.

En los intervalos de reposo que era forzoso dar al ejército de tierra, remontaba yo el río con mi minúscula flotilla, y á pesar del bloqueo, burlando la vigilancia del enemigo caía por sorpresa sobre los barcos mercantes que me salían al paso y en las mismas barbas del almirante Brown, volvíame á Montevideo con una presa.

Digitized by Google

Otras veces, con maniobras bien combinadas, llamaba sobre mí todos los barcos enemigos que mantenían el bloqueo, obligándolos á dejar la entrada libre á barcos mercantes que llevaban todo género de provisiones á la ciudad sitiada.

Algunas noches, me embarcaba con un centenar de mis bravos legionarios, con el propósito de atacar por sorpresa á los barcos enemigos, á los que no podía acometer de día por estar todos ellos perfectamente artillados. Estos conatos de sorpresa no me dieron nunca resultado, porque, desconfiado el enemigo de mis mañas, cambiaba con frecuencia de fondeadero, yendo á pasar la noche á puntos muy distantes de aquellos en que yo creía encontrarlo.

Harto de tratar en vano de dar una sorpresa marítima, resolví atacar en pleno día al enemigo en la misma rada de Montevideo.

Con los tres barcos menos malos de mi escuadrilla, fuíme al encuentro de la escuadra de Rosas, compuesta por los navíos *25 de Marzo*, *General Echagüe*, y *Maypu*.

Estos tres navíos estaban artillados con cuarenta y cuatro cañones.

Mis barcos no llevaban sino ocho cañones de poco calibre; pero yo conocia á mis hombres.

Avancé sobre la escuadra enemiga en línea de batalla.

Ya estábamos casi á tiro de cañón; una milla más, y el combate era inevitable.

Todas las terrazas de Montevideo estaban llenas de curiosos; los palos de todos los navíos anclados en el puerto crugían al peso de los hombres encaramados en las vergas para no perder detalle de la singular pelea que se preparaba.

Pero el comandante de la flota argentina, no queriendo arriesgarse en aquella pelea, se hizo á la mar, y nosotros regresamos al puerto, don-

Digitized by Google

de se nos recibió con atronadores aplausos y vitores entusiásticos.

VII

La lucha iba de mal en peor para Montevideo, cuando la intervención anglo-francesa puso fin al bloqueo.

Las dos potencias aliadas se apoderaron de la flota enemiga y se repartieron los barcos.

Entonces se pensó en una expedición por el río Uruguay, con objeto de apoderarse de la isla Martín García, de la ciudad de Colonia y de algunos otros puntos, principalmente del Salto, por donde se podía abrir comunicacíones con el Brasil, al mismo tiempo que se formaba un grueso de ejército destinado á reemplazar al que habíamos perdido.

Yo embarqué en mi flota doscientos voluntarios y me dirigí sobre el fuerte de Martín García, que encontramos abandonado por el enemigo.

También había sido abandonada la ciudad de Colonia, cuando se presentaron ante ella la escuadra anglo—francesa y nuestra flotilla.

La legión italiana desembarcó, combatió contra el general Montoro, que con fuerzas muy superiores en número estaba en las afueras de la ciudad. El enemigo fué vencido.

Entre tanto, las escuadras rompieron, no sabré decir con qué objeto, fuego muy vivo contra la ciudad abandonada. Luego desembarcaron sus hombres y formaron nuestra reserva en el ataque contra Montoro.

A cosa de las dos de la tarde, entramos vencedores en la ciudad.

La legión italiana fué acuartelada en una iglesia. Yo di las órdenes más severas para que se respetaran hasta los objetos de menos precio per-

Digitized by Google

tenecientes á los habitantes enemigos, obligados á abandonar sus casas. Inutil decir que los legionarios obedecieron mis órdenes.

La ciudad fué guardada y fortificada; las flotillas inglesa y fracesa remontaron el Paraná, destruyendo, después de un combate que duró tres días, las baterías colocadas por el enemigo en las márgenes del río.

Es de justicia hacer constar que el enemigo opuso heroica resistencia.

Yo fuí en seguimiento de la flota aliada, remontando el río con mi escuadrilla, formada por un brik, una goleta y otras embarcaciones menores.

A las fuerzas navales se unieron algunos jinetes, mandados por el general Cruz, verdadero héroe, es decir, hombre de inmejorable carácter y de singular valor.

Estos jinetes prestaron grandes servicios á la flotilla, como exploradores y como proveedores de víveres.

Ocuparon diferentes comarcas: las Vacas, Mercedes etc.

El enemigo fué batido en todos los puntos en que osó hacernos frente.

En Payranda se nos hizo muy nutrido fuego de artillería, que nos causó escaso daño. Pasado este riesgo, llegamos á una estancia llamada Hervidero, donde vivaqueamos varios días.

El general Lavalleja intentó un ataque nocturno, con infantería, caballería y artillería; pero fué rechazado por mis hombres, que causaron al enemigo enormes pérdidas.

Muchas embarcaciones que navegaban con pabellón argentino, cayeron en nuestro poder.

También nos apoderamos por sorpresa de Gualeguaychin, ciudad situada en la orilla derecha del Uruguay.

Digitized by Google

Allí fué donde cayó en mi poder el aborrecible don Leonardo Millán, que con tan salvaje saña me había martirizado algunos años antes.

No habré de decir que le dejé en libertad sin causarle daño alguno, y dándome por bien vengado, con el pánico que de él se apoderó cuando me reconoció.

Gualeguaychín fué abandonada, luego que pagó una crecida contribución en dinero, ropas y armas.

Por fin, después de muchos combates y de aventuras sin fin, llegamos con la escuadra al lugar llamado San Antonio del Salto, porque el Uruguay forma una catarata, y donde deja de ser navegable para embarcaciones de algún calado.

El general Lavalleja que ocupaba aquel país, lo abandonó al llegar nosotros, llevándose consigo por fuerza á todos los habitantes.

La comarca era muy apropiada para el objeto de la expedición, porque no se hallaba muy distante de la frontera.

Nuestro primer cuidado fué ir al encuentro de Lavalleja, acampado en la orilla del Zapevi, afluente del Uruguay.

Durante la noche hice salir á nuestra infantería y á los pocos jinetes mandados por Cruz.

Al romper el día, estábamos cerca del campamento enemigo.

Dividí mis fuerzas en dos columnas y cargamos con tanto ímpetu que á los pocos momentos eramos dueños del campo. El enemigo huyó á la desbandada, atravesando el Zapevi.

El primer resultado de esta operación fué que volvieran al Salto todas las familias que habían sido sacadas violentamente de sus hogares.

Hicimos á Lavalleja unos cien prisioneros y le tomamos muchos caballos, bueyes, municiones

Digitized by Google

y una pieza de artilleria, la misma con que se nos había cañoneado en Hervidero.

Esta expedición fué un gran triunfo para la legión y tuvo grandes consecuencias.

Bajo la dirección de Anzani, los expedicionarios se dedicaron á montar una batería en la plaza de la población, desde donde se dominaban las afueras.

Envié emisarios al Brasil para que se pusieran en comunicación con los emigrados, y gracias á ellos, comencé la reorganización del ejército.

En poco tiempo quedó construída la batería, en la que se colocaron dos cañones, que nos fueron de suma utilidad en la noche del 5 de diciembre de 1845 para hacer frente á las fuerzas del general Urquiza, que nos atacaron más resueltamente en la madrugada del día 6 y que estaban formadas por 3,500 jinetes 800 infantes y una batería de campaña.

Mi trabajo en este combate consistió en tratar de centuplicar las fuerzas materiales por la influencia moral.

Comencé por ordenar á la escuadra que se retirara, para que á nadie se le pudiera ocurrir el recurso supremo de buscar la salvación en los barcos. Repartí á mis hombres por las callejas, parapetandolos en barricadas, y no dejando libre el paso sino en las calles más espaciosas; publiqué una órden del día muy enégica, y esperé á Urquiza, quien, confiando en sus fuerzas, había declarado á sus soldados que los hombres contra quienes iban á combatir eran *acobardadas gallinas*.

A cosa de las nueve de la mañana atacónos el el enemigo por todas partes; nosotros le responpondimos con fuego de fusilería y con los dos cañones.

Cuando lo juzgue oportuno, viendo al enemigo

Digitized by Google

perder bríos, como si empezara á temer que no iba á ser la victoria tan fácil como había supuesto, cargué contra él con dos compañías de reserva que le obligaron á retirarse vergonzosamente, dejando buen número de muertos y heridos y no sacando de la lucha otra ventaja que la de habernos cogido algunas reses, y aun esto, por culpa de un piquete de marinos de guerra ingleses que con nosotros habían llegado hasta Salto.

Queriendo los ingleses ayudarnos, trocaron en fuerte una casa que defendía el corral, donde teníamos encerradas seiscientas reses. El enemigo envió sobre esta casa un destacamento de infantería, cuya sola presencia causó tal pánico á los ingleses, que sin aguardar á que se dispara un solo tiro, se pusieron á salvo, saliendo á todo correr por las puertas ó por las ventanas. Los soldados de Urquiza no tuvieron sino llegar al corral y coger tranquilamente el ganado.

Durante ventitrés días, el enemigo renovó los ataques sin obtener resultado.

Cuando llegaba la noche, acorralábamosle nosotros, no dejándole momento de reposo.

Como no teníamos ganado vacuno, nos comíabuen número de ellos, cuando, viendo Urquiza la inutilidad de sus esfuerzos, tomó el partido de retirarse, confesando que en los diversos ataques contra nosotros había perdido más gente que en la batalla de India Muerta.

El enemigo, al retirarse, trató de apoderarse de mis embarcaciones para atravesar el Uruguay; pero yo había tomado ya mis precauciones, y los imperiales hubieron de pasar el río después de caminar doce leguas, que desanduvieron después para acampar en la campiña de Camerdia, frente á Salto.

Estando Urquiza en este campamento, hice atravesar en pleno día el río á mis jinetes, los que

Digitized by Google

protegidos por la otra fuerza, atacaron á unos cuantos hombres que guardaban una numerosa caballería, de la que tomamos unos cien caballos, que reemplazaron á los que nos habíamos comido. Cuando Urquiza se dió cuenta del golpe de mano, ya estaban los caballos en Salto, y nosotros bien dispuestos á defenderlos.

VIII

Algunos días después reforzáronse mis tropas con doscientos jinetes, que al mando del coronel Baer, llegaron del Brasil.

El general Medina reclutaba hombres, cuya llegada esperabamos con impaciencia.

Por fin, el día 7 de febrero de 1846, recibí un mensaje en el que me participaba el general que al día siguiente estaría en las alturas del tZapevi, con quinientos jinetes. Pedíame noticias del enemigo, y el auxilio de la legión, en el caso de ataque.

El mensajero volvió con el aviso de que el día 8, saldría yo á su encuentro con fuerzas suficientes para favorecer la marcha de las tropas de Medina.

A cosa de las nueve del día fijado, partí con ciento cincuenta legionarios y doscientos jinetes.

Nuestros infantes tomaron posición bajo una *zapera* (1) que no nos ofrecía otra ventaja que la de protegernos de los abrasadores rayos del sol. La caballería, mandada por el coronel Baer y el mayor Caraballo, se extendía hasta Zapevi.

Anzani, que estaba herido en una pierna, habíase quedado en Salto, con treinta ó cuarenta soldados, enfermos ó heridos, y unos doce sanos, encargados de la guarda de la batería.

(1) Cobertizo de paja.

Digitized by Google

Serían las once de la mañana, cuando ví avanzar desde las llanuras del Zapevi, hacia las alturas que yo ocupaba, un número considerable de jinetes enemigos. Luego ví que cada soldado de caballería llevaba á la grupa un hombre de infantería. Y en efecto, á poca distancia de nuestras posiciones, paráronse los caballos, se apearon los infantes, y ordenáronse para atacarnos.

Nuestra caballería rompió el fuego contra el enemigo; pero siendo éste muy superior en número, cargó con denuedo y obligó, sin esfuerzo á huir á nuestros jinetes, que se refugiaron en la zapera, á donde ya llegaban las balas enemigas.

Comprendiendo yo que sólo mis bravos legionarios sabrían oponer resistencia, y que donde ellos estuvieran se reñiría el combate, fuí á ponerme á su cabeza. Pero cuando ya llegaba á las primeras líneas, atravesando por entre el fuego enemigo, sentí de pronto que le flaqueaban las patas á mi caballo, el que un instante después rodaba por tierra, arrastrándome en la caída.

Mi primera idea fué que al verme caer mis hombres, creeríanme muerto y que esta creencia iba á desalentarles. Para evitarlo, tomé con presteza una pistola del arzón, y poniéndome en pie, disparé al aire, para que se viera que estaba sano y salvo.

Un instante después, estaba entre los míos.

Entretanto el enemigo seguía avanzando, envalentonado con sus fuerzas, que no bajarían de mil doscientos jinetes y trescientos infantes.

Abandonados por nuestra caballería, habíamos quedado reducidos á noventa hombres. No era aquella ocasión de pronunciar largos discursos para enardecer á mí gente, por lo que me limité á decir estas palabras:

Digitized by Google

—El enemigo es numeroso; nosotros somos pocos. ¡Tanto mejor! Cuánto menos seamos más glorioso será el combate... ¡Calma! No disparéis sino sobre seguro y carguemos á la bayoneta.

Mis legionarios no necesitaban más para prepararse á morir. Todos comprendieron que el camino que yo les marcaba era el único que podíamos seguir. A una media milla á la derecha, teníamos el Uruguay y en su ribera un bosque donde hubiésemos podido guarecernos. Pero una fuga en tales momentos, hubiese sido funesta para nosotros.

Cuando el enemigo estuvo á unos sesenta pasos de nosotros, hizo una descarga que nos causó mucho daño; pero los míos respondieron con otra descarga no menos certera. El comandante de la infantería enemiga cayó mortalmente herido; aclaráronse las filas de los adversarios, y antes de que se repusieran, coloquéme á la cabeza de mis bravos, y con un fusil en las manos, les ataqué con saña á la bayoneta.

Nuestra resolución no pudo ser más oportuna, porque ya la caballería argentina cargaba sobre nosotros, atacándonos por los flancos y por la espalda.

La lucha fué ruda, desesperada, espantosa.

Los infantes enemigos salvaron la vida huyendo y esto nos permitió hacer frente á la caballería, á la que en un instante arremetieron los legionarios.

En aquel momento se nos unieron unos veinte jinetes de los que habían venido vergonzosamente al comenzar el combate. Este puñado de valientes, á cuyo frente iba un oficial, llamado Vega, demostró indecible valentía al atravesar por entre los enemigos para llegar hasta nosotros.

Aquella inesperada arremetida nos fué de suma utilidad, porque sorprendido el enemigo, vaciló

Digitized by Google

un momento y contuvo su avance, y aun una buena parte de la caballería retrocedió.

Cuando momentos después, hicimos una segunda descarga, la caballería, viendo su infantería destruída y caer por tierra buen número de jinetes, tomó una resolución extrema, y retrocediendo algunos pasos, desmontáronse unos seiscientos hombres, los que armados con carabinas nos atacaron por todas partes.

Los que aun estábamos en pie, luchábamos materialmente rodeados de cadáveres. No era posible dar un paso sin tropezar con un caballo muerto, ó con un hombre rígido y ensangrentado.

Algunos habían peleado hasta el último momento, y estaban cubiertos de heridas de todas clases: de bala, de sable, de lanza.

Podría referir innumerables actos de valor.

Un corneta de quince años, á quien llamábamos el Rojo, y que nos animaba durante el combate con las notas vibrantes de su clarín, fué herido por un lancero. Inmediatamente arroja el clarín, desenvaina un cuchillo y se lanza sobre el jinete que le ha herido. Clava el cuchillo y expira. Después del combate fueron encontrados los dos cadáveres, fuertemente entrelazados. El corneta estaba cubierto de heridas; el lancero tenía en una pierna la marca profunda de un mordisco que le había dado su enemigo.

También nuestros adversarios pelearon como leones, realizando algunos actos de prodigiosa temeridad. Uno de ellos, viendo que el cobertizo que ocupábamos los legionarios, ya que no de las balas, nos resguardaba del sol, tomó una rama encendida, espoleó á su caballo y separándose de los suyos, pasó por entre nosotros y tiró la rama sobre la paja de la zapera.

La rama cayó al suelo sin incendiar la paja;

Digitized by Google

pero no por eso fué menos temerario el acto del argentino. Los legionarios iban á disparar contra el valiente, lo que yo impedí diciendo:

—No tiréis... Hay que conservar á los bravos; son de nuestra raza.

Nadie hizo fuego. No es extraño, porque aquellos hombres me querían ciegamente y me obedecían como autómatas. Una palabra mía tornaba la fuerza á los heridos, daba valor á los que vacilaban y aumentaba el ardor á los valientes.

Sólo cuando ví al enemigo diezmado por nuestro fuego, y fatigado por nuestra resistencia, hablé de retirarnos; mas en vez de ordenar á secas la retirada dije en alta voz:

—Confío en que al retirarnos, no dejaréis ni uno sólo de nuestros heridos sobre el campo.

—¡No! ¡no! respondieron todos.

Cuando ví á mí gente resuelta y tranquila, dispuse la retirada, sin dejar de combatir.

Por fortuna, yo era uno de los pocos que no estaban heridos, lo que me permitía atender á todo, dando disposiciones y peleando, de suerte que al alejarnos hicimos al adversario bastantes bajas.

Los contados hombres válidos que me rodeaban, enardecíanse cantando himnos patrióticos, á lo que los heridos respondían á coro.

Lo que mayor sufrimiento nos causaba era la falta de agua. Unos intentaban remediar la sed mascando raíces de las plantas que hallaban á mano; otros creían engañar la imperiosa necesidad de beber, echándose balas en la boca; algunos hubo que bebieron sus propios orines.

Por fin llegó la noche, y con ella un poco de fresco.

Dispuse mis hombres en columna cerrada, y coloqué á los heridos en el centro. Sólo dos

Digitized by Google

que no podían tenerse en pie, fueron dejados en el campo de batalla. Ordené á mis gentes que guardaran contacto de codos y que retrocedieran hacia un bosque inmediato, en el que conseguimos entrar, después de atacar y batir al enemigo, que había llegado ántes que nosotros al deseado refugio.

Ya al amparo del bosque, envié en varias direcciones exploradores, que al regresar me dijeron que los jinetes enemigos, habían desmontado para que forrajearan sus caballos. Sin duda se habrían persuadido los adversarios de que nos habían forzado á abandonar la lucha el hambre y la falta de municiones. El hambre no la sentíamos, y en cuanto á las municiones, habíamos hallado de sobra en las cartucheras de los argentinos muertos.

Ahora nos quedaba por hacer lo más difícil. El enemigo había acampado entre nosotros y Salto; después de un descanso de una hora, que hizo creer á los argentinos que pasaríamos la noche en el bosque, ordené á mis hombres que formaran en columna, y calando bayoneta, caímos de improviso como un torrente, sobre el enemigo.

Los cornetas argentinos tocaron botasillas, pero nuestra acometida fué tan brusca, que cuando los soldados quisieron ejecutar la orden, ya habíamos pasado su campamento, internándonos en otro bosque cercano.

Allí nos echamos en el suelo y ocultos por la maleza, esperamos al enemigo que avanzaba á paso de carga.

Cuando estuvieron los jinetes á unos cincuenta pasos del bosque, dí la voz de ¡fuego! orden que fué ejecutada con tal acierto, que cayeron veinticinco ó treinta adversarios. Los restantes, sorprendidos, sin duda, por aquel recibimiento,

Digitized by Google

volvieron grupas y regresaron á su campamento.

—¡Bien, muchachos! dije entonces á los legionarios; creo que ahora podremos beber tranquilamente.

Y sin separarnos del bosque, llevando á todos los heridos, y sin perder de vista á los más encarnizados de nuestros adversarios, que no querían abandonarnos, conseguimos por fin ganar el río.

Ya satisfecha la sed, seguimos la marcha, hasta el poblado, en cuya entrada nos esperaba Anzani, llorando de alegría.

También él había combatido. Antes de atacarle el enemigo habíale intimado á la rendición, diciéndole para más obligarle, que todos nosotros habíamos perecido ó estábamos prisioneros.

Anzani había respondido con resolución:

—Los italianos no se rinden. Mientras tenga á mi lado un solo hombre, combatiremos contra todos vosotros, y cuando me vea solo, volaré el polvorín para morir en mi puesto.

El enemigo, comprendiendo que Anzani estaba resuelto á hacer lo que decía, se retiró de Salto.

Gracias al valeroso compañero, encontraron mis hombres en Salto víveres con que saciar el hambre y camas en que reponerse de las fatigas del largo y cruento combate.

Esta batalla fué el último encuentro serio que tuvo la legión en Montevideo contra las fuerzas de Rosas.

IX

Algunos días después, me enteré en Montevideo, de que había sido elegido papa Pío IX.

Los primeros actos del nuevo pontífice hicieron creer á todos que comenzaba para Italia

Digitized by Google

una era de libertad. Deseoso yo de secundar al Papa en sus generosas resoluciones, me apresuré á ofrecerle el apoyo de mis decididos legionarios.

Los que me han acusado de haber combatido sistemáticamente al papado, podrán ver la sinrazón de sus censuras, con sólo leer la carta que después copio. Yo he amado sobre todo y ante todo á la libertad, y mi único deseo ha sido siempre luchar por ella, en cualquier parte del globo. Se comprenderá, sin embargo, que diese la preferencia á mi patria, y que me hallase pronto á servir, al que creía llamado á ser el mesías político de Italia.

Anzani y yo creímos que este sublime papel le estaba reservado á Pío IX, y escribimos al Nuncio la siguiente carta, acompañada de otra en la que le suplicábamos diera traslado de nuestros deseos á S. S. por cuyo largo y próspero pontificado hacíamos fervientes votos yo y todos mis compañeros de armas:

«Muy ilustre y muy respetable señor:

«Al tener noticia de la exaltación del Soberano Pontífice, y de la amnistía por él otorgada á los desdichados proscritos, hemos considerado jubilosos, el paso que el jefe supremo de la Iglesia ha dado en el camino de la gloria y de la libertad.

«Las alabanzas entusiásticas, cuyo eco llega hasta nosotros, atravesando el Océano; la justificada alegría con que Italia ha recibido la convocatoria de diputados; las acertadas concesiones hechas á la prensa; la creación de la guardia cívica; el impulso dado á la instrucción popular y á la industria, y las demás medidas encaminadas á mejorar la situación de las clases pobres y á reorganizar la administración, todo en fin, nos ha convencido, de que al cabo ha

Digitized by Google

surgido del seno de nuestra patria un hombre que, comprendiendo las necesidades de su siglo, ha sabido, satisfacerlas, sin apartarse de los preceptos de nuestra augusta religión, y sin mermar en nada las atribuciones de su autoridad. Nosotros hemos visto todas estas mejoras, y aunque á tanta distancia de nuestro país no podían sernos de inmediato y personal provecho, hemos unido nuestros votos y nuestros aplausos á los que al nuevo Pontífice dedicaban toda Italia y la cristiandad entera. Pero cuando hemos tenido noticias del sacrílego atentado, por el cual una facción fomentada y sostenida por extranjeros, se proponían trastrocarlo todo, destruyendo la obra regeneradora, nos ha parecido, que la admiración y el entusiasmo, que nos inspiraba el Pontífice, era mezquino tributo, y que las circunstancias imponíannos deberes más grandes.

«Los que os escribimos, muy ilustre y muy respetable señor, somos los mismos, que animados por el espíritu que nos hizo afrontar el destierro, hemos tomado las armas en Montevideo, para defender una causa que creemos justa, lo que bastó para que reuniéramos á nuestro alrededor un centenar de compatriotas, que habían llegado aquí, creyendo gozar de días más serenos que los que sufrieron en nuestra tormentosa y perturbada patria.

«Cinco años llevamos de lucha contra el invasor que tiene puesto sitio á esta ciudad, y en este tiempo hemos tenido que dar repetidas pruebas de resignación y de bravura; y gracias á la Providencia y á este legendario espíritu que enardece nuestra sangre italiana, los legionarios han aprovechado cuantas ocasiones se han ofrecido para distinguirse, y esto ha sido de suerte, que creemos que no se nos juzgará ni jactancioso ni vanos, si escribimos que en el ca-

Digitized by Google

mino del honor, hemos dejado á la zaga á los otros cuerpos que tenían á la legión como rival ó como émula.

«Por tanto, si S. S. juzga necesario servirse de cuanto se crean capaces de prestarle apoyo, creemos inútil decir cuán grande es nuestro deseo de consagrarnos á servir á quien tanto ha hecho por la patria y por la Iglesia.

«Tendrémonos por dichosos si, á nosotros y á nuestros compañeros, en cuyo nombre hablamos, se nos acepta para que contribuyamos á la redentora obra de Pío IX, por quien anhelamos verter la sangre de nuestras venas.

«Si Vuestra Señoría cree que nuestro ofrecimiento puede ser grato al Soberano Pontífice, haceros intérprete de nuestros deseos.

«No juzguéis que una pueril pretensión nos lleva á creer que los brazos que ofrecemos sean necesarios; harto sabemos que el trono de San Pedro se apoya en firmes bases, que no pueden ni quebrantar ni robustecer los esfuerzos humanos; también sabemos que el nuevo órden de cosas cuenta ya con sobrados defensores, que sabrán rechazar las injustas agresiones de los enemigos. Pero como la tarea debe ser repartida entre los buenos, y el rudo trabajo distribuido entre los fuertes, rendidamente os pedimos que nos contéis entre ellos.

«Mientras la ansiada respuesta llega, damos gracias á la Providencia, que ha preservado á S. S. de las maquinaciones *dei tristi*, y hacemos fervientes votos porque le conceda muchos años de vida para ventura de la cristiandad y de Italia.

J. Garibaldi.

L. Anzani.

Montevideo á 12 de octubre de 1847.»

Digitized by Google

Inútilmente aguardamos contestación á esta carta; ni el Nuncio ni su Santidad nos acusaron recibo.

Entonces resolvimos marchar á Italia con parte de la legión.

Mi intención era secundar la revolución donde hubiese estallado, suscitarla donde no se hubieran levantado en armas los amantes de la libertad, por ejemplo, en los Abruzos.

Sólo un obstáculo retardaba la realización de nuestros planes, la falta de dinero.

Digitized by Google

Con rumbo á Italia

Ocurrióseme en buen hora recurrir á un medio, que jamás ha fallado, cuando se trata de poner á prueba á corazones generosos: abrí una suscripción entre mis compatriotas.

Todo iba por buen camino, cuando algunos mal intencionados, sembraron la desconfianza entre los legionarios, muchos de los cuales, ya comprometidos á seguirme, deshicieron el compromiso verbal que tenían contraido. Se les hizo creer que los llevaba á una muerte segura, que la empresa por mí soñada era irrealizable, que al llegar á Italia les estaba reservado un desastroso fin, semejante al de los hermanos Bandiera.

Estos funestos presagios intimidaron á los más apocados y la legión quedóse reducida á 85 hombres, de los que 29 nos abandonaron cuando ya estábamos embarcados. Por fortuna quedáronme los más valientes, italianos que se habían batido conmigo en la sangrienta batalla de Salto, á los que se unieron algunos uruguayos, que creían en mí buena estrella. Entre éstos últimos he de citar al negro Aguyar, quien murió valientemente en el sitio de Roma.

Ya he dicho que para atender á los primeros gastos de la expedición abrí una suscipción. El más generoso donante fué Esteban Antonini, genovés establecido en Montevideo.

El gobierno oriental nos ofreció decidido apoyo; pero conociendo yo el pésimo estado de su Tesoro, no quise aceptarle sino dos cañones y ochocientos fusiles.

El capitán del *Biponte-Gazolo*, barco en que salimos de Montevideo, mostróse tan exigente, que nos vimos en la precisión de vender cuanto po-

Digitized by Google

seíamos, hasta las camisas, para pagarle. Más de uno de mis hombres vióse obligado á hacer la travesía acostado, por no tener ropa con que presentarse honestamente.

Estábamos á trescientas leguas de la costa, casi á la altura de la desembocadura del Orinoco, y yo me entretenía con Orrigoni en dar muerte á los delfines que seguían á la embarcación, cuando oí la voz de ¡fuego!

Al repartir los víveres, el distribuidor había cometido la imprudencia de llenar un barril de aguardiente, poniendo cerca del envase una vela encendida; la mecha prendió fuego al aguardiente, y azorado el causante del accidente, dejó que el alcohol se desparramara por la cubierta. Junto á la santabárbara había un verdadero lago de fuego.

Entonces apreció cómo los hombres más bravos se dejan dominar por el miedo, cuando el peligro se presenta en forma desacostumbrada. Todos aquellos valientes, que eran verdaderos héroes en el campo de batalla, corrían alocados de una parte á otra y se escondían, temblando como niños.

Diez minutos nos bastaron á Anzani y á mí para sofocar el fuego.

Anzani tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar el lecho en el que le tenía postrado la acentuada tísis pulmonar, que había de matarle al llegar á Génova.

En Palos, á unas cinco millas de Alicante, desembarcamos para comprar una cabra y naranjas á nuestro querido enfermo.

Allí supimos una parte de los sucesos que se habían desarrollado en Italia.

Se nos dijo que había sido proclamada la constitución piamontesa, y se nos refirieron los

Digitized by Google

hechos más salientes de las cinco gloriosas jornadas de Milán.

El vicecónsul había visto pasar barcos italianos con la bandera tricolor. No necesité saber más, para enarbolar el pabellón de la independencia. Arrié la bandera de Montevideo, á cuyo amparo habíamos salido de América, é icé en nuestra embarcación la bandera sarda, que improvisamos con media sábana, una blusa roja, y los trozos de paño verde que pudimos recoger de nuestros uniformes de á bordo.

El 24 de junio, día de San Juan, estábamos á la vista de Niza. Algunos de mis hombres opinaban que debíamos desembarcar sin pérdida de tiempo.

Yo era el que más arriesgaba en la aventura, por estar aun pendiente de una condena de muerte. A pesar de esto, no vacilé, ó por mejor decir, no hubiese vacilado; pero reconocido por algunos hombres que tripulaban una embarcación, corrió mi nombre de boca en boca, y momentos después estaba toda Niza en el puerto, ansiosa de hacernos entusiasta recibimiento.

En cuanto se supo que yo estaba en Niza, y que había atravesado el Océano para luchar por la libertad italiana, llegaron de todas partes decididos voluntarios.

Pero por el momento yo tenía planes que consideraba mejores.

Como antes había creído en el Papa Pío IX, creía ahora en el rey Carlos Alberto. Así que en vez de preocuparme de Medici, á quien yo había enviado á Vía-Reggio para organizar la insurrección, ya que encontraba la insurrección organizada y al rey del Piamonte á su cabeza, creí que lo más razonable era ir á ofrecer á éste mis servicios.

Me despedí de Anzani, con la triste seguridad

Digitized by Google

de que no volveríamos á vernos y me embarqué para Génova, donde sin perder momento me dirigí al cuartel general del rey Carlos Alberto.

La entrevista fué corta. Nos separamos, el rey y yo, descontentos el uno del otro, y me dirigí á Turín, donde supe que había muerto Anzani.

Yo perdía la mitad de mi corazón; Italia uno de sus mejores hijos.

Los últimos años de su borrascosa existencia, pasólos este mártir de la libertad atormentado por grandes dolores, de los que fué digno remate, compendió exacerbado de todos ellos, la inefable tortura que amargó los postreros instantes de aquel valiente, que llegando á su patria pobre y moribundo, no logró su ardiente deseo de morir como había vivido, combatiendo por la dicha, por la honra, por la regeneración de Italia.

Digitized by Google

Campaña de Lombardía

I

La partida de Garibaldi para Sicilia, nos obligaría á suspender aquí sus Memorias, si no se encargara de continuarlas, un amigo del invencible luchador, el coronel Medici, á quien nuestros lectores juzgarán por la sencillez de sus palabras.

A decir verdad, nos place más la narración de Medici, porque cuando Garibaldi relata, olvida siempre su labor personal para poner de relieve la de sus compañeros.

Oigamos, pues, como habla el coronel Medici de lá campaña de Lombardía en 1848.

* * *

Partí de Londres para Montevideo mediado el año 1846.

Iba á América con el exclusivo objeto de mejorar mi salud, harto quebrantada.

Mis opiniones liberales habíanme hecho salir de Italia, y como el aire de Londres no era el más conveniente á mis delicados pulmones, resolví atravesar el Océano.

Desembarqué en Montevideo siete ú ocho meses después del combate de San Antonio del Salto, donde Garibaldi y sus legionarios se cubrieron de gloria.

Solicité y obtuve un puesto entre aquellos valientes, y cuando me ví vestido con la blusa roja, me contemplé satisfecho y me dije con orgullo:

—Soy soldado de Garibaldi.

Digitized by Google

No tardé en ganar su amistad y luego su confianza, y cuado estuvo todo preparado para la excursión á Italia, salí de Montevideo con rumbo al Havre, un mes antes de la partida de la legión.

Llevaba yo una misión que cumplir, y antes de mi partida habíame dado Garibaldi instrucciones claras y precisas.

Se me encargó de ir al Piamonte y á Toscana para conferenciar con algunos hombres eminentes, entre otros, Fanti, Guerazzi y Beluomini, el hijo del general.

Con la ayuda de tan poderosos auxiliares, debía organizar la insurrección. Todo debía estar dispuesto para cuando Garibaldi desembarcara en Vía-Reggio.

Pasé por París el 15 de mayo, entré en Italia, y al cabo de un mes tenía á mis órdenes trescientos hombres, prontos á marchar donde yo les condujera.

Entonces supe que Garibaldi había desembarcado en Niza.

No fuí dueño de reprimir un arranque de despecho y rabia, al ver cómo se había olvidado lo que en Montevideo convinimos.

Luego supe que Garibaldi había salido de Niza, dejando en esta ciudad á Anzani moribundo.

Yo, que amaba entrañablemente á Anzani, fuí en su busca, teniendo la dicha de encontrarle aun con vida.

Le hice trasladar á Génova, donde recibió generosa hospitalidad en el palacio del marqués de Gavotto.

Convertíme en enfermero del moribundo y no me separé un momento de su cabecera.

Preocupábale á Anzani mi enojo contra Garibaldi, asunto del que me hablaba con frecuen-

Digitized by Google

cia. Un día asióme la mano, para decirme con acento profético que no olvidase jamás:

—Medici, no seas severo con Garibaldi: es un hombre que ha recibido del cielo tan envidiable fortuna, que es menester apoyarle y seguirle sin vacilación. Es un predestinado que tiene en sus manos el porvenir de Italia. Yo he reñido más de una vez con él; pero convencido de su misión, me he apresurado á reconciliarme, tendiéndole mi mano.

Estas razones produjéronme el efecto que suelen causar las últimas palabras de un moribundo, y muchas veces las he recordado después, al pensar con admiración en la triunfal carrera de Garibaldi.

Anzani era hombre excéptico y practicaba poco ó nada los deberes materiales de la religión. Sin embargo, en el momento de morir, nos pidió que se le llevara un confesor. Como yo comentara esta determinación, que juzgué debilidad, el moribundo me dijo:

—Italia lo espera todo de dos hombres, de Pío IX y Garibaldi. No es conveniente por tanto, que se tenga por herejes á los que con Garibaldi hemos venido.

Recibió los Sacramentos y aquella misma noche, á cosa de las tres, espiró en mis brazos, sin haber perdido ni un solo instante el conocimiento.

Sus últimas palabras fueron estas:

—No olvides cuanto de Garibaldi te he dicho.

Del cuerpo y de los papeles de Anzani, se hizo entrega á su hermano, afiliado al partido austriaco

El cuerpo fue trasladado á Alzate, su pueblo natal, y el cadáver de este hombre, que seis meses antes, no hubiera hallado en toda Italia unos palmos de tierra donde gozar en paz el sueño eterno, recorrió en triunfo gran parte de la idolatrada patria que comenzaba á ser libre.

Digitized by Google

Los legionarios que en Montevideo quedaron, lloraron como propia la pérdida de este hombre.

Garibaldi, por su parte, para revivir en lo posible el recuerdo del muerto, dió el nombre de Anzani al primer batallón de las milicias lombardas.

Después de morir Anzani, me trasladé á Turín, donde un día me hallé casualmente, cara á cara con Garibaldi.

Al verle, recordé la recomendación postrera del amigo muerto; verdad es que estaba secundada por el profundo y respetuoso cariño que yo profesaba á Garibaldi.

Nos abrazamos cariñosamente.

Ya reconciliados, hablamos de Italia.

¿Qué haremos?—me preguntó Garibaldi.

—¿No viene V.,—le respondí—de Roverbella de ofrecer su espada á Carlos Alberto?

Los labios de mi amigo dibujaron una sonrisa amarga.

— Esos hombres, — replicó — no son dignos de que se les sometan corazones como los nuestros. No nos preocupemos de los hombres, y cuidémonos sólo de las desventuras de la patria.

No viéndole dispuerto á darme detalles de su entrevista con Carlos Alberto, dejé de interrogarle.

Después supe que el rey le había recibido con suma frialdad, enviandole á Turín,para *esperar òrdenes* de Ricci, ministro de la guerra, quien al cabo de algunos días llamó á Garibaldi para decirle:

—El mejor consejo que puedo darle, es que se marche á Venecia, donde le será fácil armar algunas embarcaciones en corso y prestar como corsario buenos servicios á los venecianos.

Garibaldi no replicó á Ricci, pero en vez de

Digitized by Google

ir á Venecia permaneció en Turín, donde, como ya he dicho, nos encontramos.

—¿Qué hacemos? nos preguntamos de nuevo.

Los hombres del temple de Garibaldi, meditan poco las soluciones.

Resolvimos marchar á Milán y aquella misma noche salimos de Turín.

La ocasión era oportuna. Las tropas piamontesas habian sido derrotadas.

El gobierno provisional dió á Garibaldi el grado de general, autorizándole para organizar batallones de voluntarios lombardos.

Garibaldi solicitó mi ayuda y pusimos mano á la obra con entusiasmo.

A los pocos días disponíamos de un batallón de voluntarios de Vicenza, que llegó de Pavía organizado. Garibaldi creó el batallón Anzani.

A mí se me dió el encargo de disciplinar á aquellos hombres, jóvenes y ardientes, que habían ya peleado en las barricadas, con tal denuedo, que quinientos hombres, que no disponían más que de trescientos fusiles, habían arrojado de Milán á los veinte mil soldados de Radetzki.

Pero en aquella ocasión tropezamos con las mismas dificultades, con que en el año 1859, se halló Garibaldi.

Aquel cuerpo de voluntarios que representaba el espíritu de la revolución, inquietaba al gobierno, quien comenzó por negarnos armas. Un señorón que ocupaba una importante plaza en el ministerio, osó decir que Garibaldi no era sino un soldadote, incapaz de organizar un ejército.

Nosotros respondimos que ya sabríamos procurarnos las armas, pero que cuando menos se nos dieran uniformes.

Respondiósenos que tampoco había uniformes; que nos remediáramos, si podíamos, con los que hallaramos en un almacen, cuyas llaves se nos

Digitized by Google

dieron, y en el que encontramos trajes austriacos húngaros y croatas.

Era una broma harto pesada, para dada á hombres que anhelaban morir combatiendo contra los croatas, los húngaros y los austriacos.

Los voluntarios, pertenecientes los más á las familias mejor acomodadas de Milán, rechazaron con indignación el ofrecimiento.

Sin embargo, como era preciso ganar tiempo y no era cosa de que combatieramos vestidos de levita, elegimos las prendas austriacas llamadas *ritters* y nos hicimos con ellos unas blusas.

Era cosa de morirse de risa. Cuando formabamos, parecíamos un regimiento de cocineros, y nadie, por lince que fuera, hubiese reconocido que aquellos ridículos soldados eran lo más granado de la juventud milanesa.

Mientras unos se ocupaban en arreglar los improvisados uniformes, cuidábanse otros de procurar á las tropas armas y municiones.

Por fin, uniformados y con armas, partimos para Bérgamo, cantando himnos patrioticos.

Yo tenía á mis órdenes unos ciento ochenta jóvenes, pertenecientes, como ya he dicho, á las primeras familias de Milán.

En Bérgamo se nos unió Mazzini, quien fué recibido con entusiastas vítores y frenéticos aplausos.

Reforzáronse nuestras tropas con un regimiento, formado por reclutas regulares del ejército piamontés, los que se nos unieron con dos cañones que habían tomado á la guardia nacional.

Acabábamos de llegar á Bérgamo, cuando recibimos una órden del comité de Milán mandándonos regresar á marchas forzadas.

Componían el comité, Fante, Mastri y Restelli.

Obedecimos, tomando el camino de Milán.

Pero al llegar á Monza supimos que Milán ha-

Digitized by Google

bía capitulado y que un cuerpo de caballería austriaca venía en nuestra busca.

Garibaldi ordenó la retirada hacia Como, con el propósito de acercarnos lo más posible á las fronteras suizas.

Yo fuí colocado á vanguardia para sostener la retirada.

La marcha forzada que acababamos de hacer nos había fatigado. No habíamos tenido tiempo para comer en Monza, y caíamos de cansancio y hambre. Nuestros hombres caminaban trabajosamente, desmoralizados y sin orden.

Al llegar á Como, comenzaron las deserciones De los cinco mil hombres que mandaba Garibaldi, cuatro mil doscientos se internaron en Suiza; nuestras fuerzas quedaron, pues, reducidas á ochocientos hombres.

Garibaldi, no pareció curarse gran cosa de la merma de las tropas, y con su calma habitual, como si siguiera contando con los cinco mil hombres, tomó posiciones cerca de Como en la Camerlata, punto de unión de varios caminos.

Distribuidas las escasas fuerzas y montados los dos cañones, envió emisarios á Manara, á Griffini, á Durando, y Apisce, en una palabra á todos los jefes de los cuerpos de voluntarios de la Alta Lombardía, á los que invitó á una operación combinada.

Nadie respondió á la invitación.

En vista de este nuevo fracaso, Garibaldi, dispuso la retirada hacia San Fermo, lugar, donde años después, en 1859, habíamos de batir completamente á los austriacos.

Antes de tomar posiciones en San Fermo, reuniónos Garibaldi y nos arengó.

Las arengas de Garibaldi, vivas, pintorescas, arrebatadoras, tenían la verdadera elocuencia del soldado.

Digitized by Google

Díjonos que era preciso continuar luchando como guerrilleros, por ser este modo de combatir el más seguro y menos peligroso.

A pesar de la calurosa alocución de nuestro jefe, hubo aquella noche nuevas deserciones, con las que nuestra tropa quedó reducida á unos quinientos hombres.

Garibaldi, resuelve entonces volver al Piamonte; pero en el momento de atravesar la frontera, se siente avergonzado. Esta retirada sin combate repugna á su valor. Detiénese en Castelleto, y me ordena dar una batida por los alrededores, recogiendo á cuantos desertores encuentre. Fuí hasta Lugano, desde donde regesé con trescientos hombres. Hicímos un recuento, y como de él resultaran 750, Garibaldi juzga que cuenta con bastantes fuerzas para ir al encuentro de los austriacos

El día 12 publica su famosa proclama, declarando que Carlos Alberto es un traidor, que los italianos no pueden ni deben fiarse de él, y que todos los patriotas deben considerar como un deber luchar contra los enemigos de Italia.

Esta proclama se publicó en los momentos en que todos se batían en retirada; sólo Garibaldi con 750 hombres, avanzaba resuelto en busca de los austriacos.

Nos dirigimos á Arona, donde nos apoderamos de dos barcos de vapor y de otras embarcaciones menores.

Empleamos un día en embarcar y á la mañana siguiente, llegamos á Luino.

Garibaldi estaba enfermo, de fiebres intermitentes, contra cuyos accesos procuraba en vano luchar.

Vencido por la fiebre, entró en el ventorro de la *Becaccia*, casa aislada en las afueras de Luino y separada de la población por un riachuelo.

Digitized by Google

Antes de acostarse me llamó y me dijo:

—Tengo necesidad absoluta de dos horas de reposo; reemplázame y vigila.

El ventorro de *Becaccia* no era retiro á propósito para un enfermo que deseaba dormir tranquilo. Si se presentaba el enemigo y nos atacaba, aquella casa debía de ser el primer blanco de su fuego.

No teníamos noticia alguna de los movimientos de los austriacos, que lo mismo podían estar á diez leguas de nosotros, que á un kilómetro.

Haciéndome cargo del lastimoso estado de Garibaldi, lejos de hacerle objección alguna, le aconsejé que durmiera tranquilo, asegurandole que iba á tomar precauciones para que no se le turbara en su descanso.

Coloqué centinelas cerca de la casa y en los estremos de un puente tendido sobre el riachuelo; luego encargué á varios aldeanos que fuesen á explorar los alrededores.

Al cabo de media hora se me avisó que llegagaban los austriacos.

Entré precipitadamente en la alcoba del enfermo y le avisé del peligro. El general, que estaba en pleno período febril, saltó del lecho y me ordenó que reuniera las tropas. Diez minutos después estaba con nosotros Garibaldi, quien, sin perder momento, dividió las fuerzas en dos columnas, una de las cuales dió frente á la carretera, mientras la otra, colocada de flanco, debía impedir que nos envolviera el enemigo.

Momentos después aparecieron los austriacos, en la carretera, los que como primer cuidado, se apoderaron del ventorro que acabábamos de dejar.

Garibaldi ordenó á la columna que cerraba la carretera, que atacara, iniciando nosotros el combate. La columna, compuesta de cuatrocientos

Digitized by Google

hombres, atacó resueltamente á mil doscientos austriacos.

Garibaldi no contaba nunca ni sus hombres ni sus enemigos. «Cuando se tiene al adversario delante — solía decir — no hay que pensar más que en atacarle.» Preciso es confesar que á esta táctica debió sus gloriosos triunfos.

Viendo Garibaldi que los austriacos luchaban con denuedo, juzgó preciso que entrara en acción la segunda columna.

Yo tenía ante mí una tapia que, escalé con mi compañía, yendo á parar al jardín del ventorro. Los austriacos hacían fuego por las ventanas.

Enardecidos con la lucha, nos arrojamos al foco del fuego, calamos bayonetas y entramos por aquellas aberturas que momentos antes vomitaban balas.

Los austriacos se retiraron completamente derrotados.

Garibaldi dirigió el ataque á caballo en la entrada del puente, á cincuenta pasos del ventorro. Fué verdadero milagro que no le alcanzara ninguna bala.

Cuando vió huir á los austriacos, me ordenó que los persiguiera con mi compañía, formada por unos cien hombres, los que sín vacilar salieron en persecución de unos mil cien fugitivos. No ha de verse en esto acción heróica, pues los austriacos, huían poseídos de tal pánico, que para correr mejor tiraban, fusiles y cananas.

En el ventorro dejaron unos cien muertos y en nuestras manos ochenta prisioneros.

Se nos dijo que los austriacos habían parado en Germiniada y allí fuí en su busca; pero ya habían partido. Deseoso de darles alcance, seguí sus huellas, mas no pude dar con ellos.

Durante la noche supimos que un segundo cuerpo de austriacos, más numeroso que el pri-

Digitized by Google

mero venía sobre nosotros. Garibaldi me ordenó que aguardase al enemigo en Germiniada.

La noticia era falsa.

Entonces Garibaldi dispuso que macháramos á Guerla, luego pasamos á Sareza, donde se nos hizo entusiasta recibimiento.

Allí ocupamos la altura de Buimo-di-Sopra, que domina la población, y nos aseguraba la retirada. En este punto hizo fusilar nuestro jefe á un espía que debía facilitar datos á tres numerosas columnas austriacas enviadas contra nosotros, y de las cuales una se dirigía á Como, la segunda á Vareza, y la tercera á Luino.

Era evidente que el plan de los austriacos consistía en colocarse entre nuestras fuerzas y Lugano, cortándonos la retirada así por el Piamonte como por Suiza.

Adivinando las intenciones del enemigo, marchamos á Arcisate, desde donde yo marché con mis cien hombres á Viggia, para iniciar el combate con los austriacos.

La primera columna de que tuve conocimiento, estaba formada por unos cinco mil hombres, mandados por el general Aspre.

Para combatir en las mejores condiciones posibles, me apoderé de tres aldeas cercanas: Catrona, Ligurno y Rodero, por las que pasaban todos los caminos que comunicaban con Como.

Cerca de estas aldeas hallábase una posición fuerte, San Maffeo, roca inexpugnable, desde donde, sin dificultad alguna, sólo con descender, me encontraría en Suiza.

Dividí á mis hombres en tres grupos que repartí en las tres aldeas.

Yo me quedé en Ligurno, con cuarenta soldados.

Al romper el día, atacáronme los austriacos. Habían empezado por apoderarse de Rodero, que

Digitized by Google

la guarnición abandonó durante la noche internándose en Suiza.

Llamé á los treinta hombres que había enviado á Catrona, y á paso de carga ganamos las alturas de San Maffeo, donde no tardé en ser atacado. Los cañones austriacos nos enviaban sin cesar balas explosivas.

Miré á mi alrededor; la falda de la montaña estaba completamente rodeada de caballería austriaca.

Lejos de amilanarnos, resolvimos defendernos vigorosamente.

Los austriacos comenzaron el asalto de la montaña, y empezó el tiroteo. Por desgracia cada uno de mis hombres no llevaba sino veinte cartuchos y nuestros fusiles eran menos que mediocres.

Al oir el tiroteo, las montañas suizas vecinas de San Maffeo cubriéronse de curiosos. Cinco ó seis de ellos, enardecidos al ver nuestra resistencia, se nos unieron para luchar por puro entretenimiento.

Yo guardé mi posición y sostuve el combate, hasta que disparamos el último cartucho.

Esperaba que Garibaldi al oir el tiroteo vendría en nuestra ayuda; pero Garibaldi se ocupaba en otro trabajo. Sabedor de que los austriacos avanzaban hacia Luino, salió á su encuentro.

Faltos mis hombres de municiones, creí llegado el momento de retirarnos, lo que hicimos guiados por los suizos que con nosotros habían peleado.

Una hora después estábamos en Suiza.

Me escondí en un bosquecillo, donde los habitantes de un pueblo inmediato me proporcionaron cajas donde guardar los fusiles.

Yo y mis sesenta y ocho hombres, habíamos peleado durante cuatro horas contra cinco mil austriacos.

Digitized by Google

El general Aspre hizo decir á todos los periódicos que había sostenido un encarnizado combate contra el ejército de Garibaldi, al que había causado una derrota completa.

II

Garibaldi, como he dicho, se dirigió á Luino, pero antes de llegar, supo que la población había ya sido ocupada por los austriacos, al mismo tiempo que la columna de Aspre, se apoderaba de Arcisate.

Viendo Garibaldi que el enemigo le cerraba el paso de Suiza, resolvió marchar á Morazzona, posición muy ventajosa.

Casi pisándole los talones, como vulgarmente se dice, llegaron cinco mil austriacos, que rodearon la posición que ocupaban los quinientos italianos.

Garibaldi luchó denodadamente durante nueve ó diez horas. Al anochecer formó á sus hombres en columna cerrada y se lanzó sobre el enemigo á la bayoneta.

Favorecido por la obscuridad, hizo buena matanza y se encontró en campo raso.

A una legua de Morazzona licenció á sus hombres, dándoles cita en Lugano, y acompañado por un guía, entró en Suiza á pie, disfrazado de campesino.

En Lugano se me dijo que Garibaldi, á quien yo creía muerto, ó cuando menos prisionero, había llegado á una aldea vecina.

Corrí á su encuentro. Le hallé en el lecho enfermo, quebrantado física y moralmente. Había hecho una caminata de diez y seis horas, escapando de los austriacos milagrosamente.

Sus primeras palabras, en cuanto me vió fueron éstas:

Digitized by Google

—¿Tienes á tus hombres preparados?

—Sí—le respondí.

—Está bien, déjame descansar esta noche, mañana juntaremos nuestras tropas y comenzaremos de nuevo.

No pude por menos que sonreir. Era evidente que en una semana no podría Garibaldi dejar el lecho.

A la mañana siguiente se levantó, como había ofrecido. El alma y el cuerpo de aquel hombre singular eran de bronce.

Mas comprendiendo Garibaldi que la campaña de Lombardía está acabada, volvió al Piamonte y se dirigió á Génova.

Allí fué visitado por una diputación siciliana, que le propuso ir á Sicilia á sostener la causa de la Revolución.

Aceptó Garibaldi sin vacilar y se trasladó á Livorna con trescientos hombres.

Enterado en esta población de los acontecimientos de Roma, renunció á ir á Sicilia y partió para la ciudad que siempre consideró como capital de la futura Italia.

Algún tiempo después me encontraba de nuevo con Garibaldi en Roma.

Digitized by Google

Intervención francesa

En la mañana del 24 de abril, llegó al puerto de Civita-Vecchia la vanguardia de una división francesa, y un ayudante de campo del general Oudinot desembarcó para ir á parlamentar con Manucci, gobernador de la República romana, á quien dijo el francés que la intervención de su país tenía por objeto amparar los intereses materiales y morales de los habitantes de Roma; que por ser Francia enemiga del despotismo y de la anarquía, trataba de asegurar á Italia una prudente libertad; que confiaba encontrar en el pueblo romano las simpatías que siempre había testimoniado al pueblo francés, pero que, como la flota no podía estar sin riesgo en el mar, necesitaba que se le diera, sin pérdida de tiempo, una autorización para el desembarco de las tropas. En el caso de que fuera negado este permiso, el general francés veríase obligado, á su pesar, á emplear la fuerza.

Dicho esto, y sin aguardar la respuesta del gobierno de Roma, á quien Manucci quería consultar, el general Oudinot desarmó al batallón Metara, ocupó el fuerte, cerró la imprenta de la ciudad, á cuya puerta colocó un centinela y se opuso á que desembarcara un cuerpo de quinientos lombardos, formado por los bersaglieri de Manara, que expulsados de su patria y no admitidos en el Piamonte, iban á Roma en demanda de un puesto para luchar en defensa de la República.

Enrique Dandolo, uno de los jefes del cuerpo de los bersaglieri, saltó dos veces á tierra para pedir al general francés permiso para desembar-

Digitized by Google

car. La primera vez fué negada terminantemente la autorización; la segunda se les intimó á salir del puerto.

Cuando Dandolo comunicó á Manara la negativa del general, decidió el jefe de los bersaglieri, ir en persona á solicitar el permiso dos veces negado.

No fué Manara más afortunado que Enrique Dandolo.

—¿Sois lombardos?—le preguntó el general.

—Lombardos—respondió Manara.

—¿Con qué derecho, os proponéis intervenir en los asuntos de Roma?

—Por lo menos, con tanto derecho como vosotros, que intervenís siendo franceses.

Volvió Manara la espalda al general y regresó á bordo.

Cuando los lombardos supieron la determinación del general, protestaron tumultuosamente y determinaron arrojarse al agua y ganar la costa á nado.

Viendo Manara que sus hombres estaban resueltos á recurrir á este extremo, visitó por vez segunda al general francés, quien acabó por autorizar al batallón á desembarcar en Porto-d'Anzio.

El general trataba de exigir á Manara la promesa de que no entraría en Roma y que permanecería neutral hasta el 4 de mayo, época en que según el francés, estaría todo acabado.

Manara no quiso comprometerse á nada.

—General—dijo—yo no soy más que un soldado al servicio de la República romana, de cuyo gobierno dependo.

Intervino entonces Manucci, aceptando en nombre del gobierno republicano las condiciones impuestas á Manara por el general Oudinot. Mediante esta promesa pudieron los lombardos desembarcar en Porto-d'Anzio en la mañana del 27 de

Digitized by Google

abril. El 28 partieron para Albano, y vivaquearon en la campiña de Roma.

Mediada la noche, llegó una orden del general José Avezzana, ministro de la Guerra, quien, sea porque ignorase la promesa hecha por Manucci en nombre de Manara, sea porque no diese valor al compromiso, mandaba á los bersaglieri que se pusieran inmediatamente en marcha hacia la capital.

En la madrugada del 29 entraron los lombardos en Roma, donde el pueblo los recibió con frenéticos aplausos.

Tan luego como se supo que la flota de Francia había llegado á Civita-Vecchia, constituyóse en sesión permanente la Asamblea romana, para decidir si se abrían las puertas á los franceses, ó si se respondería á la fuerza con la fuerza.

Armellini y algunos otros miembros de la Asamblea, opinaba que se debía recibir á los franceses como amigos.

Mazzini, Cernuschi, Sterbini y los más de los reunidos, querían que se impidiera á todo trance la intervención, arriesgando la vida, si era preciso, para salvar el honor.

El 26 de abril, á las dos de la madrugada, fué votado el siguiente decreto, cuya publicación fué acogida con entusiasmo por Roma entera:

«En el nombre de Dios y del pueblo, la Asamblea, pone bajo la salvaguardia del triunvirato, el honor de la República, y le encarga de rechazar la fuerza con la fuerza.»

Ya tomado este acuerdo, comenzaron los preparativos de lucha, encargándose á Cernuschi, que había hecho las barricadas de Milán, de la dirección de las barricadas de Roma. Los sitios más altos de la ciudad se artillaron, y el pueblo se agitó anhelante, preparándose para los sucesos que se avecinaban

Digitized by Google

En estos momentos apareció el hombre providencial.

Súbitamente corrió de un extremo á otro de Roma el nombre de Garibaldi.

El enardecido pueblo, puso en el incansable luchador todas sus esperanzas, y corrió á su encuentro saludándole con vítores y aplausos.

Yo no acierto á dar idea del entusiasmo que se apoderó de los romanos al ver llegar á Garibaldi. Se hubiera dicho que era el dios salvador de la República, que acudía á la defensa de Roma. La confianza que inspiró aquel hombre, aumentó el valor de todos, porque nadie dudó ya de que Garibaldi llevaba la salvación y la victoria.

La necesidad pública confirmaba á Garibaldi el título de general, que durante la campaña de Lombardía le fué discutido hasta por los mismos á quienes defendía.

Pero aquel general, recibido y aclamado por todo un pueblo, no tenía soldados.

Se le improvisó una brigada formada por elementos heterogéneos, por hombres que sin conocerse debían reunirse, amalgamarse por efecto del entusiasmo que Garibaldi inspiraba.

Esta brigada se formó de dos batallones de legionarios, entre los que había unos cuarenta de los llegados de Montevideo; de trescientos hombres que habían tomado parte en la expedición á Venecia; cuatrocientos estudiantes; trescientos carabineros movilizados, y trescientos emigrados. Entre todos sumaban dos mil quinientos hombres, que fueron encargados de la defensa de las murallas comprendidas entre la puerta Postera y las de San Pancracio y Cavallegieri, y que ocuparon todos los puntos elevados fuera de las murallas de la villa Corsini, llamados de los *Cuatro-Vientos*, hasta Panfili.

Todo hacía suponer que por esta parte ataca-

Digitized by Google

rían principalmente los franceses, deseosos de conservar á Civita-Vecchia como base de sus operaciones.

El 28 de abril, la vanguardia francesa estaba en Palo, á donde el día anterior había llegado abriendo camino un batallón de cazadores.

El 29, pernoctaba la vanguardia en Castel-di-Guindo, es decir á cinco leguas de Roma.

Desde Castel envío el general en jefe, para hacer un reconocimiento, á su hermano, el capitán Oudinot, con un ayudante y quince caballos.

Los esploradores llegaron hasta el punto en que se dividen las dos carreteras Aurelianas, y á una legua de Roma encontraron á las avanzadas romanas.

El oficial que mandaba las avanzadas salió al encuentro de los francés y preguntó á Oudinot:

—¿A dónde van ustedes?

—A Roma—respondió el capitán.

—Atrás.

—Venimos en nombre de la República francesa.

—Y yo cierro el paso en nombre de la República romana... ¡Atrás!

—Y ¿si nos negáramos á retroceder?

—Nosotros os obligaríamos.

—¿Por qué medio?

—Por la fuerza.

—Entonces—dijo el oficial francés, dirigiéndose á sus hombres—defendámonos.

Y esto diciendo, hizo sobre los italianos un disparo de pistola.

—¡Fuego!—respondió el oficial que mandaba las avanzadas romanas.

Los exploradores huyeron al galope, dejando en poder de los italianos un cazador francés, á quien una bala había matado el caballo.

El prisionero fué llevado á Roma.

Los exploradores franceses, comunicaron á su

Digitized by Google

general que Roma estaba dispuesta á defenderse.

Oudinot, siguió avanzando.

Al día siguiente, es decir el 30 de abril, mandó á sus soldados que dejaran las mochilas en la Maglianilla, y avanzaron á paso de carga.

Aquí conviene desvanecer un error.

Algunos escritores franceses han dicho, que los italianos habían preparado un lazo á los soldados de Oudinot, que hacían un reconocimiento.

Esto no es exacto. El combate del 30 de abril era esperado por el general francés, como lo prueba el siguiente plan de campaña, hallado sobre un oficial francés muerto, y transmitido por el coronel Masi, al general ministro de la Guerra:

«Se dirigirá un doble ataque por las puertas Angélica y Cavallegieri, á fin de dividir las fuerzas y la atención del enemigo.

«Por la primera, se dominará á las tropas enemigas acampadas en el Monte-Mario y luego se ocupará la puerta Angélica.

«Cuando nuestras tropas hayan ocupado estos dos puntos, acometeremos al enemigo con toda la fuerza posible, y en todos sentidos hacia la plaza de San Pedro, punto de reunión de nuestras tropas.

«Recomiendo que se ahorre sangre francesa.»

El plan del general francés, sobre ser malo, fué mal ejecutado.

Trataremos de probarlo.

La carretera de Civita-Vecchia á Roma, se bifurca á unos mil seiscientos metros de las murallas; el ramal de la derecha, conduce á la puerta de San Pancracio; el de la izquierda á la puerta Cavellegieri, vecina al ángulo saliente del Vaticano.

Queriendo seguir el plan ideado por Oudinot,

Digitized by Google

una brigada del ejército francés había de avanzar por el ramal de la izquierda, en dirección del acuaducto Paolo, al mismo tiempo que la otra se dirigía, por la derecha, hacia San Pío, para apoderarse de la puerta Cavallegieri.

Este fué el grave error que cometieron los franceses.

Enviaron por la derecha los cazadores del 20.º de línea, que encontraron un terreno escabroso, cortado por un bosque y de difícil acceso; por la izquierda avanzaron los cazadores de Vincennes. A unos ciento cincuenta metros de las murallas, estos valientes soldados del ejército enemigo, fueron aniquilados por la metralla que vomitaba la batería del baluarte de San Mario.

Las condiciones en que luchaban eran tan desventajosas, que no hubiera quedado un solo hombre, si no hubiesen acertado á sacar partido de la experiencia adquirida en sus largas campañas en Africa, en donde habían aprendido á hacer un parapeto de cada accidente del terreno.

Por otra parte, su fuego, admirablemente dirigido, nos causaba grandes daños.

En este combate murieron el teniente Marducci, joven de brillante porvenir, cuya madre, después de entrar Pío IX fué condenada á ocho días de prisión por haber depositado flores sobre la tumba de su hijo; el ayudante Enrique Pallini, el brigadier Ridova, el capitán Pifferi, el teniente Belli y algunos otros.

Pero los vivos se daban prisa á reemplazar á los muertos.

Al romper el día, el redoble de los tambores anunció á los romanos la aproximación de los franceses y en un instante las murallas y los baluartes se cubrieron de hombres.

Mientras los cazadores de Vincennes y los del 20.º de línea respondían á nuestro nutrido fuego,

Digitized by Google

el grueso de la columna francesa continuaba avanzando.

En el momento en que se presentó, una batería de cuatro piezas, colocada en un baluarte, comenzó á ametrallarla.

El general francés se apresuró á establecer sobre los acueductos una batería, encargada de responder á nuestro fuego, é hizo montar sobre una columna otras dos piezas que apuntaban á los jardines del Vaticano, donde había muchos paisanos con armas.

Los cazadores de Vincennes, nos hicieron tantas bajas, que hubo un momento en que aminoró grandemente nuestro fuego. Esto envalentonó al general francés, quien ordenó á la brigada Moliére que avanzara. En el tiempo que el enemigo empleó en ejecutar esta orden, fueron reemplazados nuestros muertos por jóvenes animosos, cuyo fuego nutrido y certero, aniquiló en pocos minutos las cabezas de las columnas Marulaz y Bonat.

Garibaldi seguía todos estos movimientos desde los jardines de la villa Panfili.

Cuando juzgó el momento oportuno, envió pelotones, que avanzando sigilosamente debían caer de improviso sobre los franceses.

El enemigo descubrió á tiempo esta maniobra, y destacó un centenar de soldados del 20.º de línea para impedir que fuesen sorprendidos los cazadores de Vincennes.

Garibaldi envió un mensajero á los triunviros, para decirles, que si se le daban mil hombres respondía del éxito de la jornada.

Se le enviaron el batallón del coronel Galleti y el primer batallón de la legión romana, mandado por el coronel Morelli.

Garibaldi destinó varias compañías á defender los sitios amenazados; otras fueron encargadas

Digitized by Google

de proteger los flancos y con los hombres restantes fué el general al encuentro de los franceses.

Un error nos costó algunos soldados.

Los defensores de las murallas, tomaron á los hombres de Garibaldi por franceses, é hicieron fuego sobre ellos.

El general se detuvo hasta que los de las murallas advirtieron la equivocación, y entonces, cargó resueltamente á la bayoneta sobre el centro de las fuerzas enemigas.

Se trabó un combate terrible entre los tigres de Montevideo, como se llamaba á los legionarios de Garibaldi, y los leones de Africa.

Franceses y romanos lucharon cuerpo á cuerpo, con valentía insuperable, con saña indecible.

Garibaldi había hallado por fin enemigos dignos de él.

En esta cruenta pelea murieron, de los nuestros, el capitán Montaldi, los tenientes Rigli y Zamboni; fueron heridos, el brigadier Marochetti, el médico Schienda, el oficial Ghigliani, el capellán Bassi, quien, inerme, valeroso, sereno, metíase en el foco de la acción para auxiliar á los heridos y confortar á los moribundos.

Al cabo de una hora de lucha, viéronse los franceses obligados á ceder, huyendo á la desbandada para unirse al cuerpo principal.

Hicimos doscientos sesenta prisioneros.

Viendo Faby, capitán de artillería, agregado al estado mayor de Oudinot, la derrota de los suyos, pidió al general que le dejase dirigir un nuevo ataque por un camino de Faby conocido, por el que llegarían los franceses hasta las puertas de Roma vecinas á los jardines del Vaticano.

Oudinot aceptó, y dió á Faby una brigada del cuerpo Lavaillant.

La empresa comenzó bien, y los franceses pudieron llegar sin ser vistos por los defensores de

Digitized by Google

Roma, hasta el camino consular de la puerta Angélica; mas, al llegar á este sitio, los voluntarios que defendían los jardines pontificios, hicieron nutrido fuego sobre la columna, y una de las primeras balas alcanzó al capitán Faby.

Aunque privada de su jefe, la columna se defendió bravamente, respondiendo durante algún tiempo al fuego de los italianos; pero diezmados, por los defensores de las murallas, y amenazados por nuestras tropas del Monte-Mario y por las baterías del castillo, los franceses tuvieron que refugiarse en las casitas diseminadas en los viñedos y en la carretera, donde nuestra artillería siguió fogueándolos.

Por fortuna para el general Lavaillant, nuestras tropas del Monte-Mario, no cargaron sobre la columna, y los dos mil hombres que defendían la puerta Angélica no se movieron.

No era más afortunado Oudinot en la lucha con los hombres de Garibaldi.

Viendo el general francés á los suyos derrotados, y temiendo que se le cortara la comunicación con Civita-Vecchia, mandó avanzar al resto de la brigada Moliére, y la lucha, un momento suspendida, se reanudó con nuevo ardor.

Pero la ciencia de la guerra, la disciplina, el valor, todo se estrelló contra la bravura de nuestros improvisados luchadores.

Es que para hacerlos invencibles estaba con ellos Garibaldi, erguido sobre su caballo, la espada en la diestra, el apóstrofe en los labios, enardecido, soberbio como el dios de las batallas.

Después de una obstinada pelea que duró cuatro horas, el francés Picard, jefe de uno de los batallones del 20.º de línea, se apoderó con trescientos hombres, de una buena posición, que tuvieron que desalojar los estudiantes que la defendían. Pero inmediatamente Garibaldi, al frente de

Digitized by Google

sus tropas, reforzadas con un batallón, mandado por Arcioní, acometió denodadamente á la bayoneta al enemigo, que luchaba parapetado en una casa, de que había hecho fortaleza. Mientras los hombres de Garibaldi rodeaban la casa, Nino Bixio y los suyos atacaban de frente, batiéndose todos los italianos tan vigorosamente, que los fraceses no tardaron en rendirse.

Esta lucha gigantesca decidió el éxito de la jornada, cambiando por completo la faz de las cosas. Ya nadie se preguntaba si Oudinot lograría entrar en Roma, sino si podría llegar á Civita-Vecchia.

Siendo Garibaldi dueño de villa Panfili y de la posición de los acueductos, dominaba la vía Aureliana y con un movimiento rápido podía llegar á Castel-di-Guido y cerrarle el paso á los invasores.

El éxito de este movimiento era seguro. El ala izquierda de los franceses había sido diezmada, como ya hemos dicho, por los defensores de los jardines del Vaticano, y los hombres que de ella quedaban, no podían batirse en retirada, sin exponerse al fuego exterminador de la artillería y de los infantes de las murallas.

El ala derecha, batida y disgregada por Garibaldi, se hallaba en esos instantes de desaliento que siguen á una derrota inesperada, y no podía oponer sino débil resistencia. Además, los franceses estaban extenuados por un combate de diez horas, y faltos de caballería que pudiera proteger la retirada.

Nosotros teníamos de reserva dos regimientos de línea, dos regimientos de dragones, dos escuadrones de carabineros, el batallón de lombardos, á las órdenes de Manara, y para ayudar á todos estos soldados, un pueblo enardecido por

Digitized by Google

la victoria lograda, y bien dispuesto para defender su libertad querida y su ciudad adorada.

Garibaldi se dió cuenta exacta de la situación y desde el campo de batalla escribió á Avezzana:

«Enviadme tropas de refresco y del mismo modo que he cumplido mi promesa de batir á los franceses, cumpliré la que ahora hago de impedir que ni un solo enemigo vuelva á sus barcos.»

Pero el triunviro Mazzini se opuso con energía y con su poderosa elocuencia á este proyecto.

—Si nos ensañamos con los derrotados—dijo—haremos de Francia un enemigo mortal. Además, no debemos exponer á nuestros soldados de reserva á luchar en campo raso contra un enemigo derrotado, pero valeroso y aguerrido.

Este grave error de Mazzini, privó á Garibaldi de una jornada napoleónica, é hizo infructuosa la victoria del día 30. Fué un error fatal, pero excusable en un hombre que había puesto todas sus esperanzas en el partido democrático francés, de que era jefe Ledru-Rollin.

Si el plan de Garibaldi hubiera sido aceptado, es casi seguro que hubiese cambiado el destino de Italia.

Dada nuestra superioridad numérica, y las ventajosas posiciones en que hubiéramos luchado, es seguro que los franceses hubiesen sido aniquilados.

Un detalle curioso: durante toda la jornada, las músicas militares romanas tocaron la *Marsellesa*, combatiendo á los mismos que enardecidos por este canto habían vencido á Europa.

Además de los muertos y heridos que nos hicieron los franceses, sus disparos causaron grandes destrozos en los edificios, y no pudimos dejar de sonreir, cuando leímos en los periódicos que el sitio sería probablemente largo, por el cuida-

Digitized by Google

do que ponían los artilleros en que quedaran intactos los monumentos artísticos.

En efecto, las balas y las granadas cayeron como espesa granizada sobre la cúpula de San Pedro y sobre el Vaticano.

Una de las valiosas pinturas de la capilla Paulina fué deteriorada por un proyectil; otro destrozó un rico adorno de la capilla Sixtina, obra de Buonarotti.

Nuestras pérdidas en hombres, sólo fueron cien soldados, entre muertos y heridos y un prisionero; á los franceses les hicimos 1,300 bajas.

El italiano prisionero era el sacerdote Hugo Bassi, quien se separó de las tropas para asistir á un moribundo.

Fácilmente se adivinará la alegría que se apoderó de Roma en la noche que siguió á esta jornada gloriosa. Todas las casas de la ciudad se iluminaron, recorrieron las calles bandas de música, tocando himnos patrióticos que el pueblo coreaba entusiasmado.

A los prisioneros se les trató con regalo, y á los oficiales que habían perdido la espada, se les hizo entrega de espadas nuevas.

Al día siguiente, 1.º de mayo, el infatigable Garibaldi, solicitó y obtuvo autorización del ministro de la Guerra, para atacar á los franceses con su legión, es decir con 1,200 hombres.

Dividió sus fuerzas en dos columnas, de las que una partió con Marina por la puerta Cavallegieri, y la otra, mandada personalmente por Garibaldi, por la puerta de San Pancracio. La caballería de la legión fué reforzada con un escuadrón de dragones.

El objeto del general era sorprender al francés en su campamento y atacarle allí, sin reparar en la enorme superioridad numérica del enemigo,

Digitized by Google

Confiaba Garibaldi en que el pueblo romano acudiera en su auxilio.

Cuando llegaron los legionarios al punto deseado, el enemigo se había retirado hacia Castel-di-Guido, y Marina, que tenía menos camino que recorrer, había logrado alcanzar á la retaguardia francesa.

Garibaldi aceleró la marcha y se unió á Marina cerca de la hostería de Malagrotta, donde los franceses se apercibían para la batalla.

Dispuso el general sus tropas en orden de batalla, tomando posiciones ventajosas, y ya se disponía á romper el fuego, cuando se presentó un oficial francés pidiendo parlamentar con Garibaldi.

El parlamentario dijo que le enviaba el general en jefe del ejército francés para pactar un armisticio, que se emplearía en averiguar si realmente el pueblo romano aceptaba el gobierno republicano y quería defender sus derechos. Como prueba de las leales intenciones del general, éste proponía devolvernos al P. Hugo Bassi, que, como ya hemos dicho, fué hecho prisionero el día anterior.

Antes de que terminara la entrevista llegó una orden del ministro mandando á Garibaldi que regresara á Roma.

La legión llegó á la ciudad á las cuatro de la tarde llevando al parlamentario.

El armisticio fué concedido.

Digitized by Google

Expedición contra el ejército napolitano

Mientras se desarrollaban los sucesos que acabamos de relatar, el ejército napolitano, compuesto por unos veinte mil infantes, mandado por su rey, y bien reforzado con treinta y seis cañones y una excelente caballería, avanzaba para atacar á la ciudad por la orilla izquierda del Tíber.

Los napolitanos, envalentonados con sus recientes victorias en Calabria y en Sicilia, iban resueltamente sobre Roma, y ya habían ocupado militarmente Velletri, Albano y Frascati, llevando protegida su derecha por los Apeninos, su izquierda por el mar, y extendiendo sus avanzadas hacia Roma.

Viendo esto Garibaldi, á quien el armisticio dejaba sin ocupación, pidió que se le autorizara para hacer la guerra al rey de Nápoles.

Se le concedió lo que pedía.

En la noche del 4 de mayo, Garibaldi salió en busca de los napolitanos, con dos mil quinientos hombres.

Un joven suizo, Gustavo de Hoffstetter, que ha escrito una excelente historia del sitio de Roma, refiere con las siguientes palabras la impresión que le produjo la llegada de Garibaldi.

«Al dar las seis, presentóse el general con su estado mayor y fué saludado con entusiastas aclamaciones. Yo veía á Garibaldi por vez primera. Era hombre de mediana talla, rostro ennegrecido por el sol, pero de correctas facciones que recordaban las de los primitivos italianos.

«Manteníase á plomo en la silla, con firmeza y elegancia de excelente jinete.

«Bajo su sombrero, de amplias alas, adornado

Digitized by Google

con una pluma negra de avestruz, flotaba abundante cabellera; la barba, poblada y poco cuidada, le cubría toda la parte superior del rostro. Sobre la roja camisa llevaba un capote americano blanco, forrado de rojo.

«Los hombres de su estado mayor vestían blusa roja, prenda que después fué aceptada por toda la legión.

«Detrás de Garibaldi cabalgaba su ordenanza, un negro vigoroso, que había peleado con el general en América. El negro iba cubierto con una capa negra, y armado con una lanza con bandera roja.

«Todos los legionarios que habían estado con Garibaldi en América, llevaban á la cintura pistolas y puñales, admirablemente trabajados, y en la mano látigos de piel de búfalo.»

Continuemos la descripción. Ahora habla Emilio Dandolo, valiente voluntario que ha dejado un curioso relato del sitio de Roma, en el que vió morir á su hermano.

«Los oficiales llegados de América, galopan, seguidos de sus ordenanzas, y van de un lado á otro activos, vigilantes, infatigables. Cuando la tropa se detiene para acampar y tomar descanso, ellos se apean y antes que del propio cuidado se preocupan de sus caballos, á los que ellos mismos llevan á forrajear.

«Cuando los caballos están bien acomodados, cuando han satisfecho la sed y el hambre, piensan en su descanso los oficiales.

«Si escasean las provisiones, montan á caballo tres ó cuatro coroneles, y armados de lazos dan una batida en busca de reses que cazan á la americana. Terminada la cacería, regresan al campamento, distribuyen equitativamente lo cazado, y oficiales y soldados se dedican á descuartizar las

Digitized by Google

reses y á preparar la comida, consistente casi siempre en carne asada que preparan en grandes hogueras.

«Entre tanto Garibaldi, si está el peligro alejado, permanece en su tienda combinando planes ó acostado. Mas si está cerca el enemigo, permanece á caballo, da órdenes y visita las avanzadas. Frecuentemente se disfraza de campesino y hace personalmente arriesgadísimas exploraciones. A veces se le ve sentado en algún sitio elevado, donde pasa horas enteras vigilando los alrededores, con auxilio de sus gemelos de campaña.

«Cuando el corneta del general da la señal de marcha, los oficiales se sirven nuevamente de los lazos para recoger los caballos que esparcidos pastan en las praderas. Luego las tropas se ponen en movimiento, sin que nadie sepa á donde se va, mas sin preocuparse gran cosa del destino, porque todos tienen ciega confianza en el general.

«La legión de Garibaldi está compuesta de unos mil hombres, y fórmanla gentes de todas clases, razas y edades. Mezclados con precoces aventureros de doce á catorce años, se ven soldados encanecidos en los campos de batalla, atraídos y agrupados por obra del nombre y de la fama del ilustre caudillo, y codeándose con estos verdaderos militares, hay no pocos voluntarios que no podrían, sin mentir, enorgullecerse sino con la segunda mitad de la divisa de Bayardo,—el caballero sin tacha y sin miedo,—pícaros que buscan en la confusión y en la guerra la licencia y la impunidad.

«Los oficiales están elegidos entre los más valerosos, sin tener para nada en cuenta ni la antigüedad ni más antecedentes que los de la bravura. Con frecuencia se da el caso de que un legionario que ha dirigido por la mañana como

Digitized by Google

oficial, tome en el siguiente encuentro puesto en las filas, para pelear como simple soldado.

«La soldada jamás falta, porque se paga con papel de la República, que no cuesta sino el trabajo de hacerlo imprimir. Proporcionalmente hay más oficiales que soldados. El hombre encargado de los bagajes, es capitán; teniente, el cocinero del general, é igual graduación tiene el ordenanza de Garibaldi. El estado mayor lo componen brigadieres y coroneles.

«La sencillez de Garibaldi es tal, que quien no le conozca á fondo, la tendría, por fingida; este hombre de costumbres patriarcales más parece el jefe de una tribu india que un general. Pero cuando se aproxima el peligro, diríase que se transforma y causa admiración el valor con que se bate y el acierto con que dirige. Los conocimientos que de arte militar le faltan, súplelos con su pasmosa actividad.»

Todos los que de Garibaldi han hablado, exprésanse en términos semejantes.

Reanudemos el interrumpido relato de la excursión contra los napolitanos.

La tropa se puso en marcha al anochecer.

¿Dónde iba?... Nadie lo sabía.

Dando un largo rodeo, fué á buscar la legión la carretera de Palestrina.

La noche era serena y fresca, y el imponente silencio de los campos sólo era interrumpido por el acompasado caminar de los soldados, que marchaban silenciosos á pasos redoblados.

El estado mayor hacía el servicio de exploración.

Cuando el terreno era muy accidentado, detenía se la columna, y los ayudantes se adelantaban para marcar el camino que los expedicionarios debían seguir.

Digitized by Google

Estas paradas, sobre dar seguridad á la marcha, servían para que descansaran las tropas, á las que se las hizo caminar hasta las ocho de la mañana.

A una legua de Tívoli detuviéronse los expedicionarios.

Con esta marcha nocturna, hecha con rápidez el general había logrado tres ventajas.

1.ª Había despistado á los espías, que al verle salir por la puerta del Pueblo, debieron de creer que la expedición se dirigía contra los franceses, los que detenidos en Palo habían entrado en negociaciones con el triunvirato.

2.ª Garibaldi se hallaba sobre el flanco derecho de la línea de operaciones de los napolitanos, que tenían establecido el campamento en Velletri.

3.ª Con el fresco de la noche, habían podido hacer las tropas una marcha forzada, irrealizable en pleno día.

A las cinco de la tarde púsose de nuevo en marcha la columna hacia las ruinas de la villa Adriana, distante poco más de una legua del sitio en que se había hecho alto, y situado en la falda de la montaña de Tívoli.

El general había pensado acampar allí, pero antes de resolverse, mandó hacer una minuciosa exploración. No envió tropas á Tívoli porque sólo en los casos apurados quería entrar en las ciudades.

Por fin, acamparon las tropas en las ruinas de la villa Adriana, en cuyos subterráneos hallaron los hombres y los caballos alojamiento más que mediano.

El 6 de mayo se continuó la marcha, yendo á la cabeza los bersaglieri.

Para ganar la carretera de Palestrina, fué preciso pasar por el desfiladero de San Veterino.

Digitized by Google

A medio día acamparon las fuerzas en un valle, donde encontraron sombra y agua fresca en abundancia.

A las cinco, comenzaron los expedicionarios á subir la montaña. Delante de los soldados marchaban las bestias de carga con municiones de guerra.

En la cima de la montaña hallaron las tropas una antigua vía romana, perfectamente conservada, que conducía á Palestrina, á donde llegó la legión á la una de la madrugada.

El general envió patrullas en todas direcciones.

Una de estas patrullas, compuesta de sesenta hombres y mandada por el teniente Broncelli, obtuvo muy felices resultados. Atacó á una aldea ocupada por los napolitanos, los hizo huir y regresó á Palestrina con varios prisioneros.

El día 9 se supo que un considerable cuerpo de napolitanos avanzaba hacia Palestrina.

En efecto, á cosa de las dos de la tarde, desde la cima de la montaña de San Pedro, que domina la ciudad y que estaba ocupada por nuestra segunda compañía, se vió avanzar en buen órden, por los dos caminos que se juntan en la puerta del Sol, á las fuerzas enemigas, formadas por dos regimientos de infantería de la guardia real y una división de caballería.

Garibaldi destacó dos compañías de su legión, una de la guardia nacional y la cuarta compañía de bersaglieri.

Esta ocupaba el ala izquierda de la vasta cadena de montañas que van á morir en el valle.

Manara, dominaba desde su caballo esta magnífica escena, y con toques de corneta ordenaba los movimientos que debían ejecutar sus hombres.

Cuando estuvimos cerca de los napolitanos comenzó vivo tiroteo, y los otros cuerpos de la expedición, se presentaron fuera de las puertas de

Digitized by Google

la ciudad, ordenadamente formados en columna cerrada.

El jefe enemigo quiso entonces que avanzara su vanguardia; pero los soldados sabedores de que iban á luchar contra Garibaldi, no ejecutaron la orden, temerosos de ser batidos.

Nosotros seguimos fogueándolos sin descanso.

Nuestra extrema derecha siguió avanzando para caer con ligereza sobre los flancos del enemigo.

Los napolitanos vacilaron un instante; luego, rompiendo las filas, huyeron sin casi haber disparado los fusiles.

Los hombres de Manara fueron al alcance de los fugitivos logrando hacer cinco ó seis prisioneros.

La lucha con el ala derecha tuvo parecido resultado.

La primera compañía de bersaglieri dejó á los napolitanos que se aproximaran y con una carga tan enérgica como inesperada, desbarató las filas del enemigo, al que persiguió, después de aguantar con admirable calma una carga de la caballería, que costó la vida á buen número de jinetes napolitanos.

Garibaldi envió un batallón de refuerzo á Manara, con orden de cargar á la bayoneta.

Viéndose los napolitanos acometidos por todas partes, huyeron á la desbandada dejando tres cañones en el campo de batalla.

El combate duró tres horas, y se terminó favorablemente sin gran trabajo. Si algo nos causaba asombro era la cobardía que demostraron los napolitanos.

Si hubiésemos tenido caballería para perseguir á los fugitivos, el triunfo hubiera sido completo.

Pero cuando Garibaldi vió al enemigo retirarse tan precipitadamente y á los nuestros perse-

Digitized by Google

guirle codiciosos, temió que la fuga fuese cosa de industria para prepararnos una emboscada, y ordenó la retirada.

En este encuentro tuvimos doce muertos y veinte heridos.

Los resultados materiales del combate fueron nulos, pero, en cambio el efecto moral fué grande. Dos mil quinientos soldados de Garibaldi, habían derrotado á seis mil napolitanos.

Fueron llevados ante el general, unos veinte prisioneros, pertenecientes todos á la reserva, y por consiguiente sacados por fuerza de sus casas, á combatir por una causa que no les interesaba. Todos se presentaron pálidos y temblorosos ante Garibaldi, implorando perdón.

Eran buenos mozos, perfectamente vestidos, pero armados detestablemente con pesados y antiquísimos fusiles. Todos llevaban en los morrales provisión más que mediana de estampas de santos y de amuletos, cuya virtud trataban de reforzar con medallas y escapularios que llevaban colgados del cuello, en los bolsillos, en los forros de las guerreras, en todas partes.

Dijeron que el rey estaba en Albano con dos regimientos suizos, tres de caballería y cuatro baterías. Se esperaban refuerzos.

Las tropas derrotadas, habían sido enviadas, al mando del general Zucchi, para caer sobre Palestrina y apoderarse de Garibaldi.

Pasamos la noche á campo raso, en las afueras de Palestrina.

Al siguiente día avanzamos para tomar posiciones cerca de Albano. Nuestras patrullas se aventuraron hasta las líneas enemigas.

Para no estar ociosos, nos ocupábamos en hacer maniobrar á nuestros soldados.

Era un espectáculo curioso y alentador ver á los soldados de la República aprendiendo á ma-

Digitized by Google

nejar el fusil en las mismas barbas del enemigo.

El 7 de mayo, cuando entramos en Palestrina, íbamos calados de cabeza á pies por una lluvia torrencial que nos había sorprendido en el camino.

Al batallón Manara, se le dió por alojamiento un convento de agustinos; pero los frailes se negaron resueltamente á dejar entrar á los soldados.

Estos, que llegaban rendidos y chorreando agua, pasaron más de una hora golpeando inútilmente en la puerta para que se les abriera, hasta que cansados de que no se les hiciese caso, forzaron la entrada para guarecerse de la lluvia y del viento huracanado que soplaba.

Aunque la tropa estaba enojada contra los frailes y aunque el general había dicho y los soldados no lo ignoraban, que era necesario combatir con igual saña á los monjes enemigos de la República que á los napolitanos, las exhortaciones de Manara y de sus oficiales calmaron á todos, evitando los desórdenes que eran de temer. Acostáronse los soldados sobre las piedras de los claustros, buscando en un corto descanso, fuerzas para soportar nuevas fatigas.

En la noche del 9, volvieron los bersaglieri á su convento y lo encontraron cerrado de nuevo, Fué preciso recurrir otra vez á la fuerza para entrar.

Los frailes habían huído llevándose las llaves de las celdas, cuyas puertas se forzaron también para procurar á los soldados mantas y colchones. Los oficiales se alojaron en las celdas.

Nadie quiso esta vez dormir sobre las piedras, y como los oficiales, contagiados del mal ejemplo, se habían alojado bien, los soldados se dieron maña para acomodarse lo mejor posible.

En menos de una hora quedó trastrocado todo, y el desórden era tal, que fué preciso recurrir á

Digitized by Google

la violencia para impedir que se hiciera en la iglesia y en la biblioteca lo que se había hecho en las celdas.

Los frailes no habían dejado más que los muebles pesados, de los que, como es natural, no pensaron apoderarse los soldados; pero buen número de paisanos, vecinos de Palestrina, que habían entrado con las tropas, se dieron prisa á trasladar á sus casas todo aquello que les pareció de algún valor.

La correspondencia de los frailes no fué más respetada, y más de una carta fué llevada en triunfo y leída en alta voz por los soldados, que celebraron ruidosamente alguna frase que hubiera hecho enrojecer seguramente á los castos fundadores de la orden.

El 10, acampamos en las afueras de Palestrina.

Los napolitanos, se aproximaban poco á poco á Roma, pero con manifiestos deseos de evitar un nuevo combate con Garibaldi.

Temiendo el general una acción combinada de napolitanos y franceses, ordenó el regreso á Roma á donde llegaron las tropas expedicionarias en la madrugada del día 12, después de haber caminado durante la última noche, veintiocho millas, sin detenernos ni un instante.

Los soldados estaban muy necesitados de reposo; pero al llegar la noche, tuvieron que tomar de nuevo el fusil para hacer frente á los franceses, que atacaban el Monte-Mario.

Se cambiaron algunos tiros con los invasores, y los legionarios de Garibaldi durmieron en las murallas, con las armas en la mano.

Digitized by Google

Combate de Velletri

A partir de este momento, las notas dejadas por Garibaldi, nos permiten devolverle la palabra, para que él mismo relate los hechos más salientes de los sucesos en que desempeñó principalísimo papel.

* * *

El 12 de mayo, la Asamblea constituyente romana, al tener conocimiento de la heroica defensa de Bolonia, publicó el siguiente decreto:

La Asamblea constituyente en nombre de Dios y del pueblo.

DECRETA

ARTÍCULO ÚNICO

«Que el heróico pueblo de Bolonia merece bien de la patria, de la República, y es digno émulo de su hermano, el pueblo romano.»

El mismo día en que se rindió Bolonia, el embajador extraordinario de la república francesa, Fernando de Lesseps, entraba en Roma con Miguel Accursi, representante de la República romana en París.

Gracias á los buenos oficios del embajador francés, quedó convenido el armisticio, al que yo me opuse enérgicamente el 1.º de mayo.

El gobierno romano resolvió aprovechar esta tregua para desembarazarse del ejército napolitano, que aunque poco temible, podía causarnos algunas molestias.

Digitized by Google

En esta ocasión tuvo el gobierno por conveniente hacer dos generales de división, uno de un coronel, otro de un general de brigada; el primero fué Roselli, el segundo, yo.

El mando de la expedición se le dió á Roselli.

Algunos amigos trataron de convencerme de que no debía aceptar un puesto que me ponía bajo las órdenes de un hombre que el día anterior era mi subordinado.

Yo, que lo que deseaba era pelear, contra los enemigos de mi patria, acepté el puesto que se me daba con igual alegría que hubiese aceptado el de simple soldado.

El 16 de mayo, por la tarde, salía de los muros de Roma, por la puerta de San Giovanni, todo el ejército de la República, formado por 10,000 hombres y doce piezas de artillería.

Entre los 10,000 hombres había 1,000 jinetes.

Ya en marcha, se advirtió que faltaba el cuerpo de Manara, que debía formar parte de la expedición.

Se envió un oficial de estado mayor, á informarse de por qué Manara, que acostumbraba á ser el primero cuando se trataba de combatir, era esta vez el último.

El motivo no podía ser mayor: nadie se había cuidado de avisar al jefe de los bersaglieri, quien estaba furioso, con razón, creyendo que se le excluía de intento del cuerpo expedicionario.

Después de una larga y penosa marcha, llegamos á Zagarola á las once de la mañana del día 17.

Inútilmente buscamos alimentos para las tropas. Los napolitanos habían dado fin del pan y la carne, y poco faltó para que se bebieran también todo el vino que en las bodegas hallaron.

Por fortuna yo llevaba algunas cabezas de ga-

Digitized by Google

nado, á las que se agregaron varias reses que mis hombres cogieron á lazo.

En Zagarola estuvimos unas treinta horas, pasadas las cuales, nos pusimos en marcha, tan desprovistos de todo como al salir de Roma.

El 18 de mayo, se dió la orden de marchar á la una de la tarde; pero en realidad no nos pusimos en camino hasta las seis, hora en que yo me puse á la cabeza de la brigada de vanguardia, para dirigirnos á Valmontona. Las otras brigadas me siguieron.

Ordené á las tropas que caminaran en silencio y alerta. Se me había dicho que el ejército napolitano estaba acampado en Velletri y que lo formaban unos diez y nueve mil hombres con treinta cañones.

Se me aseguró que las fuerzas las mandaba el rey de Nápoles en persona.

En efecto, el enemigo ocupaba Velletri, Albano y Frascati; sus avanzadas llegaban hasta Frotocchi.

Al abandonar mis tropas á Palestrina, diéronse prisa los napolitanos á ocupar esta población, para dominar el valle en que se encontraba el único camino practicable para un ejército que desde Roma fuese al campamento de los realistas.

Era, pues, indudable que el enemigo podría oponernos seria resistencia, por tener sobre nosotros la ventaja del número y disponer de cañones y buena caballería.

Pero el buen éxito del primer encuentro que con los napolitanos habíamos tenido, era para nosotros nuncio de la victoria en la jornada que íbamos á emprender. Confirmábanos en esta alentadora creencia, el saber que las tropas del rey de Nápoles estaban completamente desmoralizadas.

Para obligar al enemigo á aceptar una batalla,

Digitized by Google

resolvimos ocupar Monte Fortino como punto estratégico, desde donde intentaríamos hacernos dueños del valle y amenazar las comunicaciones del ejército napolitano con Nápoles.

Dueños de Monte-Fortino, ocuparíamos Citenna, cerrando á los realistas el camino de su frontera; luego entraríamos en Valletri, si los napolitanos abandonaban este lugar para atarcarnos, ó nos lanzaríamos sobre los cuerpos más débiles, si el enemigo se dividía.

Al anochecer, avanzamos por un camino muy estrecho que nos condujo á las cercanías de Valmontona, donde llegamos á las diez de la noche.

El 18, continuamos la marcha, que no suspendimos hasta ocupar Monte Fortino, que los napolitanos pudieron y debieron habernos disputado.

Todo el ejército borbónico se había retirado á Velletri.

En la mañana del 19, dejé la posición de Monte Fortino para marchar sobre Velletri, con la legión italiana, el tercer batallón del regimiento número 3 de infantería romana y algunos jinetes mandados por el bravo Marina: total unos 1,500 hombres.

A mi lado cabalgaba el sacerdote Hugo Bassi, quien ansioso de sernos útil, me decía sin cesar:

—General, por favor, envíeme donde haya peligro; es preferible que me exponga yo, á que arriesgue la vida un soldado útil.

Cuando estuvimos cerca de Velletri, envié á la población un destacamento, encargado de reconocer el campo y de iniciar el ataque.

Claro es que no tenía yo la pretensión de batir con 1,500 soldados á los 19,000 napolitanos.

Mi plan consistía en llamar sobre mis fuerzas al enemigo, castigarle cuanto me fuera posible y dar tiempo y ocasión á que cargara sobre los napolitanos el grueso de las fuerzas romanas.

Digitized by Google

En las colinas que se elevan á ambos lados del camino de Valletri, distribuí la mitad de mi legión para que amparara á la caballería de Marina, que siguió avanzando.

El resto de mis fuerzas dejélo en segunda línea, como reserva.

Viendo el enemigo que éramos pocos los que íbamos á su encuentro, no tardó en atacarnos.

Inició el combate un regimiento de cazadores, que desparramándose, hizo fuego sobre nuestras avanzadas, las que, cumpliendo mis órdenes, se batieron en retirada.

Inmediatamente salieron de Velletri algunos batallones de línea, y un numeroso cuerpo de caballería.

Todos acometieron con bríos; pero su bravura, trocóse en desconfianza tan luego como mis hombres, encalmados y bien dirigidos por sus oficiales, comenzaron á causar bajas en las filas napolitanas.

A la media hora de iniciado el combate, el jefe enemigo hizo avanzar sobre nosotros por la carretera, dos escuadrones de cazadores montados, contra los que cargué yo á la cabeza de mis cincuenta ó sesenta jinetes, que no vacilaron en atacar contra quinientos napolitanos.

La masa de jinetes napolitanos, nos arrolló de momento. Yo fuí derribado con tanta furia que fuí á caer á diez ó quince pasos de mi caballo, Sin pérdida de momento me puse en pie, y comencé á matar hombres para que no me mataran.

Abriéndome paso con el sable, llegué hasta mi caballo, salté sobre la silla, y para que me reconocieran mis soldados, que seguramente me creerían muerto, enarbolé el sombrero en la punta de mi sable.

Los soldados recibieron mi reaparición con gritos de júbilo.

Digitized by Google

Los jinetes napolitanos, seguidos de los batallones de línea, acometieron con saña tal que llegaron hasta nuestra reserva.

El exceso de coraje fué causa de su perdición, porque habiendo dejado atrás á los cazadores de á pie que protegían sus flancos, encontráronse de pronto rodeados por mis soldados que hacían contínuo y certero fuego.

Creí oportuno el momento para dar un ataque definitivo, y envié un ayudante al general en jefe para pedirle refuerzos.

El general me respondió que no me los podía enviar porque los hombres que con él estaban no habían aún tomado el rancho.

Entonces resolví hacer cuanto pudiera con mis propias fuerzas, siempre insuficientes en los momentos decisivos.

Ordené una carga general de mis 1,500 hombres, contra 5,000 napolitanos.

Al mismo tiempo, nuestros dos cañones ametrallaron á los realistas; los infantes redoblaron el fuego, y mis cuarenta ó cincuenta lanceros, conducidos por Marina, cargaron sobre tres ó cuatro mil soldados de línea napolitanos.

Manara, que estaba á unas dos millas de nosotros, pidió repetidas veces permiso al general en jefe para venir en nuestro auxilio,

Al cabo de una hora, se le concedió la deseada autorización.

Los valientes soldados de Manara llegaron á paso de carga, por la carretera, sin hacer caso del fuego de artillería que sobre ellos hacían los napolitanos.

Cuando llegaron á nuestra retaguardia, ésta se abrió paso dejarles paso, y los bravos voluntarios, desfilaron anhelosos de combatir.

Viendo á aquellos jóvenes, pequeños de cuerpo, morenos, vigorosos; al ver flotar los negros pe-

Digitized by Google

nachos de sus airosos sombreros, todos mis soldados gritaron con entusiasmo: *¡Vivan los bersaglieri!* Estos respondieron con el grito de *¡Viva Garibaldi!* y tomaron posiciones para combatir.

En este momento, el enemigo era rechazado de posición en posición, y se retiraban al amparo de los cañones de la plaza, de los que la mayoría, colocados á la derecha de la puerta, estaban distribuídos en un convento. Dos piezas enemigas apuntaban á la carretera, las otras tiraban sobre el flanco derecho de nuestra columna, á la que no hicieron gran daño porque mis hombres se guarecían mañosamente en los numerosos accidentes del terreno.

Apenas llegó Manara al campo de batalla, puso su caballo al galope para venir hacia mí; pero en el camino fué detenido por un incidente, que refiero porque pinta admirablemente el espíritu de nuestros hombres.

Al pasar por delante de la banda, que tocaba una pieza alegre, unos veinte hombres no pudiendo resistir la influencia de la música, se pusieron á bailar sin preocuparse lo más mínimo de las granadas y la metralla que sin cesar nos enviaban los napolitanos.

En el momento en que Manara, seducido por el espectáculo, lo contemplaba riendo, una bala de cañón destrozó á dos bailadores.

Impresionados por el accidente, dejaron de tocar los músicos, viendo lo cual Manara gritó, como si nada hubiera pasado.

—¡Música! ¡música! y que siga el baile.

Obedecieron los músicos, y se reanudó la danza con entusiasmo creciente.

Yo, al ver llegar á los bersaglieri envié á Hugo Bassi, para que dijera á Manara que viniera á hablarme.

Digitized by Google

Su primer cuidado fué preguntar si estaba yo herido.

—Creo—respondió Bassi—que el general ha recibido un balazo en la mano y otro en el pie; pero cuando no se queja, no deben de ser de cuidado las heridas.

En efecto, había recibido dos insignificantes heridas, de las que no hice caso alguno hasta la noche, cuando no tuve cosas de más importancia en que ocuparme.

Manara me refirió la escena que acababa de presenciar.

—Con tales hombres—me dijo—podríamos intentar entrar en Velletri.

Hízome reir la proposición de aquel bravo, que en su ciego entusiasmo, creía posible tomar con dos cañones y dos mil hombres, una población, colgada como un nido de aguila, en la cima de una montaña, y defendida por veinte mil hombres y treinta cañones.

Envié de nuevo mensajeros al cuartel general. Si hubiese dispuesto de cinco mil hombres, no hubiera vacilado en intentar la empresa fiando el éxito al entusiasmo de mis hombres y al desaliento de los napolitanos.

En lugar de esto me tuve que contentar con permitir que los bersaglieri se tirotearan con los defensores de las murallas, mientras que desde el convento de capuchinos, dos regimientos suizos hacían espantoso fuego de artillería.

Por fin, el general en jefe se decidió á venir en mi ayuda con todo el ejército; pero ya había pasado el momento favorable.

Seguro yo de que el enemigo evacuaría la plaza, de la que ya había partido el rey, con seis mil hombres, propuse que se enviara un fuerte destacamento hacia la puerta de Nápoles para cas-

Digitized by Google

tigar al enemigo en el momento en que se retirara en desorden. El temor de que se debilitaran con exceso nuestras tropas, impidió la ejecución de este plan.

Ya bien entrada la noche, ordené á Manara, que enviara á un oficial con cuarenta hombres de confianza hasta las murallas de Velletri, para adquirir noticias sobre los movimientos del enemigo.

De esta comisión fué encargado el teniente Enrique Dandolo, quien amparado por la obscuridad avanzó hacia la plaza con cuarenta bersaglieri.

Dos aldeanos que encontraron en el camino, les dijeron que la ciudad había sido abandonada.

Dandolo y sus hombres avanzaron hasta la puerta; entraron en la plaza y la hallaron desierta.

Los bersaglieri hicieron prisioneros á algunos napolitanos que se habían quedado dormidos en Velletri, y por ellos, y por los vecinos, á quienes despertó, supo cuanto á mi me convenía averiguar, es decir que al anochecer, los napolitanos se habían puesto en marcha, tan precipitadamente y con tal desorden que habían dejado en la población casi todos los heridos.

Al romper el día salí en persecución de los fugitivos, pero no logré darlos alcance, porque cuando marchaba por la carretera de Terracina recibí la orden de incorporarme á la columna, de la que una miatd regresaba á Roma y la otra debía marchar á Frosinono, para atacar á los voluntarios de Zucchi.

Obedecí la orden del general, dando por terminada una expedición que no dió el resultado que debió dar porque se cometieron cuatro torpezas:

1.ª La de no enviarme refuerzos cuando los pedí;

Digitized by Google

2.ª la de no asaltar la plaza, cuando se me juntó el grueso de la fuerza;
3.ª la de no impedir la retirada de los napolitanos;
4.ª la de no inquietar á los fugitivos.

Digitized by Google

El 3 de junio

Volví á Roma el 24 de mayo. El pueblo me recibió con aclamaciones, delatoras del entusiasmo que había producido la victoria alcanzada por mis hombres sobre los napolitanos.

Por aquellos días los austriacos amenazaban á Alcona, y ya había salido de Roma un cuerpo de cuatro mil hombres para defender las legaciones.

Se preparaba una segunda expedición; pero antes de ordenar la salida de las tropas, el general Roselli, creyó conveniente escribir á Oudinot, duque de Reggio, la siguiente carta:

«Ciudadano general:

«Tengo la íntima convicción de que el ejército de la República romana combatirá un día en unión del de la República francesa, para sostener los derechos más sagrados de los pueblos. Esta convicción me anima á haceros proposiciones que confío aceptaréis.

Se me dice que se ha firmado entre mi gobierno y el ministro plenipotenciario de Francia, un convenio, que no ha recibido vuestra aprobación.

«Yo no entro en los misterios de la política, sino que me dirijo á vos, en calidad de general en jefe del ejército romano.

«Los austriacos se preparan para atacarnos, y tratan de concentrar sus fuerzas en Foligno, desde donde, apoyando su ala derecha en territorio de Toscana, se proponen avanzar por el valle del Tíber y juntarse por los Abruzos con el ejército napolitano.

«Confío en que no podréis ver con indiferencia que semejante plan se realize.

Digitized by Google

«Creo cumplir un deber al comunicaros mis sospechas sobre los movimientos de los austriacos, en estos momentos en que vuestra actitud indecisa paraliza á nuestras fuerzas y puede asegurar la victoria al enemigo. Estas razones me parecen suficientemente poderosas para pediros un armisticio ilimitado, cuya cesación se habría de anunciar quince días antes de romper las hostilidades.

«Este armisticio lo creo necesario para salvar á mi patria, y lo pido en nombre del honor del ejército y de la República francesa.

«Si las columnas austriacas llegan á Civita-Castellana, el ejército francés será responsable ante la historia de habernos obligado á dividir nuestras fuerzas en los momentos en que no son tan necesarias, y de haber asegurado el triunfo de los enemigos de Francia.

«Tengo el honor de pediros respuesta urgente, y entretanto recibid mi fraternal saludo

ROSELLÍ.»

El general francés respondió:

General:

«Las órdenes de mi gobierno son terminantes: me manda entrar en Roma lo antes posible.

«Ya he denunciado á la autoridad romana el armisticio verbal que acordé momentáneamente, cediendo á las instancias de M. de Lesseps, y he notificado, por escrito, á mis avanzadas, que los dos ejércitos quedaban en libertad para romper de nuevo las hostilidades.

«Sin embargo, para dar tiempo á las gentes pacíficas que quieran salir de Roma, y atendiendo á los ruegos del canciller de la embajada francesa, he aplazado el ataque de la plaza hasta la mañana del próximo lunes, cuando menos.

Digitized by Google

«Recibid, general, el testimonio de mi consideración.

«*El general en jefe del cuerpo*
de ejército del Mediterráneo

OUDINOT, DUQUE DE REGGIO.»

Según esta carta del general francés, el ataque no debía comenzar hasta el 4 de junio.

En la madrugada del día 3, despertóme el estruendo de los cañones.

Estaba alojado en la vía Carroze número 59, con Orrigoni y Daverio, los que se levantaron con tanta presteza como yo.

Daverio estaba enfermo, por lo que le ordené que se acostara de nuevo.

Dejé á Orrigoni vistiéndose, monté á caballo, y me lancé al galope hacia la puerta de San Pancracio, donde se había empeñado rudo combate.

Hé aquí lo que había ocurrido:

Nuestras avanzadas de la villa Panfili consistían en seis compañías de bersaglieri de Bolonia y en doscientos hombres del 6.º regimiento.

En el momento en que en los relojes de la ciudad daban las doce, deslizóse con sigilo, al amparo de la obscuridad, una columna francesa hacia la villa Panfili.

—¿Quién vive?—gritó el centinela.

—¡*Viva Italia!*—respondió una voz.

El centinela, confiado por esta respuesta, dejó acercarse á la columna y fué desarmado.

Los franceses avanzaron hacia la villa, matando ó hiriendo á cuantos hombres hallaron al paso.

Algunos italianos, que reconocieron al enemigo,

Digitized by Google

corrieron hacia el convento de San Pancracio dando la voz de alarma.

Otros destacamentos franceses se dirigieron hacia las villas Valentini y Corsini, que como Panfili, fueron tomadas por sorpresa.

Los gritos de los que se habían refugiado en San Pancracio, y los disparos hechos por algunos defensores de las villas Corsini y Valentini, despertaron á los artilleros, los que sin pérdida de momento dirigieron sus baterías hacia las casas de campo, de las que eran dueños los franceses.

Demos una idea del terreno que va á ser teatro de esta terrible jornada.

De la puerta de San Pancracio, parte un camino que conduce directamente á Vascello, donde se divide. El ramal principal desciende á la derecha, pasando junto á los jardines de la villa Corsini, cercados por espesos muros, y va á morir en la carretera de Civita-Vecchia.

El ramal secundario, termina en una alameda que conduce directamente á la villa Corsini, que dista unos trescientos metros de San Pancracio. La alameda está limitada á derecha é izquierda por setos vivos, elevados y espesos.

Un tercer ramal, tuerce á la izquierda, y costea también, parte del jardín Corsini.

La villa Vascello es un vasto y sólido edificio de tres pisos, rodeado de jardines cercados. A cincuenta pasos de los Umuros, se encuentra una casita, desde la cual se puede hacer fuego sobre la villa. En el camino de la izquierda, á cien pasos del punto en que se separa de la carretera, hay dos casas, de las cuales, una está junto al jardín y la otra veinte pasos más allá.

La villa Corsini, colocada sobre una eminencia, domina los alrededores. Para utilizada en un combate, es una posición excelente, pues si se la ataca

Digitized by Google

al descubierto, es necesario atravesar la verja, que está al final del jardín, y recorrer éste bajo el fuego de los defensores, los que pueden disparar parapetados en los setos, en los árboles y en las estátuas de la casa.

Cuando llegué á San Pancracio, habíanse apoderado los franceses de las villas Panfili, Corsini y Valentini. Sólo Vacello seguía en nuestro poder.

La pérdida mayor fué la de la villa Corsini, por lo que era indispensable recuperarla sin pérdida de momento y á toda costa.

Sin inquietarme de que mi capote llamativo y extraño y mi característico sombrero podían servir de blanco á los tiradores franceses, avancé por la carretera, llamando con la voz y con los ademanes á cuantos estuvieran dispuestos á seguirme.

En un momento me ví rodeado de oficiales y soldados. Los primeros en llegar fueron, mi ayudante, Nino Bixio; Daveiro, á quien yo creía acostado; Marina, Sacchi, abanderado de la legión de Montevideo, y Morochetti. Estos bravos reunieron á los dispersos bersaglieri de Bolonia, se pusieron á la cabeza de la legión italiana y arremetieron con tal ímpetu que la villa fué tomada. Pero antes de llegar á la verja, cayeron muertos ó heridos tantos hombres, que los que entraron no pudieron resistir á las numerosas columnas que pusieron cerco al edificio.

Los italianos retrocedieron.

Pero, reforzadas mis tropas con soldados y voluntarios que de todas partes acudían, se dió una segunda carga. Los jefes alentaban á sus hombres y les daban ejemplo poniéndose á la cabeza. Marina que había sido herido en un brazo, levantaba el miembro ensangrentado y gritaba furioso: «¡Adelante!»

Digitized by Google

Yo fuí en ayuda de estos valientes con cuantos hombres pude reunir en Vascello; y Corsini quedó en nuestro poder.

Un cuarto de hora después perdíamos de nuevo esta posición, que nos costó mucha sangre. Allí murió Daveiro y fué herido Nino Bixio.

En el momento en que yo exigía á Marina que fuera á hacerse curar, Manara, que llegaba del campo Vaccino, á pesar de habérsele ordenado que permaneciera allí, estaba á mi lado

—Trae á tus hombres—le dije—es preciso que la villa sea nuestra.

La primera compañía de Manara, al mando del capitán Ferrari, aparecía ya desplegada por la puerta de San Pancracio. Ferrari mandó á sus soldados calar bayoneta y se dirigió á la villa codiciada.

En el momento en que llegaba á la verja, cayó sobre él y sus hombres una espesa granizada de proyectiles. El bravo capitán, bajó la cabeza y siguió avanzando, hasta que un teniente que con él marchaba, le detuvo por un brazo para decirle:

—¡Capitán! ¿No ha reparado usted en que vamos los dos solos?

Ferrari miró por vez primera á su espalda; de sus ochenta soldados, veintiocho habían caído muertos ó heridos. Los demás se batían en retirada.

Manara estaba furioso al ver que la compañía abandonaba á sus oficiales.

Llamó á la segunda compañía, mandada por el capitán Enrique Dandolo, quien antes de acometer dijo á sus hombres:

—¡Adelante, lombardos! Vamos á morir ó á recuperar la villa. Pensad que os contempla Garibaldi.

Ferrari propuso para asegurar el éxito, que en

Digitized by Google

lugar de atacar de frente, fuera su compañía por la derecha, y la de Dandolo por la izquierda, ocultándose tras los setos. Los jefes de ambas compañías se darían mutúamente la señal de ataque, y al toque de las cornetas darían el asalto.

Al cabo de diez minutos oí las cornetas, y un segundo después, el estruendo de la fusilería. La primera descarga mató á Dandolo, al mismo tiempo que caían heridos los tenientes Sylva y Mancini.

Los bersaglieri hicieron un supremo esfuerzo, y ganaron la entrada, acorralando á los franceses hacia la escalera principal, donde se vieron completamente rodeados de enemigos que hacían fuego á quemarropa, derribando un hombre de cada tiro.

Viéndolos luchar y morir inútilmente, ordené la retirada.

Yo tenía dos mil hombres, los franceses veinte mil; yo tomaba la villa con una compañía, y ellos la recuperaban con un regimiento, comprendiendo como yo la importancia de la posición.

Los bersaglieri se retiraron, obedeciendo mis órdenes, dejando cuarenta muertos en los jardines de la villa; casi todos los que salvaron la vida estaban heridos.

Era preciso aguardar nuevas tropas.

Envié á Orrigoni y á Hugo Bassi á recorrer la ciudad, con encargo de enviarme cuantos hombres útiles hallasen. Para tranquilizar mi conciencia, quería hacer un supremo esfuerzo.

En tanto se me unían las tropas de refresco, tuve á los que se habían batido parapetados en Vascello. El refuerzo que llegó componíanlo, soldados de línea, estudiantes, carabineros, bersaglieri, lombardos y fragmentos de distintos cuerpos, entre otros, veinte lanceros, á cuyo frente estaba Marina, quien tan luego como tu-

Digitized by Google

vo vendado el brazo herido, volvió para seguir peleando.

Salí de Vascello con un grupo de dragones, Al verme prorrumpieron todos los soldados en gritos de «¡Viva Italia!» «¡Viva la República romana!» Los cañones de la muralla rompieron el fuego y las balas pasaban sobre nosotros, anunciando á los franceses un nuevo ataque.

Todos revueltos, sin orden, Marina dirigiendo á los lanceros, Manara al frente de los bersaglieri, yo á la cabeza de todos, atacamos con insuperable ardor á la disputada villa.

Al llegar á la puerta, desparramáronse las fuerzas, costeando las tapias, saltando á los jardines, ó entrando resueltamente para ganar la escalera. Marina, que seguido de sus lanceros iba á la cabeza de la columna, franqueó el jardín al galope, y al llegar al pie de la escalera, clavó las espuelas en los ijares de su caballo, al que obligó á saltar los amplios escalones, plantándose con indecible arrogancia en el vestíbulo de la casa.

Esta apoteosis no duró más que un instante; una descarga á quemarropa derribó al jinete y al caballo.

Manara dirigió una carga á la bayoneta y hubo un momento en que fuímos nuevamente dueños de la villa. El momento fué corto, pero sublime.

Los franceses reunieron todas sus reservas, y antes de que yo hubiese podido reparar el desorden inseparable de la victoria, reanudóse el combate con mayor encarnizamiento, más cruento, más mortal. Por delante de mí pasaron, rechazados por el hierro y por el fuego, los mismos que momentos antes habían avanzado vencedores. Entre los heridos estaba el capitán Rozat. He sido actor y testigo de muchos combates, he visto las sangrientas luchas de Río Grande; he estado en

Digitized by Google

las batallas de la Boyada y de San Antonio del Salto... nada de esto puede compararse con la carnicería de la villa Corsini.

Yo salí el último, con el capote acribillado á balazos, pero sin una sola herida.

Nos retiramos á Vascello, con la triste certeza de que había que renunciar á la codiciada posesión.

Por la noche hicieron una nueva tentativa algunos jóvenes animosos, dirigidos por Emilio Dandolo, hermano del muerto, y Godofredo Mameli, inspirado poeta genovés.

Dandolo fué herido en un muslo y Mameli en una pierna.

En los diferentes combates, tuvimos enormes pérdidas.

La legión italiana tuvo quinientas bajas, entre muertos y heridos; de los seiscientos bersaglieri que pelearon en este día, murieron ciento cincuenta. Las otras pérdidas fueron en la misma proporción: de mis cuatro mil legionarios, pasaron de mil las bajas, entre muertos y heridos graves.

En esta jornada menudearon los rasgos de valor.

En la última carga, Ferrari y Mangiagalli, que no pudieron entrar con nosotros, intentaron con algunos hombres resueltos á morir, el asalto de la villa Valentini, donde los franceses opusieron obstinada resistencia. Los asaltantes combatieron de escalón en escalón, de estancia en estancia, peleando cuerpo á cuerpo con los enemigos que intentaban cerrarles el paso. El sable de Mangiagalli se rompió en fuerza de herir, pero el valiente italiano siguió batiéndose con media hoja y tanta era la saña con que, tanto él como sus compañeros acometían, que los franceses tuvieron que abandonar la villa.

Digitized by Google

El sargento Monfrini, de diez y ocho años de edad, fué herido en una mano. Se hizo curar y un momento después, volvía á ocupar su puesto entre los combatientes.

—¿Qué quieres hacer aquí?—le dijo Manara; herido como estás, no nos prestas ningún servicio.

—Perdón, mi coronel—respondió Monfrini,—*hago bulto.*

Momentos después, caía muerto el bravo sargento.

Un padre á quien los franceses mataron al hijo mayor, vino en mi busca trayéndome á su segundo hijo, un niño de trece años.

—Tome, general—me dijo—enséñele á vengar á su hermano.

Digitized by Google

El sitio

Temiendo que los franceses prepararan un asalto, encargué á Medici de la defensa de nuestras avanzadas, establecidas en el Vascello, y en tres ó cuatro barracas, reconquistadas á los franceses.

Después, dediquéme á organizar la defensa.

Ya no se trataba de salvar á Roma.

Cuando un ejército de cuarenta mil hombres, con treinta y seis piezas de sitio, pone cerco en regla á una plaza, la rendición de ésta, no es sino cuestión de tiempo. Un día ú otro caerá vencida; su única esperanza ha de ser caer gloriosamente.

Establecí mi cuartel general en la villa Savorelli, que domina la puerta de San Pancracio, el Vascello y los alrededores de la villa Corsini y Valentini.

Verdad es que estaba en pleno campo de tiro de los franceses; pero quien nada arriesga, no puede aspirar á lograr nada.

Un valiente patriota se encargó de procurarme trabajadores, y de proporcionar á mis hombres aguardiente y vino, así como algunas frioleras, que en la guerra son de suma necesidad para mantener el espíritu y la energía del soldado.

En la noche del 4 de junio, mientras algunos destacamentos enemigos simulaban un ataque á la puerta de San Pancracio, comenzó la artillería francesa nutrido y certero fuego, que dió por resultado abrir una brecha en la parte de la muralla cercana á la plaza. Inmediatamente los asaltantes adelantaron dos baterías de sitio, de las cuales una se dedicó á destruir nuestro baluarte número 6, mientras la otra hacía frente á la batería romana de Vestaccio y de San Alejo.

Digitized by Google

Aquella misma mañana, había llamado á Manará para rogarle que renunciara á su título de coronel de bersaglieri, para aceptar el cargo de jefe de mi estado mayor. Esto equivalía á exigirle un sacrificio; pero nadie más apto que Manara para aquel importante cargo. Era valeroso, imperturbable en la lucha, impetuoso en los momentos supremos, razonador en los de calma. Manara aceptó.

El resto de mi estado mayor lo componían los comandantes Cenni y Bueno, los capitanes Caroni y Davio, dos franceses, excelentes oficiales, llamados Pilhes y Lavison; el capitán Ceccadi, que había servido en España y en Francia; Silco y Stagnetti; el teniente de caballería Gili, y el capitán Cerri, miembro de la Asamblea.

Aunque Manara organizó en el interior de la plaza las oficinas de mi estado mayor, cuantos lo componían estaban de contínuo á mi lado en la villa Savorelli, desde donde dominábamos las afueras, y veíamos todos los movimientos del enemigo.

Verdad es que la distracción tenía algunos peligros. Como los franceses sabían que estaba en Savorelli mi cuartel general, me dedicaban de contínuo los proyectiles que tenían por más destructores y mortíferos. Cuando, para ver mejor, subía á una terraza pequeña que dominaba la casa, arreciaba el fuego y los tiradores afinaban la puntería. Era un espectáculo verdaderamente curioso, aquella seguida y espesa lluvia de granadas y balas de todas clases, que los franceses me enviaban con tan aviesa intención como mal acierto. La casa, sacudida por los proyectiles, temblequeteaba como si estuviera asentada sobre tierra movediza. Muchas veces, para dar trabajo á los artilleros franceses, hacíame servir la comida en la terraza, que sólo resguardaba un pequeño

Digitized by Google

,y endeble parapeto de madera. Estas comidas eran siempre amenizadas por la grata música que formaban, el estruendo de las granadas, el estampido de los morteretes y el incesante silbido de las balas. El espectáculo y la música aumentaron desde el día, en que un chusco de los míos, tuvo la ocurrencia de colocar en el pararrayos de la casa una bandera, en la que se habían escrito con muy gruesos caracteres estas palabras: *¡Salud, cardenal Oudinot!*

Uno de los días en que yo proporcionaba el dicho entretenimiento á los artilleros franceses, fué á visitarme el general Avezzana. Sin duda el enemigo quiso hacer á nuestro ministro de la Guerra los honores debidos á su alto cargo, porque así que entró en la terraza, comenzó la acostumbrada música.

El general contempló tranquilamente las avanzadas enemigas, y descendió sin decir nada.

Al siguiente día, hallé la terraza blindada con sacos de arena, puestos por orden del ministro.

El empeño manifiesto de los franceses de acabar á fuerza de descargas con mi cuartel general, dió orígen á varios episodios cómicos.

Un día, el 6 ó el 7 de junio, fué á visitarme á la hora de comer, mi amigo Vecchi, que era al mismo tiempo actor é historiador del drama que estábamos representando. Como yo tenía invitados, hice que se me sirviera el almuerzo de una fonda de Roma. La cara de Vecchi me descubrió que no le había parecido mal nuestra comida, y me dí prisa á invitarle. Los otros comensales eran el general Avezzana y Constantino Rita. Nos sentamos en el suelo, en el jardín, y comimos, haciendo cada cual mesa de sus piernas. Los disparos del enemigo, sacudían la casa de tal manera que para comer en la mesa, nos hubiera hecho falta uno de esos aparatos que se

Digitized by Google

ponen en las mesas de los vapores, en los días de gruesa mar. Mediada la comida, cayó una bomba á cosa de un metro de nosotros. Avezzana y Rita se alejaron rápidamente. Vecchi iba á tomar el mismo camino, pero yo le sujeté por una muñeca, y recordándole en broma que era miembro de la Asamblea, le dije riendo:

—¡El cargo te obliga á permanecer en la silla curul!

La bomba estalló, como yo esperaba, sin causarnos más daño que dar prematuro fin á la comida, porque cayó sobre nosotros y sobre los manjares enorme cantidad de tierra.

Otro día, entró á visitarme Vecchi, en el momento en que yo me preparaba para dar fin de un apetitoso asado, que contaba comer en paz y en la mesa, porque los artilleros franceses me hacían la merced de darme un poquito de descanso. Ofrecí una silla á Vecchi y le invité á comer conmigo.

En el momento en que iba á sentarse, le detuvo Manara, diciéndole:

—No aceptes, Vecchi. Hace tres días que cuantos oficiales son invitados á comer por el general, mueren antes de hacer la digestión.

En efecto Davio, Rozat y Parizzi, habían muerto en las condiciones indicadas por Manara,

Pero el olor del asado pudo más que la fatídica amenaza.

—Así se cumpliera mi destino—respondió Vecchi, preparándose á comer—porque siendo muchacho, me predijo una gitana que moriría en Roma, á la edad de treinta y seis años y muy rico. Otra vez, hallé cerca de Sarno una preciosa gitanilla de diez y ocho años y caí en la tentación de besarle por fuerza los ojos, negros como el azabache. Ella se defendió con una navaja, y yo me dí prisa á oponer al arma ofensiva un

Digitized by Google

arma defensiva: una reluciente y tentadora moneda de plata. Cogióla la gitana, tomóme la mano y me anunció que moriría en Roma á los treinta y seis años y muy rico. He cumplido hace poco los treinta y seis años, y aunque no soy rico, tengo más que suficiente para un hombre que va á morir. Pero yo soy fatalista como un mahometano; lo que tiene que suceder, sucede... general, sírvame asado.

Todos nos reímos, menos Manara, quien dijo con gravedad:

—Haz lo que quieras; pero yo en tu lugar, no estaría tranquilo hasta que pasara el día.

Luego, dirigiéndose á mí añadió:—Por Dios, general, no le envíe usted á ninguna parte hoy.

Este descanso parecíole bien á Vecchi, que llevaba dos días sin dormir, y cuando acabamos de comer, pidióme permiso para echarse.

—Acuéstate en mi cama, le dijo Manara. No quiero que salgas de aquí.

Vecchi aceptó el ofrecimiento.

Una hora después, ví á los oficiales franceses ocupados en disponer la colocación de gaviones en las trincheras fronteras á nuestras baterías. Busqué un oficial de mi cuartel para enviarle con algunos tiradores á interrumpir los trabajos del enemigo. No encontrando á ninguno de mis oficiales, me acordé del pobre Vecchi, quien dormía á pierna suelta. Me dolía despertarle, pero los disparos de los franceses nos hacían grandes daños.

—¡Eh!—le dije—sacudiéndole, llevas durmiendo venticuatro horas; ya habrás hecho la digestión del asado. Elige una docena de los mejores tiradores, y líbranos por un rato de ese molesto ruido de los franceses.

Vecchi, que era muy valiente, no se hizo repetir la orden. Tomó doce bersaglieri y fué á

Digitized by Google

apostarse con ellos tras una barricada, que se construía bajo la dirección de un teniente llamado Pozzio.

Rompieron los bersaglieri un fuego tan certero sobre el enemigo, que éste respondió á cañonazos.

Media hora después, vino un ayudante á decirme que Vecchi había muerto. Aquella noticia me causó gran dolor; yo, era el causante de la muerte del bravo oficial.

Aun pensaba entristecido en la predicción de Manara y en la pérdida de Vecchi, cuando, ví entrar á éste.

Corrí á su encuentro diciéndole:

—¡Déjame que te abrace! ¡Te creía muerto!

—No me han podido matar—respondió Vecchi, riendo—se han limitado á enterrarme.

Entonces me refirió que un proyectil había deshecho uno de los sacos de tierra de la barricada; al vaciarse éste, habían caído doce ó catorce sacos más, bajo los cuales había quedado Vecchi, literalmente soterrado.

Este incidente, fué luego olvidado, para comentar otro de mucha más importancia.

El mismo proyectil que derribó los sacos, fué á estrellarse contra la muralla y, de rebote, hirió á un soldado barbilampiño y de distinguido porte. Colocóse al herido en una parihuela, cruzó las manos sobre el pecho, lanzó un suspiró y murió. Cuando se le llevaba á la ambulancia, precipitóse un oficial sobre el cadáver y lo cubrió de besos. El oficial era Pozzio; el soldado Colomba Antonietti, su mujer, que al lado de su marido había peleado en Velletri y en la jornada del 3 de junio.

Este incidente me recordó á mi Anita, que contra su voluntad, había quedado en Rieti. Estaba en cinta, y para obligarla á permanecer alejada del

Digitized by Google

peligro, había tenido yo que invocar el nombre del hijo que en las entrañas llevaba mi valerosa mujer.

El 7, festividad del Corpus, suspendiéronse las hostilidades.

El 9, preparé una salida para interrumpir los trabajos de las avanzadas enemigas. Debían llevar á cabo la operación los carabineros y un batallón del 5.º regimiento.

El 10, me ordenó el general Roselli que me pusiera al frente de la mitad de las fuerzas romanas, destinadas á hacer otra salida, por la puerta Cavallegieri, para recuperar la villa Panfili ó la villa Valentini.

El ministro de la Guerra, tomó personalmente el mando de la línea de San Pancracio, y yo me dirigí con la legión italiana y los bersaglieri á la plaza del Vaticano, donde me esperaban las otras tropas que debían tomar parte en la expedición.

Para evitar uno de esos errores nocturnos, tan frecuentes en esta clase de operaciones, consistentes en que tomando á los amigos por enemigos, se hace fuego sobre ellos, ordené á los soldados que se pusieran las camisas sobre los uniformes.

A las diez de la noche, se abrió la puerta, y salieron las fuerzas. A la vanguardia iba la legión polaca, mandada por Hoffstetter. Detrás caminaba la legión italiana al mando de Manara.

Apenas salimos de la ciudad, comprendí que no había obrado con acierto al ordenar á mis hombres que cubrieran los uniformes con las camisas, porque se les distinguía desde lejos, y no habríamos caminado cien pasos, cuando los franceses nos hubieran hecho frente, creyendo que iban á ser atacados por un ejército de fantasmas.

Inmediatamente ordené á mis hombres que se quitaran las camisas, mandato que se ejecutó en

Digitized by Google

un instante, porque ni un solo soldado se tomó el trabajo de ponerse de nuevo las dichas prendas.

Un incidente malogró el éxito de esta salida.

Al pasar por una villa, que creímos abandonada, ordené á unos soldados, que llevaban una escalera de mano, que se aseguraran de si la casa estaba tan desierta como parecía. Apoyaron la escalera y subieron hasta la ventana del primer piso. El regimiento se detuvo para ver el resultado de la pesquisa, dejando que la vanguardia continuase la marcha.

A la escalera subieron cinco ó seis hombres.

De pronto, se rompe el travesaño en que se apoyaba el soldado que estaba más alto; éste cae sobre el segundo, el segundo sobre el tercero, y todos ruedan por tierra con gran estrépito. Con los hombres caen dos fusiles, que al llegar al suelo, se disparan.

La vanguardia, creyéndose sorprendida por los franceses, huye á la desbandada, dejando abandonados á los oficiales, Hoffstetter y Sacchi. Los fugitivos vienen en nuestra busca, en desorden, desesperados, derribando cuanto encuentran por delante. Manara, intentó, inutilmente, contenerlos. Yo me lanzo entre los tímidos legionarios y les echo en cara su cobardía, al mismo tiempo que golpeo á diestro y siniestro con mi látigo de gaucho. Los polacos reciben mis latigazos, pero siguen corriendo hacia Roma, á donde seguramente hubieran llegado, si los bersaglieri no aciertan á cerrarles el paso, formando con las bayonetas caladas, una barrera infranqueable.

Comprendiendo que los franceses habían descubierto nuestro propósito, regresamos á Roma.

En la tarde del día 12, un batallón del regimiento de la Unión, se ocupaba en trabajos de fortificación, que los franceses quisieron interrumpir con el fuego de sus cañones.

Digitized by Google

Los comandantes Sauri y Panizzi, ordenaron á los trabajadores que tomaran las armas, y con increible temeridad se lanzaron sobre los parapetos franceses, donde fueron recibidos con terrible fuego de fusilería. Panizzi cayó mortalmente herido. Pedro Sauzi se puso á la cabeza de los voluntarios de Bolonia, pero un instante después caía también, herido en un brazo y en el pecho.

El regimiento de la Unión combatió aquel día con valor insuperable; para no perder tiempo en cargar las armas, herían los soldados con las bayonetas ó golpeaban con las culatas de los fusiles.

La exasperación era tal, que el capitán polaco Vern, que tenía varias cruces, entre otras la de la Legión de honor, ganada en Africa, apostrofaba á los franceses, puesto en pie en las barricadas, y golpeándose el pecho con el puño, gritaba furioso:

—¡Aquí, tirad aquí, sobre la cruz de la Legión de honor!

Una bala le hirió en la cabeza.

—¡Más abajo—gritó—más abajo, torpes!

Otra bala le hirió en el pecho.

El 14 de mayo, estaba yo almorzando en una habitación del tercer piso de la villa de Spada, en compañía de Sacchi, Bueno y Corcelli. Hallábame muy preocupado porque acababa de condenar á muerte á uno de nuestros oficiales, un napolitano, que había abandonado cobardemente su puesto.

De pronto se abre la puerta, y veo aparecer á mi Anita, acompañada de Orrigoni.

Abracé á mi esposa, seguro de que ya nada malo podía ocurrirme estando á mi lado mi angel guardián.

Las primeras palabras de Anita fueron para suplicarme el perdón del oficial condenado, peti-

Digitized by Google

ción á que no accedí por juzgar necesario hacer un escarmiento. Ya que no podía premiar el admirable comportamiento de Medici en el Vascello, debía castigar la cobardía del sentenciado.

Se le fusiló aquel mismo día.

Digitized by Google

La sorpresa

El 13 de junio habían empezado los franceses un terrible bombardeo. Siete baterías vomitaban incesantemente fuego, que causaba enorme daño á nuestras fortificaciones de la parte izquierda. Otras piezas de sitio, dirigían sus tiros contra las villas Spada y Savorelli, por lo que, con gran pesar, víme obligado á trasladar mi cuartel general al palacio Corsini.

El enemigo atacaba diariamente á Medici, á quien todos llamábamos el infatigable, y sus hombres luchaban con tal bravura que aun no habían perdido ni un palmo de terreno del Vascello.

No encuentro palabras para elogiar debidamente la conducta de Medici y de sus tropas.

El 20 de junio, había abierto el enemigo en nuestras murallas tres brechas practicables. Yo daba ya el asalto por inevitable, y á decir verdad, esperábalo con irremediable gozo. Los enemigos que teníamos en frente, eran dignos de nosotros. Ya habíamos probado á los franceses que los italianos sabían batirse como soldados, y no íbamos á tardar en demostrarles que también sabíamos manejar los cuchillos y el puñal.

En la noche del 21, estaban de guardia en el baluarte de la izquierda y encargados de la defensa de la brecha, el segundo batallón de la Unión y dos compañías del primer regimiento.

La primera y quinta compañías de los bersaglieri estaban de servicio en el Vascello; la sexta y la séptima, de guardia en las avanzadas, fuera de la puerta de San Pancracio.

Este servicio era muy peligroso, por estar el puesto muy próximo á las avanzadas del enemi-

Digitized by Google

go. No se hacía sino de noche, y una hora antes de romper el día abandonábamos los puestos.

El comandante Calvandro estaba encargado de la vigilancia exterior de esta línea; y el coronel Rossi del servicio de ronda interior.

Después de haber dispuesto todas las avanzadas, el comandante ocupábase en dar instrucciones á los capitanes Stambio y Morandoli, cuando, á cosa de las once, oyóse ruído extraño en los baluartes 2 y 3.

A este ruído siguieron algunos disparos de fusil.

¿Qué había ocurrido?

Que los franceses se habían presentado de improviso, no como enemigos que atacan, sino como soldados que revelan la guardia.

¿De dónde salían? ¿Por dónde habían avanzado? Nadie acertaba á decirlo.

El centinela, á quien se interrogó, afirmaba seriamente que los franceses habían brotado del suelo, y le habían ordenado que huyera.

En la misma noche, á pesar de nuestra enérgica resistencia, el baluarte número 7 y la cortina que le unía con el baluarte número 6, cayó en poder de los franceses.

Sin pérdida de momento vino á comunicarme la mala nueva el ayudante Delai, perteneciente al regimiento de la Unión.

Confieso que la noticia me sorprendió grandemente y que, como otros muchos, creí que habíamos sido traicionados.

Seguido de Manara y del capitán Hoffstetter, llegué á San Pancracio en el mismo momento que se presentaban los bersaglieri, siempre los primeros en acudir á los puntos de peligro. La legión italiana me seguía á paso de carga, y tras ella corrían dos pelotones, mandados por Sacchi. Este envió una compañía á explorar los

Digitized by Google

baluartes, pero acometida por el enemigo, vióse obligada á refugiarse en la casa Gallicelli.

La terrible nueva se esparció rápidamente por Roma. El gobierno hizo tocar á rebato, y en un momento llenáronse las calles de hombres.

El general en jefe, el ministro de la Guerra, todo el estado mayor y el mismo Marini, se dirigieron presurosos al Janículo.

El pueblo armado nos rodeaba, ansioso de arrojar á los franceses de las murallas. El general Roselli y el ministro de la Guerra opinaban que debía dejarse obrar al pueblo; mas yo me opuse, temiendo la confusión que ocasionaría la multitud indisciplinada, la irregularidad de los movimientos, y el pánico que en los momentos supremos suele apoderarse de las gentes no habituadas á la guerra.

Pedí con resolución que se esperara hasta la mañana y entonces se vería claramente con que enemigo nos las habíamos.

Al amanecer, mi división estaba apercibida y reforzada con los regimientos que Roselli había puesto á mi disposición.

La compañía de los estudiantes lombardos, que formaba parte de la legión Medici, fué colocada á la vanguardia, é iniciaron el asalto á los baluartes tomados por los franceses, á los que obligaron á concentrarse en la villa Barberini.

Los valientes muchachos, avanzaron resueltamente hacia la villa, pero enterado yo de que el enemigo tenía apostadas numerosas fuerzas, no quise exponer á una muerte segura é inútil á aquellos jóvenes, á los que quería como hijos.

Roma estaba irremisiblemente perdida; pero se perdía después de una maravillosa defensa. La caída de Roma, después de soportar tan encarnizado sitio, equivalía al triunfo de la democracia en toda Europa.

Digitized by Google

Además, quedábanme cuatro ó cinco mil defensores resueltos, que me conocían y que no vacilarían en acudir á mi primer llamamiento.

Ordené la retirada, y para calmar el irreflexivo ardor de los soldados, ofrecí, para las cinco de la tarde, un asalto, que no pensaba dar.

Los estudiantes se portaron bravamente.

No citaré sino un ejemplo, el del pintor milanés Juduno, que recibió veintisiete heridas de bayoneta.

En mi opinión todo estaba perdido, no tanto porque los franceses se habían apoderado de nuestros baluartes, como por haber sido vencido en la cámara francesa el partido defensor de la República romana.

Aun suponiendo que sacrificando mil hombres hubiera arrojado á los franceses de sus posiciones, como el 3 de junio los arrojé distintas veces de las villas Corsini y Valentini, como en aquel memorable día, hubiéranlas recuperado enviando tropas de refresco.

Y ahora no había verdadera razón para obstinarse.

Estando la villa Corsini en nuestro poder, se evitaba que los franceses se fortificaran cerca de nuestras murallas; pero ya una vez fortificados ¿quién podía impedir la toma de la ciudad?

Nadie.

Antes de huir Ledru-Rollin y sus amigos á Inglaterra, cada día que se defendiera Roma, era un día de esperanza.

Después de esta huída, la resistencia, no era sino una obstinación inútil.

Las potencias coaligadas habían encerrado á la República romana, es decir á toda la democracia de Italia, en las vetustas murallas de Aureliano.

No nos quedaba otra resolución que romper el

Digitized by Google

círculo y llevar, como Escipion, la guerra á Cartago.

Nuestro Cartago era Nápoles.

Allí habíamos de encontrarnos, en un día no lejano, frente á frente, el despotismo y yo.

Digitized by Google

Rendición de Roma

Aun quedaba la esperanza de morir luchando: habíamos sido asaltados; pero no estábamos vencidos.

Yo estaba resuelto á defender el terreno palmo á palmo.

En el baluarte número 5 se montó una batería de siete piezas, que comenzó á fogucar á los franceses en la mañana del 23, en combinación con las baterías de San Alejo y San Pedro in Montorio.

Nuestros artilleros se portaron tan bravamente, que el enemigo tuvo que suspender los trabajos que había comenzado para establecer una batería sobre la cortina que unía los baluartes 6 y 7. Obstinados los franceses en llevar á cabo esta obra, enviaron nuevas fuerzas á los baluartes con orden de montar á toda costa dos baterías, destinadas á apagar los fuegos de San Pedro in Montorio.

Entre tanto, el general Oudinot, fiel á la declaración que había hecho de respetar los monumentos de Roma, hacía arrojar bombas sobre todos los barrios de la ciudad. Muchas cayeron en el barrio Transtiveriano, no pocas en el Capitolio, y algunas en el Quirinal, en la Plaza de España, en el Corso. Una de estas bombas cayó sobre el templo en que está el Hércules de Casanova; otro en el palacio Spada, deteriorando el famoso fresco *la Aurora* de Guido Reni. Otro proyectil, aun más impío, rompió una columna del maravilloso templo de la Fortuna, obra maestra, respetada por los siglos.

El triunvirato ofreció asilo en el palacio Corsini, á las familias pobres, cuyas casas habían sido destruídas por las bombas.

Digitized by Google

La actitud del pueblo romano en estos días fué digna de los tiempos históricos. Al estruendo de las bombas se unían los gritos de las madres que abandonaban sus hogares incendiados, llevando en los brazos á sus pequeñuelos, aterrorizados y llorosos; los hombres jóvenes, pedían venganza, los viejos, lloraban de rabia... Pero nadie habló de rendirse.

Formando contraste con las lágrimas de las mujeres y de los niños, cada vez que una granada reventaba, ó cuando una bomba destruía una casa, se oía este grito burlón é irónico:

—¡Bendición del Papa!

El fuego certero de nuestros cañones en los días 25, 26 y 27 de junio, apagó el de las baterías montadas por los franceses en las cortinas de los baluartes asaltados. Pero otras dos baterías colocadas en el baluarte 6, rompieron el fuego contra nuestros cañones de Santa Sabina y de San Alejo, al mismo tiempo que las fuerzas del baluarte 7 disparaban sin cesar contra nuestra batería de San Pedro in Montorio.

Una quinta batería colocada al pie del baluarte 7, y, por consiguiente, á cubierto de nuestro fuego, disparaba sobre el flanco del baluarte 8, á la vez que otra montada delante de la iglesia de San Pancracio, fogueaba de frente al baluarte y á la villa Savorelli. Aun tenían los sitiadores otra batería delante de la villa Corsini, con la que atacaban á San Pancracio, á la villa Savorelli y á la muralla Aureliana.

Yo no he visto nunca un bombardeo semejante; había momentos en que parecía que Roma iba á arder por los cuatro costados.

Y, sin embargo el Vascello, seguía ocupado por los heróicos hombres de Medici.

En la noche del 28, las baterías francesas amortiguaron el fuego; pero dirfase que aquel descanso

Digitized by Google

habíanlo empleado en tomar aliento, porque en la madrugada del día 29, reanudaron el fuego con mayor saña.

Roma ofrecía un tristísimo espectáculo.

La jornada del 27 había sido terrible; nuestras pérdidas en este día fueron casi tantas como las del 3 de junio. Las calles estaban llenas de hombres mutilados. Todos nuestros artilleros, todos, habían muerto á los pies de sus cañones, y fué preciso encargar del servicio de las baterías á soldados de línea.

La guardia nacional estaba sobre las armas, y teníamos como reserva un ejército de heridos, que hacían el servicio bañados en sangre.

Y entre tanto, los miembros de la Asamblea, constituída en sesión permanente, deliberaban tranquilos é impasibles, sin preocuparse de las bombas que con frecuencia caían cerca de ellos.

Mientras dispusimos de una pieza, respondimos al fuego de los franceses.

Pero, en la tarde del 29, fué desmontado nuestro último cañón.

La brecha abierta en el baluarte 8 era practicable; el baluarte 9 fué destruído y momentos después caía destrozado el muro de San Pancracio.

Los franceses, para impedir que reparásemos las brechas, continuaron el bombardeo durante toda la noche del 29.

Fué aquella una noche terrible. La tempestad del cielo se combinó con la de la tierra. El estampido del trueno se mezclaba al de los cañones y los relámpagos se cruzaban con las bombas.

Temiendo un ataque, se iluminó la ciudad.

Los que en aquella memorable noche estuvimos en la ciudad eterna, contemplamos uno de esos sublimes espectáculos, verdaderamente indescriptibles.

Digitized by Google

Quien desde un punto elevado hubiera podido contemplar á Roma, hubiese visto extenderse á sus pies una vasta llanura llena de iglesias y de palacios, y dividida en dos por el Tíber; á la izquierda, un monte, el Capitolio, sobre cuya torre flameaba la bandera de la República; á la derecha, la negra silueta del Monte Mario, donde ondeaban unidas la bandera de los franceses y del Papa; en el fondo la cúpula de Miguel Angel, coronada de luz, y por último, como marco de este soberbio cuadro, el Janículo y la línea de San Pancracio, ilumina á su vez por los fogonazos de los cañones y de los fusiles, y al lado de todo esto, algo más grande que la lucha material: el combate del bien contra el mal, la guerra entre el Señor y Luzbel, de Arimanes y de Oramanes; la lucha entre la soberanía del pueblo, contra el pretendido derecho divino, de la libertad contra el despotismo, de la religión de Cristo contra la religión de los papas.

A media noche, despejóse el firmamento, y á un mismo tiempo cesaron el estruendo de la tempestad y el estampido de los cañones.

Aquel silencio, que siguía el ruído infernal del bombardeo, no era silencio de calma, sino preámbulo del cruento desenlace.

Los franceses avanzaron hacia las murallas y se apoderaron de la última brecha abierta en el baluarte 8.

A las dos de la madrugada se oyeron tres cañonazos.

Los centinelas dieron la voz de alarma y los cornetas tocaron llamada.

Los bersaglieri, siempre dispuestos é infatigables, salieron de la villa Spada y corrieron hacia la puerta de San Pancracio, dejando dos compañías de reserva para guardar la villa Spada.

Yo me puse á la cabeza de estos bravos, con

Digitized by Google

la espada en la mano y entonando el himno popular de Italia.

Confieso que en aquellos momentos, desconfiado de la porvenir, no tenía más propósito que hacerme matar.

Arremetí á los franceses.

¿Qué ocurrió entonces?

No sabré decirlo... Durante dos horas enteras estuve derribando hombres. Cuando amaneció me hallaba cubierto de sangre, y por cosa de milagro se ha de tener que no hubiera recibido ni una sola herida.

En este encuentro murió el teniente Morosini, un bravo, que no había cumplido veinte años y que prefirió dar la vida á entregar la espada.

Cuando más encarnizada era la pelea, recibí un mensaje de la Asamblea ordenándome á ir al Capitolio.

A esta orden debo la vida, pues repito, que estaba resuelto á morir.

Al dirigirme á Longara, con Vecchi, que era miembro de la constituyente, supe que había muerto mi ordenanza, el negro Aguyar.

Se ocupaba en prepararme un caballo de repuesto, cuando una bala le atravesó la cabeza.

Esta muerte me causó gran dolor; no perdía un servidor sino un amigo.

Cuando llegué á la Asamblea, acababa de hablar Mazzini para dar cuenta de nuestra desesperada situación,

Según él, había que elegir entre estas tres soluciones:

Pactar con los franceses.

Defender la ciudad de barricada en barricada.

Salir de la ciudad los miembros de la Asamblea, el triunvirato y el ejército, llevando consigo la libertad romana.

Digitized by Google

Al aparecer yo por la puerta de la sala, todos los diputados se pusieron en pie y aplaudieron.

Miré á mi alrededor buscando la causa de aquel frenético entusiasmo.

No era otra que el estado en que yo me presentaba. Iba cubierto de sangre, mis ropas estaban llenas de agujeros de balas y rasgadas por las bayonetas enemigas. El sable, mellado y torcido de tanto herir, no entraba sino á medias en la vaina.

Todos los diputados gritaron:

—¡A la tribuna! ¡á la tribuna!

Obedecí, y para satisfacer el ansia con que se me interrogaba dije:

—La defensa se ha hecho imposible, á menos que no estemos decididos á hacer de Roma una segunda Zaragoza. El 9 de febrero propuse una dictadura militar, con la que yo esperaba que se pudieran poner en pie de guerra cien mil hombres. Había elementos y era preciso irlos á buscar donde estuvieran. Mi proposición se creyó excesivamente audaz, y se prefirió recurrir á las medios suaves. Yo no podía insistir, y cedí, obligado por la modestia, porque comprendía claramente que el dictador encargado de salvar á Italia era yo. Si se me hubiese escuchado á tiempo, el aguila romana, volaría de nuevo alrededor del Capitolio y con mis bravos, siempre prontos á morir, como se ha visto, hubiese salvado á mi patria. Pero lo hecho no tiene remedio. Miremos con la cabeza levantada á esta ciudad incendiada de la que no somos ya dueños. Salgamos de Roma con todos los voluntarios armados que quieran seguirnos; donde estemos nosotros estará Roma. A nada me comprometo, pero yo haré cuanto pueda hacer un hombre, y estando la patria refugiada en nosotros, no morirá.

Digitized by Google

Esta proposición, que ya había sido hecha por Mazzini, fué rechazada.

Hasta Enrique Cernuschi, el bravo Cernuschi, uno de los héroes de las cinco jornadas de Milán, el presidente de la comisión de las barricadas de Roma, votó en contra.

Cuando yo dejé de hablar, levantóse Cernuschi y dijo, con lágrimas en los ojos, y voz ahogada por la emoción:

—Todos sabéis que soy un ardiente defensor de la patria y del pueblo; pues, bien, yo os digo que nada podemos oponer á los franceses y por lo tanto Roma, debe (los sollozos le sofocaban) resignarse con la ocupación.

Después de breve deliberación la Asamblea publicó el decreto siguiente:

REPÚBLICA ROMANA

«En nombre de Dios y del pueblo,

«La Asamblea constituyente romana, da por terminada una defensa que se ha hecho imposible. La Asamblea permanece en su puesto.

«El triunvirato queda encargado de la ejecución del este decreto.»

Digitized by Google

¡Quién me ame, que me siga!

El 2 de julio, reuní á las tropas en la plaza del Vaticano, y adelantándome hacia ellas les anuncié que iba á salir de Roma, para seguir luchando contra los austriacos, contra el rey de Nápoles y contra Pío IX.

Luego añadí:

—Quien quiera seguirme será recibido entre los míos, á los que sólo pido que estén dispuestos á sacrificarse por la patria. No cobrarán soldada, ni tendrán descanso; comerán y beberán cuando la casualidad nos proporcione pan y agua. Quien no esté dispuesto á afrontar toda clase de peligros, todo género de privaciones, que se quede en Roma. Una vez fuera de las puertas de la ciudad, un paso dado hacia atrás, será un paso hacia la muerte.

Cuatro mil infantes y quinientos jinetes se pusieron á mis ordenes. Estas tropas constituían las dos terceras partes de los defensores de Roma, que habían quedado con vida.

Anita, vestida de hombre, y el P. Hugo Bassi estaban conmigo.

Al anochecer salimos por la carretera de Tívoli.

Mi corazón estaba triste como la muerte.

Momentos antes de salir de Roma, se me había comunicado una infausta nueva: Manara había muerto.

En las afueras de Roma, se me unieron individuos de distintos cuerpos y algunos paisanos, con armas, que enterados de mi proyecto, prefirieron exponerse á los azares de una lucha desventajosa á someterse á los soldados de Napoleón.

Digitized by Google

Estos, que entraron en nuestra ciudad querida, dirigidos y azuzados por los curas, no demostraron, después de la victoria, la bravura y la nobleza de que dieron pruebas en los combates.

Los vencedores maltrataron á los vivos, insultaron á los moribundos, y llevando su saña al último límite, ultrajaron brutalmente los cadáveres de los heroicos soldados muertos por defender la libertad, que los franceses aniquilaban en nombre de la religión.

Roma volvió á ser esclava.

FIN

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

	Páginas
A la juventud.	5
De 1807 á 1834.	9
De Europa á América.	31
La República de Rio-Grande	50
Camino del Uruguay.	111
Montevideo.	118
El tirano Rosas.	126
Lucha entre Buenos Aires y Montevideo. .	143
Con rumbo á Italia.	176
Campaña de Lombardía.	180
Intervención francesa.	194
Expedición contra el ejército napolitano. .	208
Combate de Velletri.	218
El 3 de junio.	228
El sitio.	238
La sorpresa.	248
Rendición de Roma.	253
¡Quien me ame que me siga!	260

Digitized by Google

COMPÚSOSE
ESTA OBRA, CON MÁQUINA «TYPOGRAPH»,
EN LOS TALLERES DE LA
LIBRERÍA CIENTÍFICO-LITERARIA DE
TOLEDANO LÓPEZ & C.ª
DE BARCELONA
Y ACABÓSE DE IMPRIMIR BAJO LA DIRECCIÓN
DE D. FRANCISCO BADIA
Á 28 DE MAYO
DE 1904.

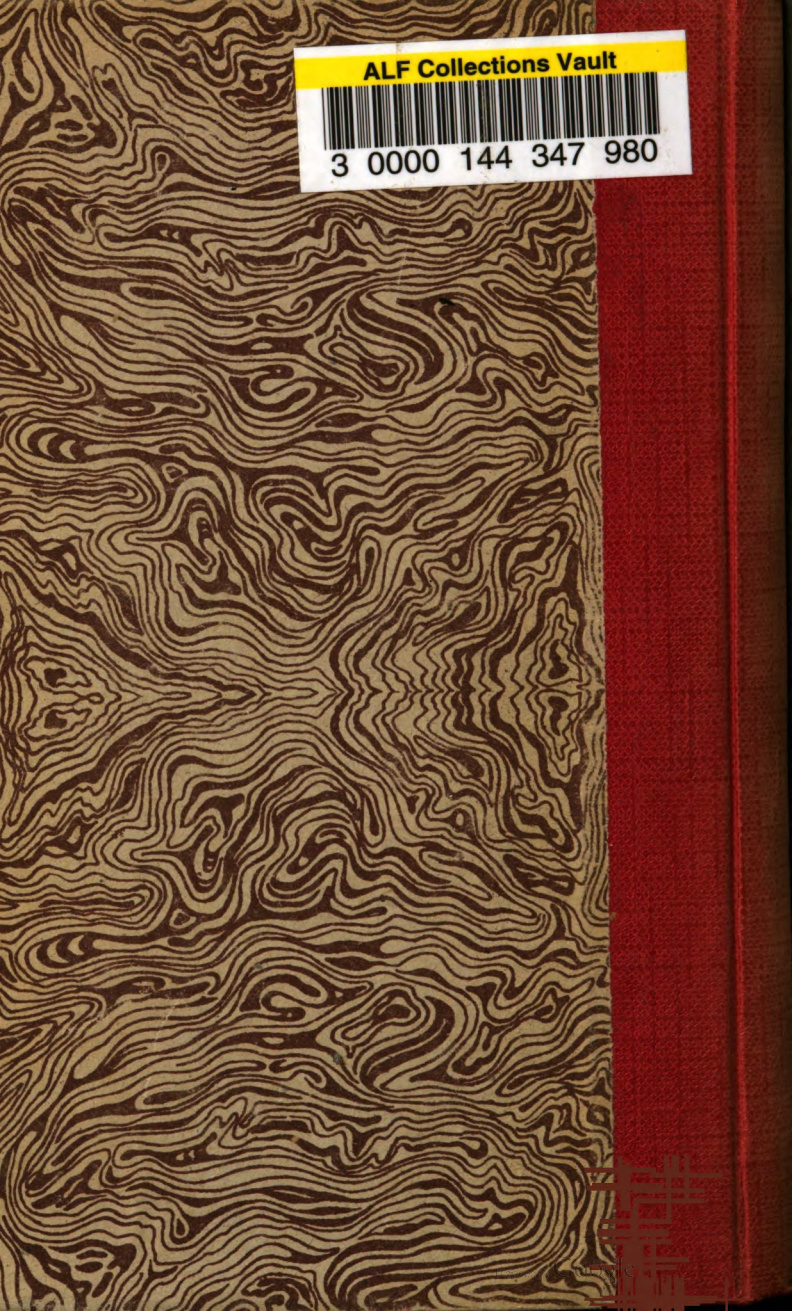
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DG552.8
.G5L6

Digitized by Google


ALF Collections Vault
3 0000 144 347 980